

La Esfera

Año XII

Núm. 591



«La Virgen y el Niño», cuadro original de Gerardo David (MUSEO DEL PRADO)

Precio: 11,00 €



CURE SU HERNIA

Por la acción persistente de su voluntad poderosa. Utilice nuestro REDUCTIVO-OBTURADOR SANY, y en un período relativo habrá alcanzado su anhelo de ser nuevamente un hombre perfecto. Con la misma sencillez que se cierra un corte, usted puede unir el distanciamiento de su membrana. Pida folleto, adjuntando sello de Correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona

ARTÍCULOS DE JULIO BURELL

HOMENAJE DE LA ASOCIACION DE LA PRENSA

PRÓLOGO

DE
JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS
CINCO PESETAS

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
EN LA
LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6

"GEORGIA"

Es un engrase
de alta calidad
Dpto. de España
S.A.E. Georgia-Oil, Málaga

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS para NOVIA

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

TELÉFONO 35-80 M.

MADRID



ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

HESPERIA

Revista teosófica

:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de subscripción en España:
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas.
Descuento del 25 por 100 á librerías y correspondientes.



Anuncios "PUBLICITAS"

AVISO

LA AGENCIA "PUBLICITAS"

Administradora exclusiva de la publicidad en las acreditadas revistas

Mundo Gráfico

Nuevo Mundo

La Esfera

Elegancias

Aire Libre

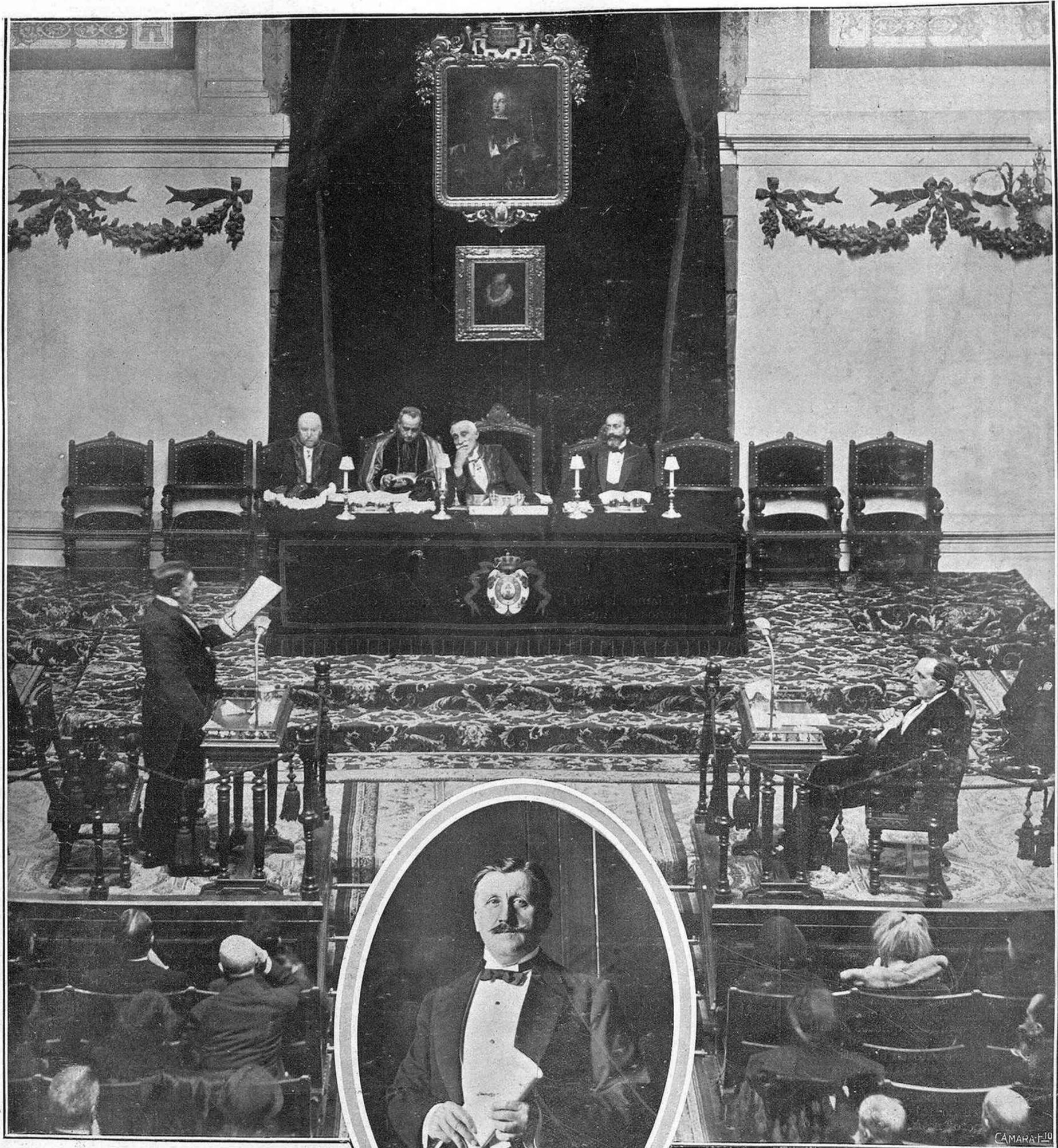
La Novela Semanal

que publica PRENSA GRAFICA, tiene el honor de poner en conocimiento de su distinguida clientela que todos sus agentes autorizados para trabajar publicidad en su nombre van provistos de un carnet de identidad firmado y sellado por la Dirección de "PUBLICITAS". Por consiguiente, rogamos á todos nuestros favorecedores exijan dicho carnet de identidad á todas aquellas personas que se les presenten en nuestro nombre.

MADRID
GRAN VIA, 13
Apartado 911.-Teléfono 61-46 M.

"PUBLICITAS"

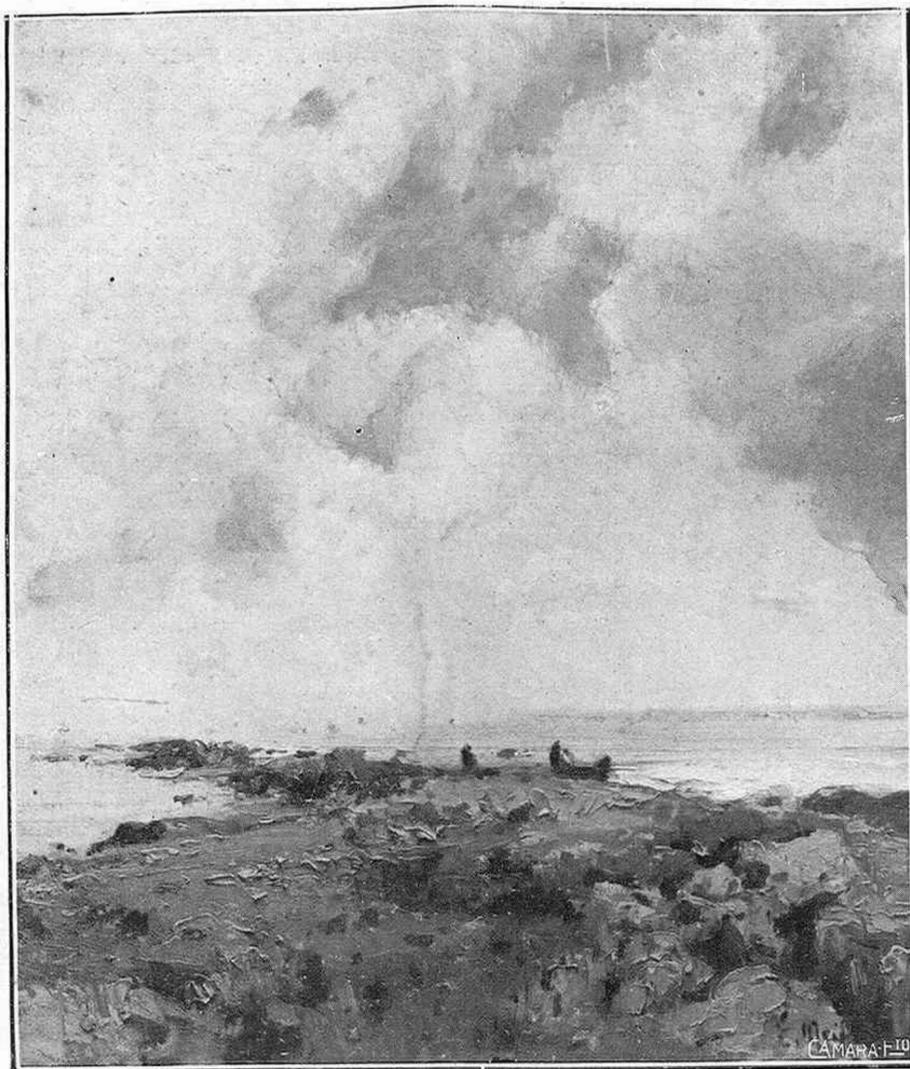
BARCELONA
RONDA SAN PEDRO, 11, pral.
Apartado 228.-Teléfono 14-70 A.



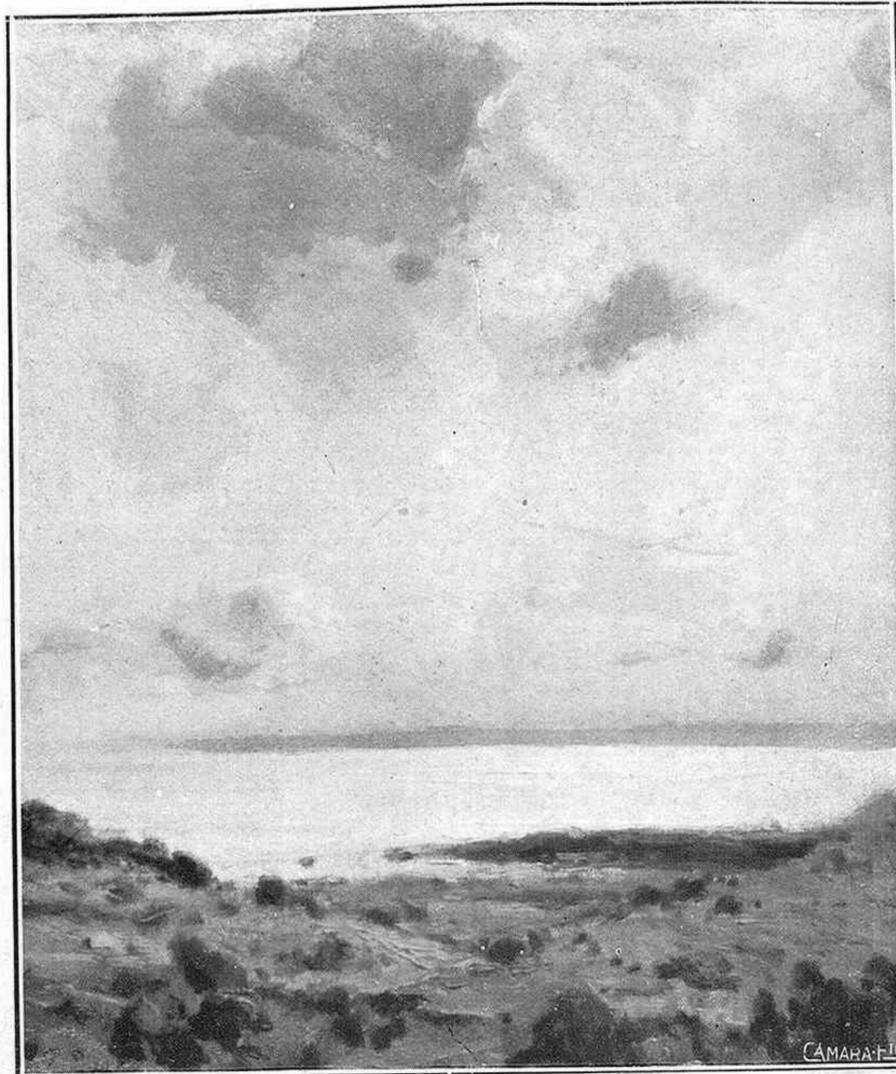
La Real Academia Española ha completado su obra de selección y de justicia llevando á su seno al ilustre dramaturgo D. Joaquín Alvarez Quintero. Ya pertenecía á la docta Corporación su hermano Serafín, y era una obligada consecuencia darle en la Academia también la fraternal compañía de quien en la obra y en el triunfo puso una parte inseparable é indivisible. Los dos ilustres sainete-

ros, gloria del teatro español contemporáneo, han recibido, pues, el homenaje y la consagración oficial, que es digno complemento del constante homenaje que el público ha sabido otorgar á sus obras admirables. Nuestra fotografía reproduce un momento de la solemne sesión celebrada en la Academia el domingo último, y en la que al nuevo académico contestó en un magnífico discurso el insigne «Azorín». FOTS. CORTÉS

TRES EXPOSICIONES EN MADRID



"Marina"



"Armonía perla"

(Cuadros de Eliseo Meifrén)

ELISEO MEIFRÉN

Eliseo Meifrén le atrae el frecuente contacto con el público. Artista activo, contemplador cotidiano y laborioso de la Naturaleza, siempre tiene obras nuevas que exhibir; no desaprovecha la ocasión que le parece oportuna, sin preocuparse de que además pueda ser fructífera.

Así, sus cuadros apenas concluidos pasan de la propicia luz, del adecuado ambiente donde fueron creados, a la no siempre favorable promiscuidad de las Exposiciones colectivas ó a la descaracterizante iluminación artificial de los saloncillos individuales.

Desde hace algunos años no transcurren muchos meses sin que Madrid tenga el agrado de ver pinturas de Eliseo Meifrén. El paisajista catalán procura mantener latente esa relación directa entre el artista y los aficionados a su arte. Ello establece ya una amable, una casi familiar confianza entre las diletas preferencias temáticas de él y las de sus clientes habituales.

La crítica sabe incluso de antemano frente a qué emotivas sensaciones va a encontrarse y cómo podrá ratificar una vez más los juicios anteriores. De este modo cada Exposición de Meifrén es como una entrevista nueva con un viejo amigo, cual esos dulces y afables reposos estéticos que gustan hallar de cuando en cuando los espíritus quietos ó fatigados.

Y no se dice esto en el sentido de que la pintura de Meifrén tenga un carácter de arte atrofiado en fórmulas demasiado repetidas ó que sea de un manierismo fulgurante y jugoso antaño, pero mortecino y reseco ahora.

No. Eliseo Meifrén da siempre la idea de un alma juvenil y de una mirada todavía ávida de sorpresas. El y su pintura están henchidos de vitalidad y de ímpetu.

Lo que sucede es que permanece fiel a sus principios estéticos y a sus cromáticas sugerencias de siempre.

La más reciente Exposición Meifrén, en el Salón Nancy, lo atestigua.

Sabíamos lo que habríamos de encontrar en ella. No nos defraudó nuestro presentimiento; pero nada tan lejos de que esa certeza anticipada del juicio y esa perdurable ejemplaridad de los motivos y del lenguaje pictórico en que están expresados hagan suponer un anquilosamiento temperamental y factual.

Ya suficientemente aclarado este punto, diremos que esta Exposición última del paisajista catalán, no por su reducido número de obras y las pequeñas dimensiones de éstas dejaba de tener una positiva significación de lo que Meifrén significa en la pintura contemporánea.

Como un concreto resumen, también, de las notas habituales, de los lugares que ama el artista evocar con la sutil pericia de su manera.

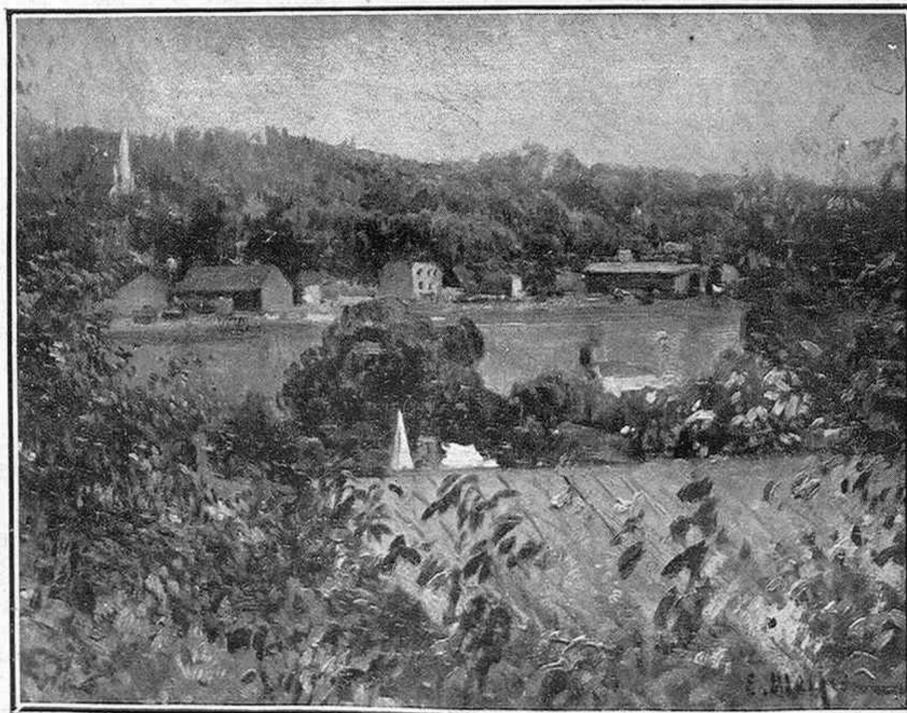
He aquí las delicadas armonías de altos y dilata-

dos celajes sobre la baja tierra ó las tersas marismas. Esos verticales espacios atmosféricos donde Meifrén observa tiernas coloraciones de ópalos y perlas; rectangulares éxtasis cromáticos donde lo de menos es la composición de las formas ni la acotación del sitio donde fueron exaltados, sino el arrobamiento lumínico que revelan en el pintor.

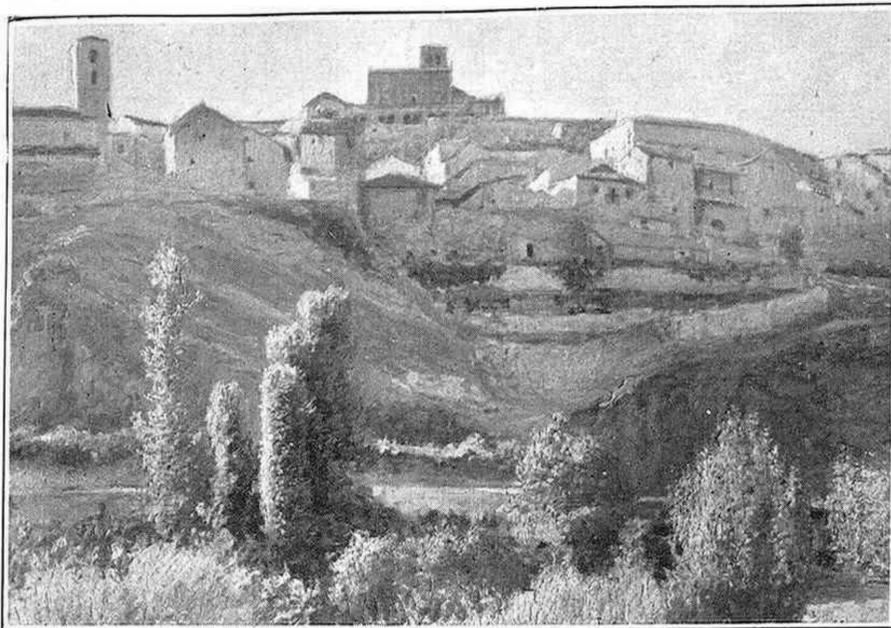
También los nocturnos de los pueblos pesqueros en la costa catalana. Esos nocturnos azules vistos al resplandor caricioso de la luna llena, con las siluetas de una torre humilde y de unos humildes tapias á contracielo plácido son también notas favoritas y prolongadas á lo largo de la producción de Eliseo Meifrén. En el Salón Nancy encontramos la noble escenografía de uno de ellos: reflejos de luar en el agua quieta que lame los edificios pobres, la curva forma de una barca olvidada, el melancólico misterio de las rúas desiertas que se insinúan en un boquete de sombra invitándonos á penetrar en él...

Luego las alusiones á Mallorca. Los esplendores rútilos, ultramarinos y las celestias radiantes de la Isla Dorada. De nuevo la armónica majestad de la catedral de Palma toda inflamada de los cadmios crepusculares; el jardín paradisiaco del artista eternamente florido; las barrancas apasionadas de color y de un fecundo dinamismo en sus calidades latentes, y los amables, los deleitosos estuarios donde agua y tierra se remansan y acarician mansamente.

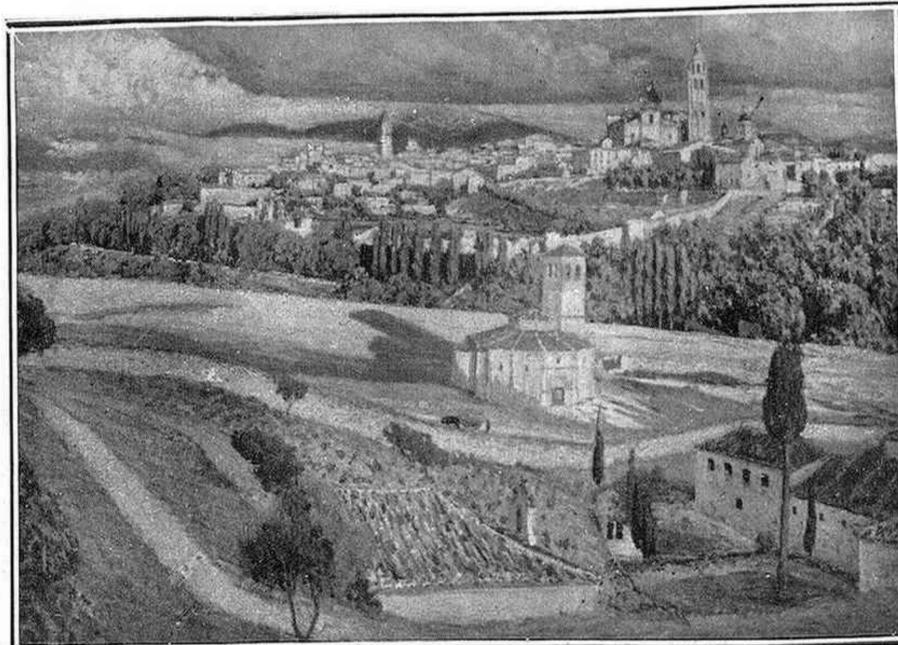
Notas de Nueva York también. Pero del Nueva York libre del colmenar bullicio urbano. La ciudad, el ajeteo de las calles invadidas por el gentío, no interesa al paisajista. Se comprende que Meifrén indagaba más allá de las casas lanzadas al cielo con la múltiple angustia de los habitáculos rumorosos á trabajos, los aquietados refugios de la naturaleza intacta ó por lo menos poco profanada todavía. Se comprende algo como nostalgia de los parques, de los jardines, de las campiñas, de los playales europeos en estas notas neoyorkinas que nada tienen del acento



"Paisaje de New-York", cuadro de Eliseo Meifrén



"Sepúlveda"



"Segovia"

(Cuadros de Emilio García Martínez)

convenido y convencional de Nueva York; que son lugares rurales ó rincones forestales gratos al artista y al ávido de soledad.

Por último, Eliseo Meifrén presentaba varios cuadros de Venecia. Ignoramos si recientes ó de una época más remota. En ellos había como una romántica reminiscencia de la pintura de los españoles que en la segunda mitad del siglo XIX residían y trabajaban en Italia. Desde luego no es una Venecia crepitante, festera y gritadora. Es una Venecia, apaciguada de gamas grises, de fluidas transparencias, de lánguidas melancolías. Y, además, sin los motivos repetidos hasta la saciedad para uso de turistas y pretexto de portalerías cromolitográficas. Una Venecia, también, sin d'annunzianos de segunda mano.

GARCÍA MARTÍNEZ

Al mismo tiempo que Eliseo Meifrén en el Salón Nancy, exhibía en el Salón del Círculo de Bellas Artes otro paisajista: Emilio García Martínez.

Era aguardada esta primera Exposición de García Martínez. Se deseaba ver sin coincidencias adversas ni contactos hostiles la obra de este pintor que sólo conocíamos fragmentaria á través de la desfavorable y heteróclita ineficacia de los Certámenes nacionales ó de sus parodias colectivas.

Porque García Martínez es uno de esos artistas que van creando, sin estridencia reclamista, sin enrolamiento en camarilla de vanguardia, ni con arrivismos de simulador, una obra al margen de los que captan medallas ó conquistas á los snobs.

Es un pintor sincero y probo—en el sentido que reconocía Ingres á la probidad artística—para quien no existen las literaturías formularias ni todo ese fárrago teorístico que echa andrajos de pedantería verbal sobre el esqueleto de las ultramodernas impaciencias.

La pintura encuentra además en Emilio García Martínez la solidez profesional del arquitecto. Así hay en su arte el valor constructivo que en otros pintores no pasa de una hiperbólica pretensión puramente externa.

Y al mismo tiempo García Martínez no supedita el paisaje á la arquitectura con tal exclusivismo lineal que pudiera enfriar ó impasibilizar demasiado las otras cualidades de sensibilidad y de luminismo.

Ese concepto constructivo, estructural, de su pintura forma parte ya de su temperamento saturado de los principios fundamentales de la profesión ejercida habitualmente. Pero no con el prejuicio cerebral del que lo aprovecha como un valor más que se posee.

Los paisajes de García Martínez dan siempre la sensación de que el artista afronta la naturaleza como una ingenua y temblorosa emoción de comprenderla. Ni siquiera tiene acaso el prurito de hacerla comprensible á los demás ni de buscar el asentimiento ajeno.

Le basta con sentirla él, con conocerla él, con anotarla como una glosa espiritual y visual.

En el Salón del Círculo, García Martínez había reunido cuarenta cuadros y veinte apuntes. La mayoría castellanos; el resto, de Asturias. Del contraste de ambientes tan dispares surgía elocuente la capacidad comprensiva y expresiva del pintor. La misma carencia de prejuicios escolásticos, de la faramalla teorístico que entuerza á tantos pintores obsesionados de modernidad, manifiesta García Martínez de recetas técnicas. Su diálogo con el natural es sencillo, espontáneo y claro, como el de un campesino que fuera además poeta sin envanecerse de saberlo.

A Castilla la otorga esa pompa magnificante, esa augusta majestad que los tópicos literarios y las diatribas de muchos provincianos tolerados en la Corte la niegan. Empieza á concederse ya á Castilla no solamente su profunda espiritualidad, no sólo su ahincado y profundo idealismo, esa inagotable esencia anímica que la hace señora del pensamiento español, sino también aquella otra virtualidad plástica, el don sugeridor de apetecible encanto pictórico.

Los lienzos castellanos—segovianos, con indudable preferencia—de García Martínez reflejan esa fuerte serenidad de Castilla la bella y la hidalga, desde el lienzo de grandes dimensiones y pleno resultado, *Segovia*, hasta el más nimio apunte y la

más repentizada nota. Y entre esos dos términos ¡cuánta granada excelencia de colorista y cuántas pruebas de una sensibilidad pura que no precisa de los excitantes cerebralistas ni del recetario teorístico para transmitir las formas, el color, la luz y hasta el aire de los lugares elegidos: *Mercado de Segovia*, *Sepúlveda*, *Alrededores de Segovia*, *La cuenca del Durantón*, *Otoño en Segovia*, *Tierras de Sepúlveda!*...

No menos interesantes sus paisajes asturianos. Ve Asturias tal vez con diferente ternura que la contemplan y la interpretan los artistas nativos: Valle, Pidal, Piñole, Vicente, los Soria, Medina, los Espolita. Pero las cualidades intrínsecas del pintor—sinceridad frente al natural, sentimental cordialidad—le consienten dar una visión afable. Citemos, por ejemplo, *Covadonga* con la arrogancia proral del Monte Cueto erizado por la Basílica; *La quintana de los laureles*, *Rincón de Asturias*, *Vega asturiana*, *Oviedo*...

ANTONIO LUIS GUTIÉRREZ

Juvenilia impaciente, mocerío impetuoso. Cosas dichas ya, pero repetidas con un acento que aspira á ser nuevo y una simpática inclinación á las claras síntesis.

Esta es la primera impresión que causan las notas de paisaje que ha expuesto Antonio Luis Gutiérrez en el Salón de Arte Moderno.

Tiene latentes capacidades pictóricas, se adivina cómo habrá—cuando serene esta codicia de los hallazgos ajenos—de pintar sin peligro á ser eco de otros.

Pero no sería noble ocultarle cómo descubrimos en su pintura demasiadas influencias, excesivos é ingenuos aprovechamientos de otros pintores y cómo también podría afirmarse que algunas de sus notas son hábiles evocaciones de concretas y determinadas obras ya vistas, no en la realidad, sino en el arte del prójimo.

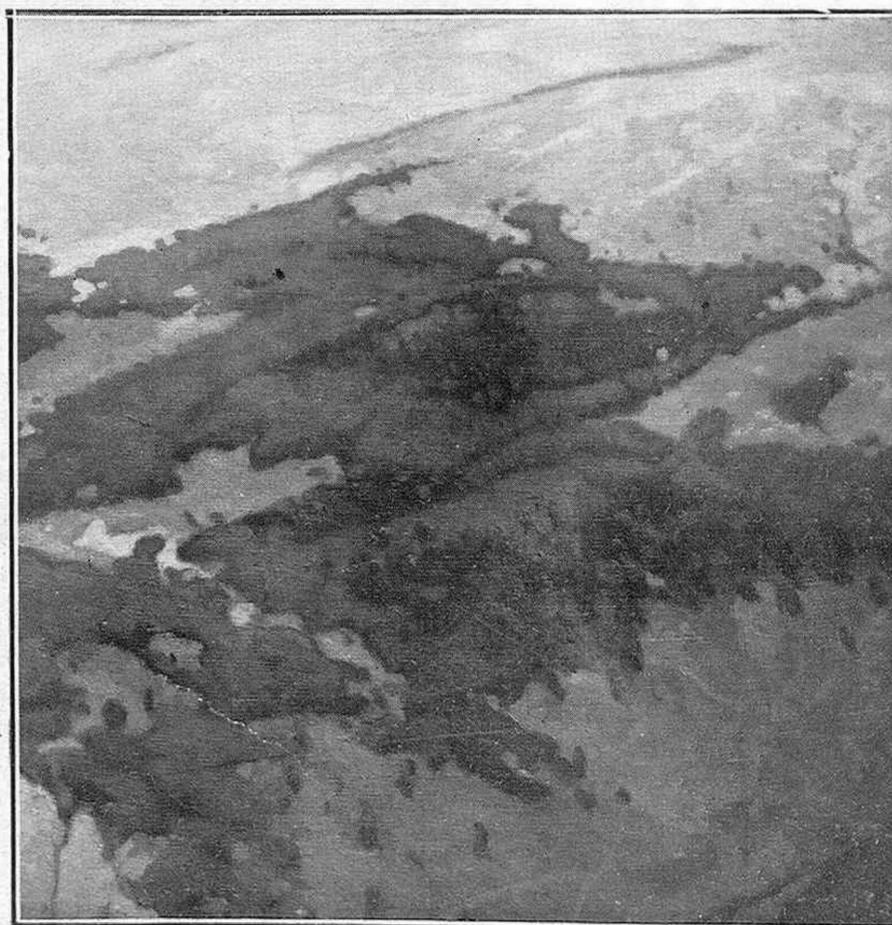
Incluso podría insinuarse también—sin que esto sea ya un reproche—que el joven pintor viaja más con la fantasía que busca ante el natural esos motivos serranos y esas deliciosas diafanidades de aire libre de sus cuadros.

Insistimos en que esto no es un reproche. Debe temerse menos á la imaginación que á la memoria cuando la imaginación crea sobre lo visto y sentido por nosotros mismos ó cuando la memoria nos somete á la trayectoria ajena.

Y Antonio Luis Gutiérrez no carece indudablemente de cualidades imaginativas y de instinto pictórico para señalarle el peligro de las rutinas ejercidas antes de él y de la asimilación excesiva.

En cambio, los dibujos son mucho más personales. Tienen gracia y fortaleza al mismo tiempo que el doble parecido fisiológico y anímico de los modelos.

José FRANCES



"Despeñaperros", cuadro de Antonio Luis Gutiérrez

FOTS. CORTÉS

¿SABEN ustedes quién ha hecho Presidente de la República al general Hindenburg?, nos pregunta un alemán que reside en Madrid. «Los alemanes», contestamos nosotros, viendo en los diez millones de votos la garantía de un verdadero plebiscito.

«Pues no, señor; han sido las alemanas.»

Y ello tiene su explicación. Las mujeres alemanas han votado, en su gran mayoría, al ídolo de 1914. Parte por el prestigio de sus victorias, que inútilmente ha tratado de reducir á las debidas proporciones históricas el general Ludendorff; parte por representar el culto evangélico contra el católico. La mujer protestante no admite «que mande en Alemania un católico». Esta consideración puede explicar la mayoría y explicarse á sí misma; pero es más difícil razonar el hecho de que la mujer alemana, la madre alemana, prefiera para el mando supremo de su país á un general disciplinado que encarna en toda su sólida personalidad el espíritu de la guerra.

Sin embargo, así es. «El corazón de la mujer tiene misterios que la razón no explica.» Esto lo sabemos de antiguo, y lo repetimos cuando nos faltan datos para conocer la verdadera razón de las cosas.

—No han sido las alemanas—interrumpe otro contertulio—las que han dado la presidencia de la República alemana á Hindenburg, sino los socialistas.

En efecto: los dos millones de votos de su candidato Thaelman han decidido la elección. No han querido unirse, merced á una retirada oportuna, en contra de Hindenburg, sino, al contrario, continuar el uso de los explosivos en política y manejar al héroe de los lagos Masurianos para que sirva sus fines de disolución y ruina de las instituciones burguesas. Interpretación catastrófica de la política que les hace colocar un voto en la urna como quien coloca una bomba; pero que, en suma, no hace sino decidir el triunfo del candidato más lejano en ideas contra el más próximo.

Pero ni las mujeres ni los comunistas han dado, en realidad, á un monárquico, defensor fiel de la monarquía y de la dinastía, tan exclusivamente soldado como Hindenburg, la presidencia de la República. Ha sido, pura y simplemente, la voluntad de Alemania. Los comunistas casi tienen razón en decir que el otro candidato no se diferenciaba mucho del general triunfante, y que las dos candidaturas, así como la exclusión de cualquier otro nombre, con cualquiera otra bandera menos nacionalista, significaban un estado de opinión definido y resuelto.

Hindenburg, por lo tanto, entra con justo título á ocupar un puesto que nunca hubiera ambicionado. Si hace diez años alguien hubiera lanzado delante de él la idea de que algún día podría producirse este milagroso suceso, el general Hindenburg no le habría dejado terminar la frase, y el imprudente lo hubiera pasado mal. Pero la suposición es absurda. En todo el Imperio no había entonces nadie capaz de tener tanta imaginación.

Tiene Hindenburg ahora setenta y ocho años—nació en Octubre de 1847—. Estaba ya retirado en 1911, y sin la guerra grande no habría vuelto al servicio, pasando los últimos años de su vida en la más apacible obscuridad. Si ya antes de 1914 se consideraba en condiciones de disfrutar un descanso bien ganado, imagínese lo que será diez años después, sobre todo metiendo en esos diez años los cuidados más graves y los afares más angustiosos que ha podido soportar un hombre de nuestra época. La campaña de los lagos Masurianos y la famosa batalla que dió el primero y más rudo golpe á la invasión rusa fué tan triunfal, que bien compensados quedaron sus trabajos y sus desvelos; pero el término de la campaña hasta llegar á la «línea Hindenburg» había de rendir por fuerza la naturaleza más poderosa. Ludendorff ha explicado en qué medida contribuyó el Estado Mayor con su colaboración á sostener la capacidad de trabajo del mariscal.

Ahora ha referido la Prensa cuál era su posición respecto de la marcha de los sucesos públicos. Todo su pasado le ligaba estrictamente con los Hohenzollern. Hijo de un oficial superior, nieto de un general, prusiano de nacimiento, de raza, de corazón y de tradición familiar, militar desde niño, Hindenburg, que había ayudado á la gloria del Imperio haciendo la campaña del 70 á los veintidós años, era todo él, de una sola y maciza pieza, monárquico y dinástico disciplinado. Al llegar la revolución seguía siéndolo. Antes cambiaría de criterio el leño de su gigantesca estatua, en el que iban á clavar un clavo, hasta hacerla de hierro, millones de ciudadanos alemanes. Seguía y sigue siéndolo ahora.



EL MARISCAL HINDENBURG
Elegido Presidente de la República alemana

Se ha recordado estos días que en la fiesta agraria de la Pomerania celebrada en Berlín con asistencia de dos príncipes Hohenzollern, Hindenburg fué invitado; pero contestó desde su casa por telégrafo: «Estoy con vosotros; pero yo no volveré á pisar *ese Berlín de hoy*.»

Ha vuelto á pisarlo, sin embargo, que tanto pueden las circunstancias y tales cambios inesperados trae al girar la rueda de la Fortuna. Nombrado candidato, consultado el ex Kaiser y comunicada su resolución de aceptar la candidatura, Hindenburg fué á Berlín y allí pronunció un discurso muy breve. Declaró en él sus propósitos contrarios á la guerra y tuvo interés en que todos le oyeran bien que no es un asesino de multitudes ni un inválido, como habían dicho los periódicos de los otros candidatos. Todo lo demás, que había olvidado, lo agregó luego volviendo á tomar la palabra, para decir que eran cuestiones de detalle y que con arreglo á las prácticas constitucionales sería materia á tratar con su canciller y con sus ministros. La impresión de los circunstantes no ha podido borrar la actitud resuelta de catorce millones y medio de alemanes en favor del viejo mariscal Hindenburg.

Elegido por siete años, su edad hace pensar á todos en el carácter que forzosamente habrá de tener su gestión y en la importancia del papel que han de desempeñar sus más inmediatos colabora-

dores. ¿Quiénes habrán de ser? ¿Quién los indicará? Antes de la elección se discutía si el mariscal, una vez presidente electo, jurará fidelidad á la bandera republicana, guardando las reservas mentales. Para algunos, á Hindenburg le basta la elección y nunca ha tenido el pensamiento de ejercer el cargo ni de jurar fidelidad para la toma de posesión.

Hombres de la izquierda alemana, socialistas y demócratas, creen que precisamente al amparo del nombre de Hindenburg—héroe de la guerra pasada—puede irse realizando una política de paz, un órgano de personalidades que compensen la tendencia del Presidente. De esta manera se daría satisfacción á la gran masa del país, que siente profunda devoción por las glorias del imperio bélico que labró la grandeza de Alemania, sin ir más allá de la significación sentimental y romántica y sin impedir el curso de una política de intereses morales y materiales capaz de completar la restauración económica de la nueva Alemania.

Pero del otro lado de la frontera, la desconfianza es inevitable. La designación de Hindenburg ha levantado ya un tumulto que será difícil calmar con meras hipótesis, ni con declaraciones oficiales. Esa tromba de alarmas é inquietudes llega muy lejos. Porque nos ha tocado vivir en una época de violencia, y en el fondo conviene que cada uno vaya preparando su movilización.



LA ANDALUZA DEL MANTÓN AZUL, cuadro original de José Nogué



L A S P E R L A S

ALLÓ, alló? No corte usted, señorita. Déjenos hablar... Antonia: ¿eres tú? Soy yo, Carlos. ¿No reconoces la voz de tu Carlos?... ¡Ay, no, hija mía! Muy mala noche; al contrario; por eso te telefoneo tan temprano; temía no encontrarte ya; rica mía: necesito cinco luises; se trata de un préstamo, ¿sabes? Te juro que te los devolveré. Me los vas a prestar enseguidita, ¿verdad? ¡Cómo que otra vez! ¡Qué poco amable eres!... Sí, hija mía, sin un cuarto... ¿Sabes, anoche, en Enghien? Apenas te marchaste, una mala pata atroz... Sí. Necesito cinco luises. Y á mí, ¿qué diablos me importa tu cosechera?... No corte usted, señorita, que no hemos terminado... ¡Vaya! ¡Un cruce!... Señorita: que estoy oyendo una conversación que no me inter...

Pero Carlos se calló; en el diálogo que sorprendía casualmente, un nombre había despertado su atención; un nombre mágico: el de Martinet, el gran joyero. Mudo, inmóvil, olvidando á Antonia y los cinco luises, escuchaba aquellas palabras lejanas que llegaban sordamente hasta él; una voz de mujer preguntaba; una voz de hombre respondía: «¿Alló, alló? ¿El señor Martinet, joyero?» «El mismo, señora. ¿A quién tengo el honor...?» «Soy la señora de... Everdi.» «¡Ah! ¡Perfectamente, señora! A los pies de usted, señora. Usted me perdonará el haberla hecho esperar. ¿En qué puedo servirla?» «Se trata de lo siguiente: mi marido y yo nos vamos de viaje, y quería preguntarle si le sería posible guardar en depósito mis collares de perlas y algunas alhajas más durante nuestra ausencia.» «Nada más fácil, señora; tenemos muchas parroquianas que hacen eso. No tiene usted más que reunirlos todo en un cofrecito y traérmelo cuando pase usted por la rue Royale.» «Es que nos vamos esta noche; esto se me ha ocurrido de pronto y no dispongo de un minuto...» «Es igual, señora; yo enviaré á su casa una persona de confianza; pero no... ¿Alló, alló?...»

De nuevo se hizo el silencio; Carlos, jadeante,

con el receptor en el oído, esperaba; pero ya no volvían á oírse las voces.

Su corazón latía con violencia. Murmuró:

—¡Vaya un golpe! ¡Un buen golpe!

Cogió el libro de abonados.

—Martinet, rue Royale; no hay más que uno: el joyero; coincide. ¿Pero la señora? ¿El nombre? ¿Sus señas? ¿Laverdi? ¿Raverdi? ¿Con una L, una R, una T? ¿Acaso Verdi, ó Nardi, ó Berdi? Esto va á ser muy largo; no tengo tiempo que perder; hay que llegar antes que la «persona de confianza». «Mis collares de perlas», ha dicho. Un lote de collares, vamos. El teléfono tiene á veces utilidad.

Carlos Minouche, alias el *Rasta*, hojeaba el anuario con dedos temblorosos, al azar.

«Pierdo tiempo; ya encontraré mientras me visto. ¿Dependiente de joyería? Una indumentaria sencilla, algo severa; nada de colores chillones: corbata discreta, chaquet; nada de sortijas... Sí. Un anillo de boda; hace más serio, más formal. Pero ese nombre, ese nombre.»

De pronto tuvo una inspiración.

«Rovardy! ¡El del licor, el del aperitivo Rovardy! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?»

Con la cara chorreando agua enjabonada, corrió al anuario.

Rovardy (señora viuda de). No es eso; ha dicho: mi marido. Rovardi (Alberto, señor y señora), avenue Henri Martin... Robardy (Gustavo, señor y señora), boulevard Malesherbes. ¿Hermanos? ¿Socios? ¿Cuál de los dos? El que se va esta noche. Lo sabré por el portero. ¿Podré tomar un taxi? Siete sesenta; sí, puedo.

Estudiaba ante el espejo una expresión de cara y de mirada tranquila, honrada, burguesa; un saludo cortés y humilde; luego metió en un bolsillo del pantalón un revólver; en un bolsillo del chaquet un fino estilete, y salió apresuradamente.

Diez minutos más tarde un *auto* le dejaba en

el boulevard Malesherbes. ¡Buena casa! ¿Don Gustavo Rovardy?

—No hay nadie. Se han ido la semana pasada. Subió de nuevo en el *auto*.

—¡Avenue Henri Martin!

El coche se detuvo ante un hotel suntuoso. Un portero con botones de oro cruzaba el jardín.

—La señora de Rovardy, ¿me hace el favor?

—La señora no está visible.

—Lo comprendo, porque la señora sale de viaje esta noche, ¿verdad?

El portero le miró con aire desconfiado y no contestó.

—La señora acaba de telefonar que se va esta noche.

—¿De telefonarle á usted?

—Al señor Martinet. Vengo de su parto.

—Voy á ver. Pase usted.

Carlos entró en la portería inspeccionando los lugares, las puertas para el caso de una salida precipitada. El portero se inclinaba sobre un teléfono interior.

—¿Bautista? Pregunte usted á la señora si ha telefonado al señor Martinet y anúnciele usted un dependiente del señor Martinet. ¿Alló? ¿Sí? Está bien.

Carlos esperaba angustiado; el portero se volvió.

—Suba usted.

Las alfombras mullidas y las tapicerías antiguas atestiguaban un lujo que prometía un buen negocio.

—¡Es ella! ¡Con tal de que no esté el marido! Me las arreglo mejor con las mujeres. Calma, presencia de ánimo y gano la partida.

Por precaución tanteó sobre su muslo el revólver.

En el descansillo del primero un lacayo le guió sin decir una palabra y abrió una puerta. Carlos vió en seguida á la señora, una hermosa y altiva mujer en traje de mañana.

—Elisa: espere usted en el cuarto de costura. La doncella se alejó y el portier cayó. Al mismo tiempo la otra puerta se cerraba detrás de Carlos. El *Rasta* se hallaba solo con su presa; saludó respetuosamente.

—¿Viene usted de parte del señor Martinet?
—Del señor Martinet, sí, señora.
—Me había anunciado su visita para esta tarde.
—Es que... verá usted. Yo había salido precisamente para recoger los diamantes de una parroquiiana que también se va de viaje. He vuelto antes de lo que creían; entonces el señor Martinet me ha dicho: «Tome usted un *taxi* y vaya corriendo a casa de la señora de Rovardy; ha telefonado que sale esta noche.»

Al terminar, y para mayor persuasión, acarició a la señora con una lenta mirada velada por sus largas pestañas que él tenía por irresistible. Este homenaje a su belleza sorprendió a la señora; pero aun viniendo de un dependiente, la galantería despertó su pudor femenino y dijo secamente:

—He aquí el cofre en cuestión.
Era una caja de acero y piel con cerradura de oro; mientras la señora daba vueltas a la llavecita él se acercó demasiado y ella, sintiendo aquel soplo masculino sobre su nuca, se volvió precisamente en el momento en que el *Rasta* se preguntaba si no sería mejor retorcer aquel hermoso cuello blanco para acabar de una vez. La señora Rovardy retrocedió con un gesto digno y altivo, y Carlos vió en la caja abierta, sobre el terciopelo negro, tres hileras de perlas; había treinta ó cuarenta ó cincuenta en cada hilera, y aquello era un tesoro: el millón, la salvación, la vida.

No las suelte aunque tuviera que despacharla a ella y a todos sus criados.

Adelantaba la cabeza como un perro que olfatea, y sus ojos brillaban; pero esta vez su admiración halagaba a la señora, que se dignó sonreír.

—Usted perdone — dijo él recordando su papel —; da gusto ver una cosa así cuando se es del oficio y se sabe apreciar la mercancía. Ahora, si la señora quiere cerrar la caja y guardar la llave; pero creo que la señora quiere poner otra cosa dentro, ¿no?

—¿El señor Martinet le ha dado el recibo?

—No. No ha pensado.

—Peró...
—Usted perdone. Ha creído que la señora tendría confianza... O acaso piensa mandar el papel por correo después de ver... ¿Como no sabía lo que la señora quería dejar en depósito!...

—¿Qué puerilidad! El señor Martinet conoce mis collares tan bien como yo, puesto que salen de su casa.

—Que la señora recuerde que la señora dijo en el aparato: «Mis collares y otras alhajas...» El señor no podía adivinar lo que la señora añadiría. Es más: me gritó cuando subía al *auto*: «Usted hará el recibo ó yo se lo mandaré.»

—¿Acaba usted de decir que no ha pensado!

—No ha pensado... No ha pensado que la señora se enojaría.

—Podía haberle dado un recibo en blanco, firmado, y usted lo hubiera llenado con la enumeración de las alhajas.

—Precisamente es lo que digo: que no ha pensado en ello. ¿La señora comprende?

Se esforzaba en acompañar sus palabras con una sonrisa obsequiosa; pero ella, visiblemente

preocupada, no parecía notarlo y reflexionaba. «¡Hijita mía! — pensaba él — Harás bien en no desconfiar; podría costarte caro.»

Y añadió:
—Pero no se preocupe. Yo firmaré el recibo en nombre del señor Martinet; un recibo provisional, naturalmente, en espera del suyo. Tengo costumbre. Esta mañana lo hice así con los diamantes de la otra señora.

De pronto ella le miró de hito en hito:
—No le he visto a usted nunca en la casa Martinet.

—Es que la señora no me ha hecho el honor... Además, me ausento a menudo para hacer entregas. Los patronos emplean con preferencia las personas de confianza; sobre todo en nuestro oficio.

Sus palabras sonaban alto, a victoria; pero con una grosería que él no percibía.

Ella prosiguió:
—Por lo menos, para hacer el recibo, ¿tendrá usted papel con el membrete de la casa?

Y en seguida tuvo la certeza de una contestación negativa; pero él afirmó.

—¡Oh! Seguramente. ¡Llevo siempre!

Al sacar su cartera tanteó el estilete; en seguida la señora Rovardy vió en el elegante tarjetero una corona conal de oro. No dudó ya; era un aventurero. Entonces, al verse sola y débil, el miedo la ahogó. Le miró; él la observaba también y sus ojos se adivinaron.

—¡Estoy descubierta!
Sin embargo, antes de recurrir a los grandes medios intentó la persuasión:

—Si la señora lo exige emplearemos el papel con membrete; pero el señor Martinet lo prohíbe; por-

que ha tenido muchos disgustos... ¡Como la ley prescribe el papel sellado, cuando se trata de más de mil quinientos francos! Y no tengo papel sellado; tenía una hoja y la he empleado para la señora de los diamantes.

—¿Acaso usted tiene?
Ella cogió el pretexto al vuelo:

—Mi marido tendrá seguramente.
Se precipitó hacia la puerta lateral; pero él dió un salto y se interpuso. Ella sintió sobre su rostro el aliento del hombre; vió sus mandíbulas apretadas y sus ojos fijos ante los suyos: la idea del crimen la sobrecogió.

—Cójalo todo — balbuceó.
Para retrasar su muerte retrocedía sin fuerza, con los brazos colgando; entonces sus manos tropezaron con un obstáculo: una mesa de tocador.

—No me mate usted. Cójalo todo.
Echada hacia atrás, sobre la mesa, sus dedos rozaban los bibelots, cepillos, peines, limas de concha, tijeras; de pronto tropezaron con la pera del timbre eléctrico. El bandido avanzaba ya, cuando la puerta se abrió tras el portier. Carlos retrocedió; la doncella entraba.

—Elisa... ¡Venga usted!
La señora no se precipitó hacia la muchacha, que llegaba tan oportunamente; permaneció inmóvil en su sitio con el brazo derecho agitado por espasmos violentos.

—Uno, dos... Elisa: dé usted a este señor lo necesario... para redactar un recibo... Ahí, en mi mesa... ¡Uno, dos, tres!

El brazo de la señora seguía agitándose frenéticamente; Carlos, atónito, intentaba comprender.

—¡Uno, dos, tres, cuatro!... Coja usted la caja, caballero... ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco!

El *Rasta* se acercó al cofrecillo, no sin dirigir a la puerta una mirada inquieta; la puerta se abrió; el ayuda de cámara, llamado por los dos timbrazos, apareció.

—Bautista: ayude usted a este señor a envolver esa caja... ¡No, no! No salga usted; no vaya a buscar nada; coja usted un papel de mi mesa.

El apache metió la mano en el bolsillo, buscando el revólver.

—No, no, señor; eso, no. Envuelva usted la caja... Cuatro, cinco, seis.

El portero entró con la gorra en la mano.

—¿La señora ha llamado tres veces?

Tras él el *chauffeur*.

—¿Qué desea la señora?

Luego el cocinero; al fin el señor Rovardy en persona:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué llamas a todo el mundo?

—¡Tú, no! ¡Vete, vete!

—¿Pero deja ese timbre! ¿Qué ocurre?

Ella seguía llamando; Carlos, en medio de tanta gente, comprendía demasiado tarde. E intentaba salir.

—¿Quién es ese señor? ¿Qué desea usted, caballero?

—¡Deja! No te metas en nada; vete. Antonio: acompañe usted a este señor.

—No he acabado de envolver el paquete — dijo Bautista —; si el señor quiere esperar un segundo...

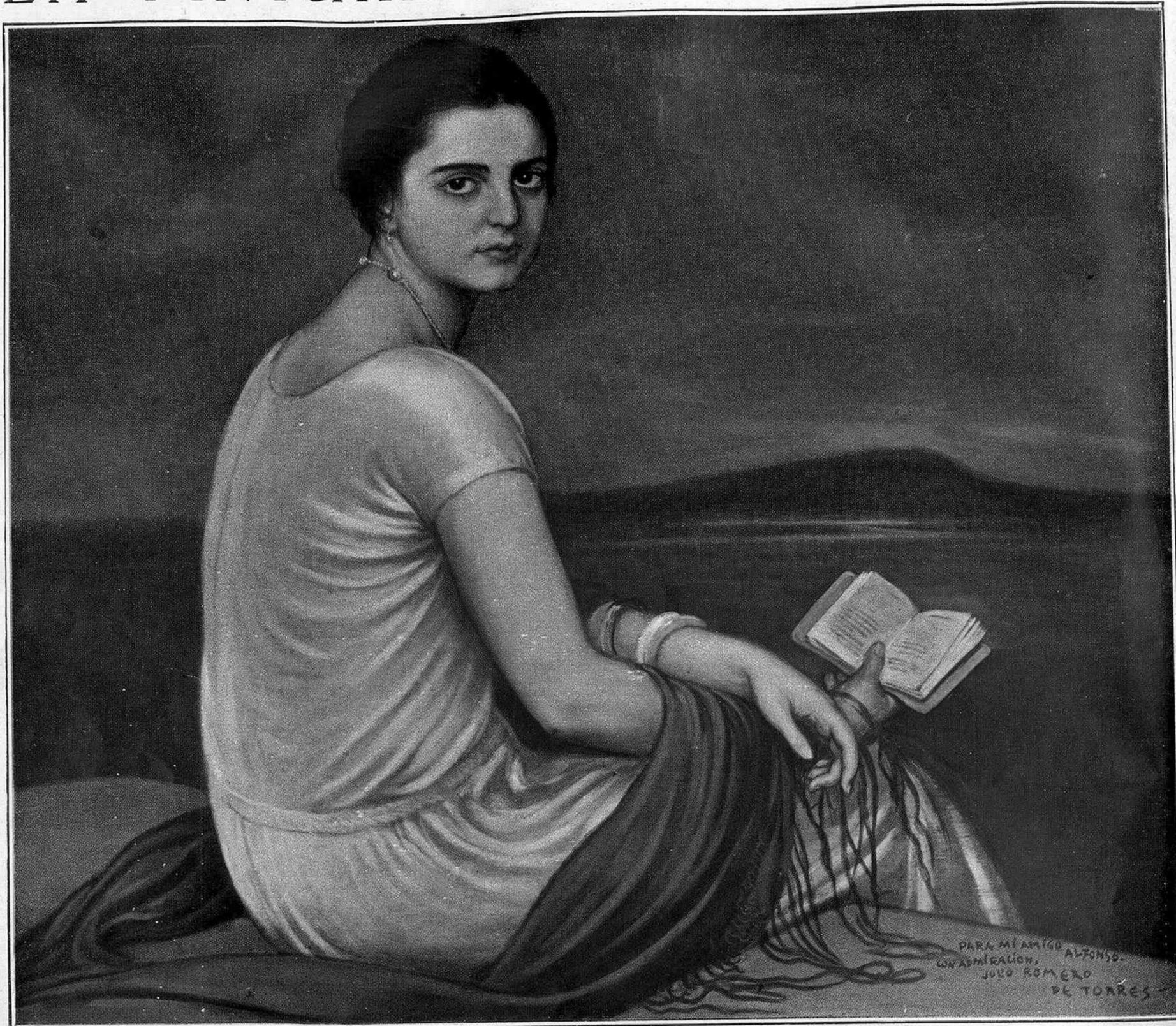
Pero el señor no quería; huía seguido del portero. Y la señora Rovardy, desplomándose al pie de la mesa tocador, soltaba al fin la pera del timbre y se desmayaba dulcemente.

Edmond HARAUCOURT
(Adaptación de Magda Donato)

DIBUJOS DE ARISTO TÉLLEZ



LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



"Retrato de la señorita María Sánchez Portela, hija del notable artista de la fotografía Alfonso", cuadro original de Julio Romero de Torres

U N A L Á G R I M A

Guardo en mi copa un licor,
sabroso zumo encantado,
que me hace estar embriagado
con el vino del amor.

Sabor de un artero hechizo
tiene este vino en su zumo,
tanto, que yo ya presumo
que fué Venus quien lo hizo.

Sin verme nunca saciado,
bebo por que en mí la vida
sea una llama encendida

por un viento huracanado.

Soy español, y por eso,
porque lo heredé en la cuna,
como Don Juan, mi fortuna
daría á cambio de un beso.

Bebo, bebo, y ya embriagado,
loco de vino, quisiera
que mi vida siempre ardiera
bajo un viento huracanado.

Pero sé que no será,
porque al compás de la vida,

que es nuestra copa encendida,
también el vino se va.

Por eso, cuando hoy ya miro
temblar la copa en mi mano,
como el que aclara un arcano
miro mi copa y suspiro.

¿Una lágrima?... No. Eso
no fué lágrima. Eso ha sido
que de tanto haber bebido
me turbó el beber el seso.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

LA ESCULTURA NORTEAMERICANA



LOS HIJOS DE DIOS VIERON QUE LAS HIJAS DE LOS HOMBRES ERAN BELLAS

Grupo en mármol, original de Daniel Chester French, adquirido por la Galería Nacional de Corcoran (Washington) en cincuenta mil dólares

FOT. DORR NEWS SERVICE

EL PANTANO DE "EL CHORRO" EN MÁLAGA

ALARDE magnífico de la moderna ingeniería es la gran obra hidráulica del pantano de «El Chorro» en Málaga, que fué inaugurado recientemente por el Rey. Aprovechando certeramente las condiciones naturales del terreno ha sido construido este pantano en un escenario de imponderable belleza, en uno de los paisajes más típicos y sugestivos de España. Y á España toda interesa la difusión del ejemplo dado en Málaga, porque ese es el problema de toda nuestra nación: el problema del agua, que hoy estérilmente llevan nuestros ríos al mar, derrochando una riqueza que, aprovechada con pantanos y canales, elevaría toda la producción española de un modo fabuloso.

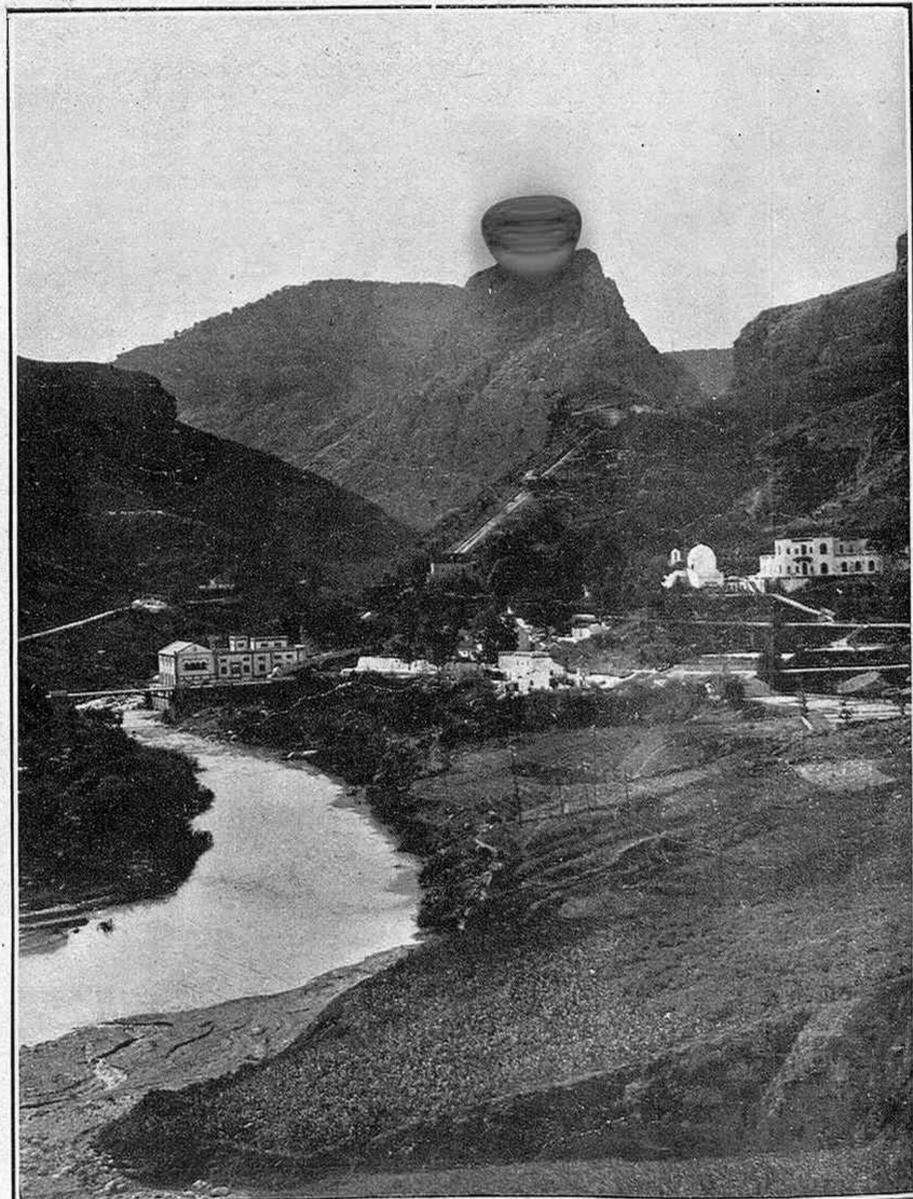
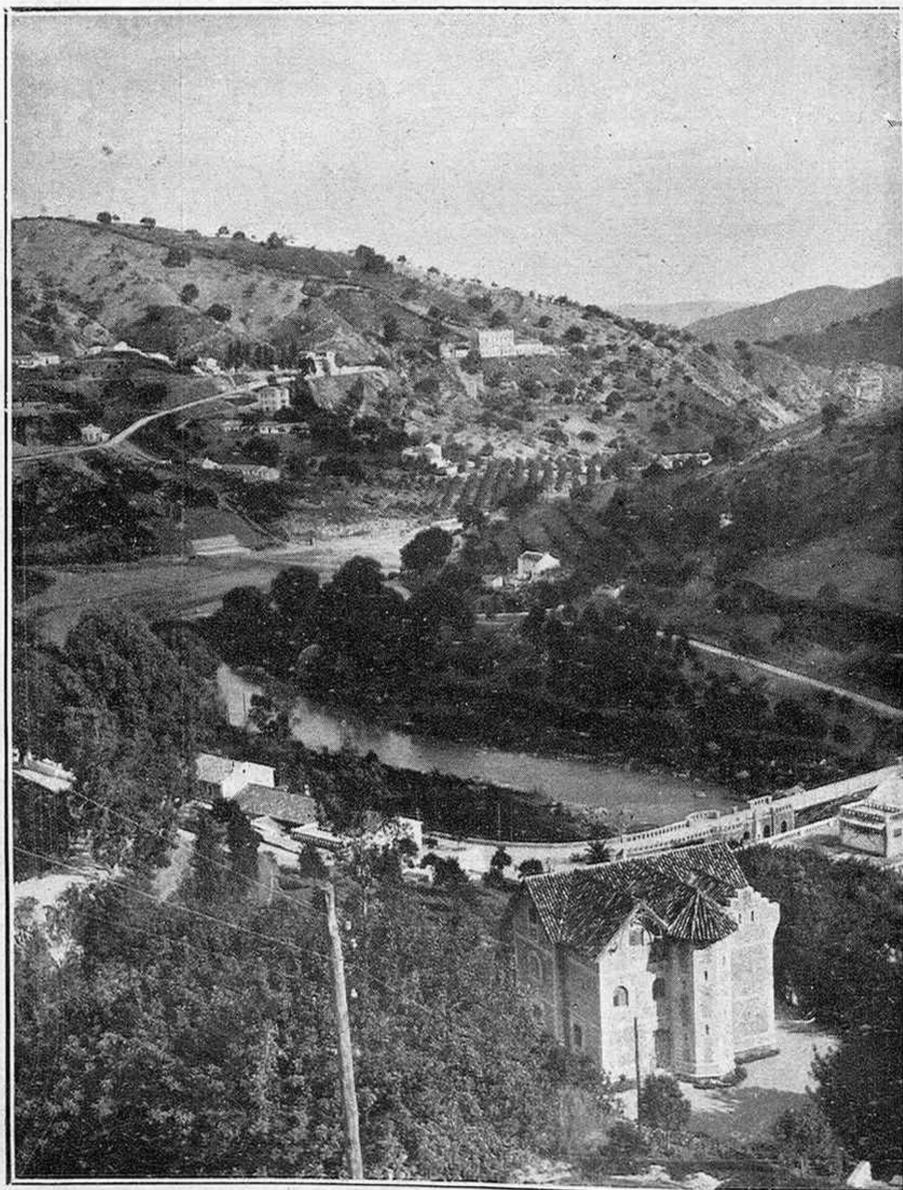
Problema de la tierra, que es el problema del agua, Málaga ha sabido resolverlo en esta obra magnífica de «El



Una perspectiva que es un magnífico ejemplo de la colaboración humana con la Naturaleza. El monte es escalado por las edificaciones, y las obras de ingeniería hacen asequibles y útiles las más abruptas lomas de la Sierra

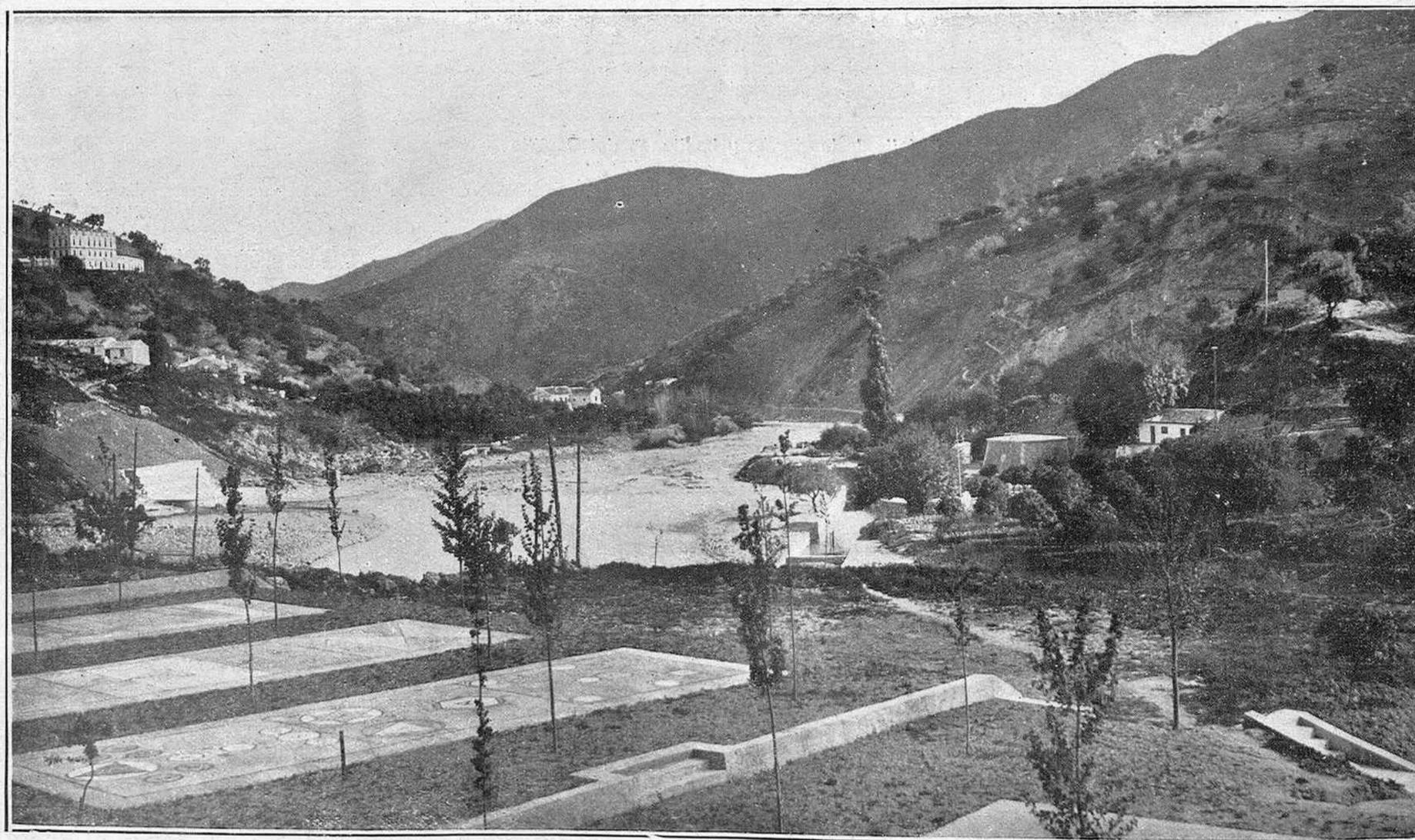
Chorro», que es modelo de perfección y motivo confortador de estímulo á toda la actividad nacional, por la que merece la más fervorosa admiración el ilustre ingeniero conde de Guadalhorce, iniciador, autor y director de la obra que es el orgullo de la bella región andaluza.

El conde de Guadalhorce es, además de sus prestigios técnicos, una de las más notorias personalidades de Málaga, que debe á sus iniciativas y á su esfuerzo numerosas mejoras, obras y proyectos. Entre estos destaca el ya realizado el año anterior de la Exposición regional, que llevó á la perla del Mediterráneo muestras de todas las actividades industriales de Andalucía, constituyendo una gallarda prueba de lo que el Mediodía de España representa en el constante progreso nacional.



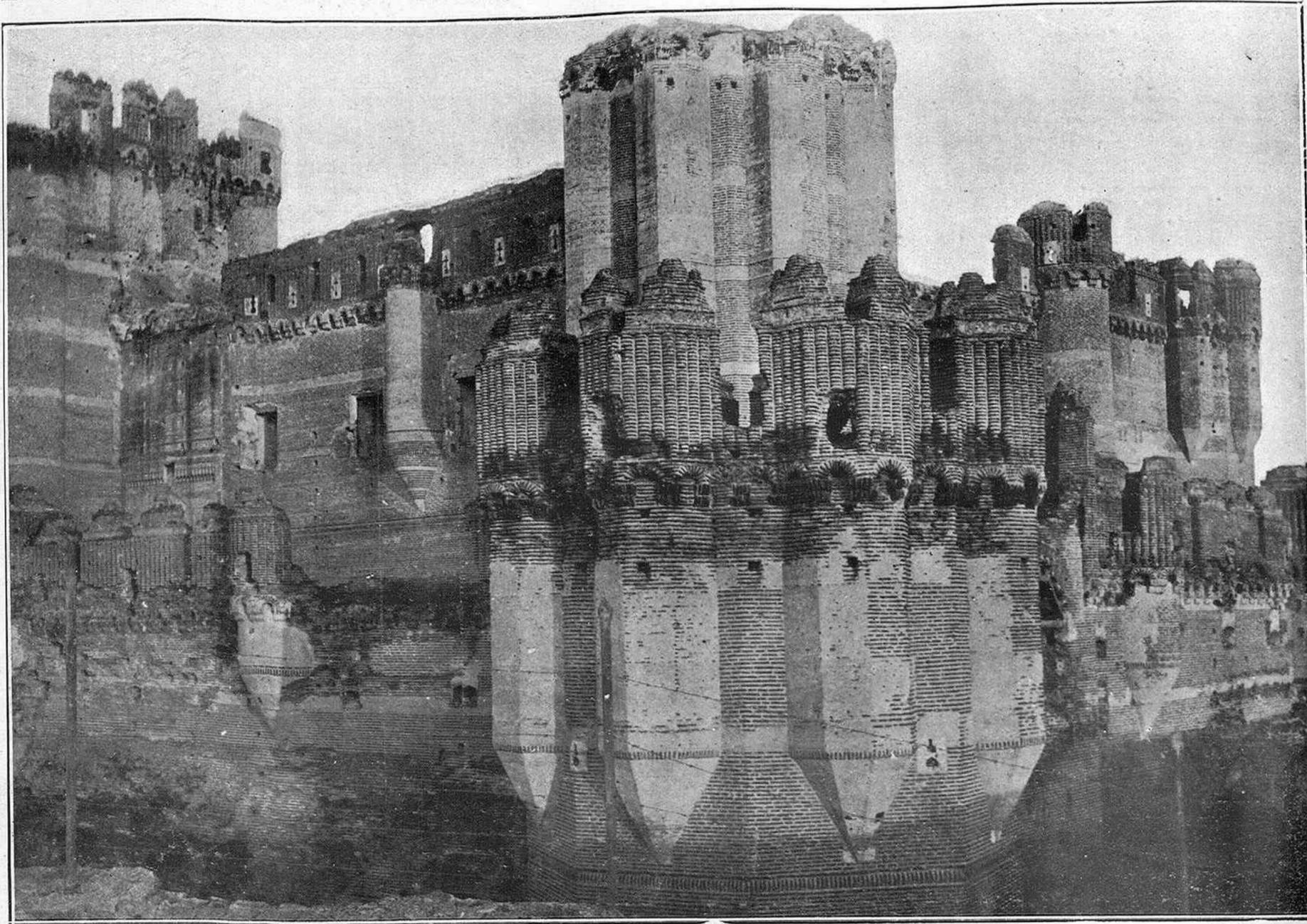
Obras de contención y encauzamiento del pantano de "El Chorro", cuyos riegos han enriquecido la producción de una extensa zona agrícola

FOTS. DÍAZ CASARIEGO



En la abrupta maravilla del paisaje, al pie de las colinas en que contrastan los picachos pétreos de la Sierra con la exuberante vegetación meridional, abre su cauce de fecundidad el pantano de "El Chorro", una de las mejores obras hidráulicas españolas que prodiga la riqueza del agua en lo más feraz del término malagueño

LA ANTIQUÍSIMA VILLA DE COCA Y SU MARAVILLOSO CASTILLO MUDÉJAR

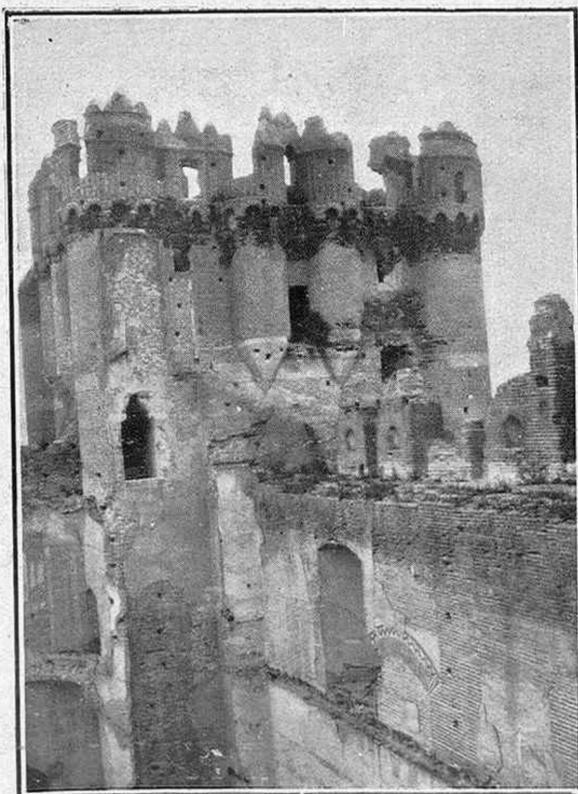


Detalle de las torres y bastiones del Castillo

Pocos lugares hay en España que cuenten con una ejecutoria de antigüedad tan notable como este de Coca, la célebre villa segoviana evocadora de días fastos. La Historia ya nos habla de ella al par que de la guerra de Numancia, las heroicidades de Viriato y la conquista de nuestro suelo por los romanos. En efecto: el año 602 de la fundación de Roma, y 150 antes de Cristo, vino á España el Cónsul Lucio Licinio Lúculo, que, atravesando la región carpetana, acampó junto á la ciudad de Cauca, nuestra Coca de hoy. Extrañáronse los caucenses (ó caudinos, como los llama Floro, el famoso historiador romano, en el libro 8, cap. 18 de su obra) de la presencia á sus puertas del ejército romano, toda vez que por estar en paz con el pueblo invasor suponían que no traería el Cónsul orden de hacerles la guerra, y enviaría á preguntarle la causa de acampar allí, respondiendo aquél que iba á vengar los agravios que habían hecho los de la plaza á los carpetanos. Comprendieron los de Coca que la intención era entablar franca lucha, y no aguardaron más razones, pues que salieron sus tropas y atacaron á las legiones imperiales, á la sazón diseminadas por aquellos aldeaños haciendo provisiones, matando á muchos romanos.

Reunió Lúculo todas sus mesnadas y combatió con ellas, decidido, á los españoles, quienes se defendieron heroicamente, teniendo á raya á los invasores mientras contaron con dardos y flechas. Al acabárseles éstos tuvieron que huir de las avanzadas ante el empuje del enemigo, que les hizo tres mil muertos en la estrechura de las entradas. Al pedirles paz al día siguiente, los romanos les exigieron entrega de cien talentos (casi millón y medio de pesetas) y en rehenes cuantos soldados de á caballo hubiese en la ciudad. Aceptaron los de Coca, á condición de que no penetrasen los romanos en la plaza; pero, ¡*vae victis!*!, el invasor amplió sus exigencias, diciéndoles que tenía que po-

ner en ella presidio romano, á lo que hubieron de acceder, deseosos de paz. Mas el Cónsul, inhumano, dió orden secreta á 2.000 soldados de que en



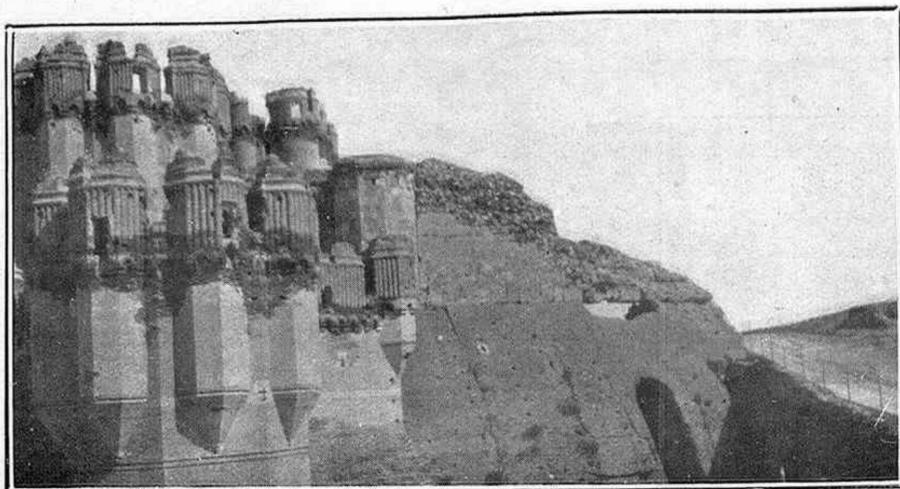
Torre del Homenaje

entrando ocupasen puertas y murallas, á fin de que no pudiese salir ninguna gente, y al toque de trompeta todo el ejército se dió á la matanza, no respetando ni mujeres ni niños, muriendo 20.000 habitantes, casi toda la población, pues fueron muy pocos los que lograron escapar por los postigos y derrumbaderos que caían al río.

Destruyó Lúculo, pues, la ciudad, y ésta y semejantes hazañas, que se emparejaban con las de su compañero Galba, pretor de la otra mitad de España, movieron á los demás pueblos de la Península al franco levantamiento contra el invasor, á la cabeza del cual se puso el famoso Viriato. Mas ya sabemos lo efímero de los triunfos de éste y el artero modo cómo los romanos se desembarazaron de aquel caudillo. Así vemos que tras las gestas, sin igual heroicas, de Coca, y las que siguieron de Numancia, Termes (ciudad vecina á Numancia), Colendas (hoy Cuéllar) y otras, Roma quedó por dominadora de la Península.

Fué aquí en Coca donde, cinco siglos más tarde, el año 346 de nuestra Era, y ya un tanto reconstruida la ciudad y fundidos vencedores y vencidos, vino á la vida el que había de ser Emperador de Roma: Teodosio I *el Grande*.

Hay un gran lapso de tiempo, que comprende el tenebroso Medievo, durante el cual la Historia enmudece en lo que á Coca respecta. Se sucedieron los siglos; tras los romanos vinieron los bárbaros, y á éstos siguieron los árabes, que habían de ser más tarde arrojados de nuestro suelo. Y al alborar ya la Edad Moderna es cuando la antigua villa resurge esplendorosa. Una de las familias nobles más notables del siglo xv, la de los Fonseca, cuyo fundador fué el famoso Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla y magnate de la Corte de Enrique IV, en la que se distinguió por la esplendor de sus fiestas en honor de reyes, es la que hizo de Coca el solar de su señorío. Cuéntase á propósito del poderío de los Fonseca que en uno de sus



Vista del foro y la antigua muralla

ágapes famosos, en el que sentó á su mesa á los reyes y á los más conspicuos magnates de la Corte, mandó sacar, después de la espléndida comida, dos bandejas llenas de preciadísimas sortijas de oro y gemas muy valiosas para obsequiar á la reina y demás damas presentes con la que cada una eligiera. Ese personaje famoso, que tan importante papel jugó en aquellos años en que abundaban las luchas y revueltas, defendiendo unos á *la Beltraneja* y otros á los Reyes Católicos, años en que se realizó la unidad nacional y la expulsión definitiva de los árabes y estaba cercano el descubrimiento de un nuevo mundo, Alfonso de Fonseca, decimos, fué quien terminó el famoso castillo de Coca, ejemplar el más genuino del arte mudéjar, según el docto Lampérez. Aunque no existen datos que lo confirmen, hay que pensar que el castillo fué levantado sobre el lugar en que se asentaba la antigua fortaleza romana, ya que los vestigios de murallas y fortificaciones y los restos de calzadas nos hablan de tiempos mucho más remotos, de aquellos en que la antigua Cauca fué gran ciudad guerrera. En una de las principales torres aparece, medio borrosa é incompleta, la fecha en que se terminó: MCCCC...

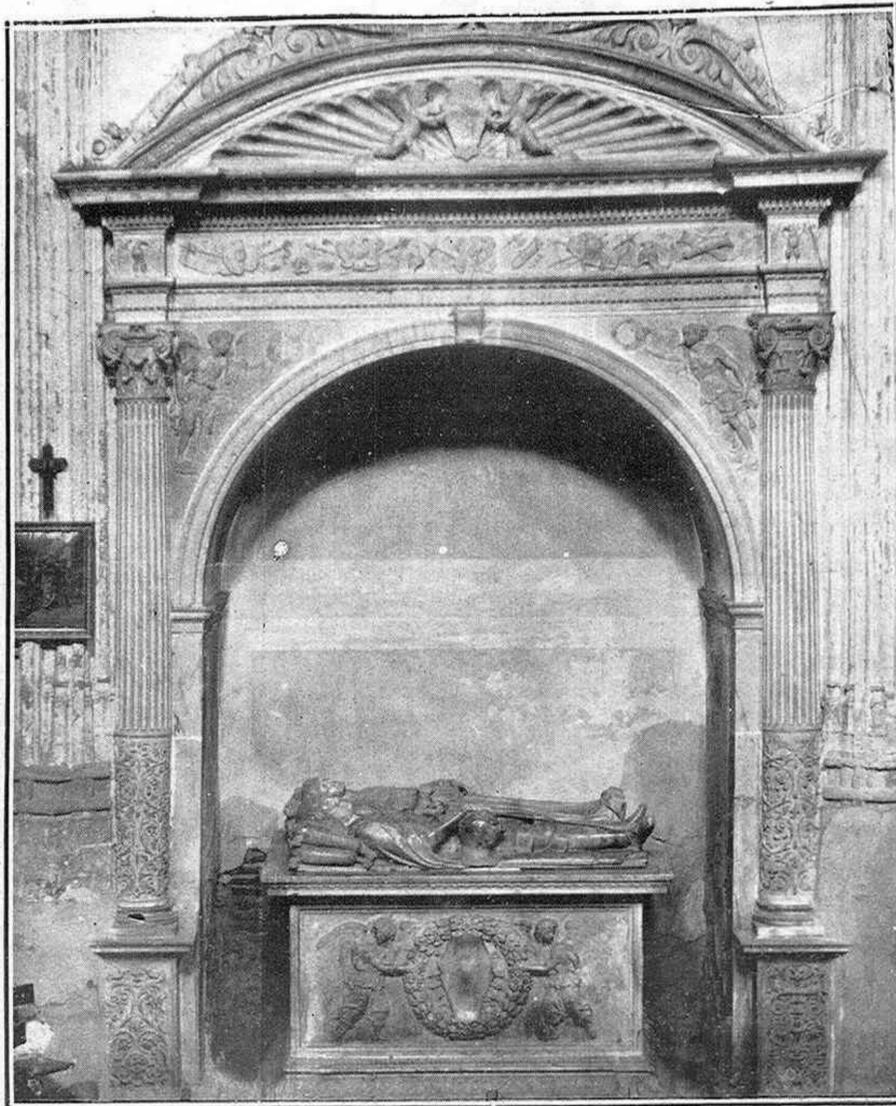
Es admirable este castillo-palacio—en opinión de algunos el más hermoso de España—, y su contemplación en una tarde esplendorosa del otoño incipiente compensa las molestias de muchas horas de camino, satisfaciéndonos cumplidamente su emoción estética del interés con que años y años

ansiamos la visita al famoso pueblo castellano asentado sobre el Eresma, el río que ocho leguas antes lame los muros de aquellas otras sin par ciudad y espléndida fortaleza: Segovia y su Alcázar. Asombra la gigantesca proporción de su fábrica, con sus gruesas murallas y sus torres, todas ellas revestidas del ocre ladrillo, que pone una severa pincelada en estas pinariegas tierras siempre verdes, las más ricas de España, con su escarpa y su foso medio obstruido, que dan la impresión de su antigua inexpugnabilidad; con sus caminos de ronda y sus bordeantes calzadas, en las que se adivina la obra de los romanos; con sus garitones inmensos, sus cortinas y bastiones. ¡Qué honda impresión produce su destrucción continua merced á la acción ineluctable del tiempo! Porque lo mismo que en Tudregano, en Pedraza, en Medina y en Peñafiel, los pueblos de famosos castillos, aquí nos con-

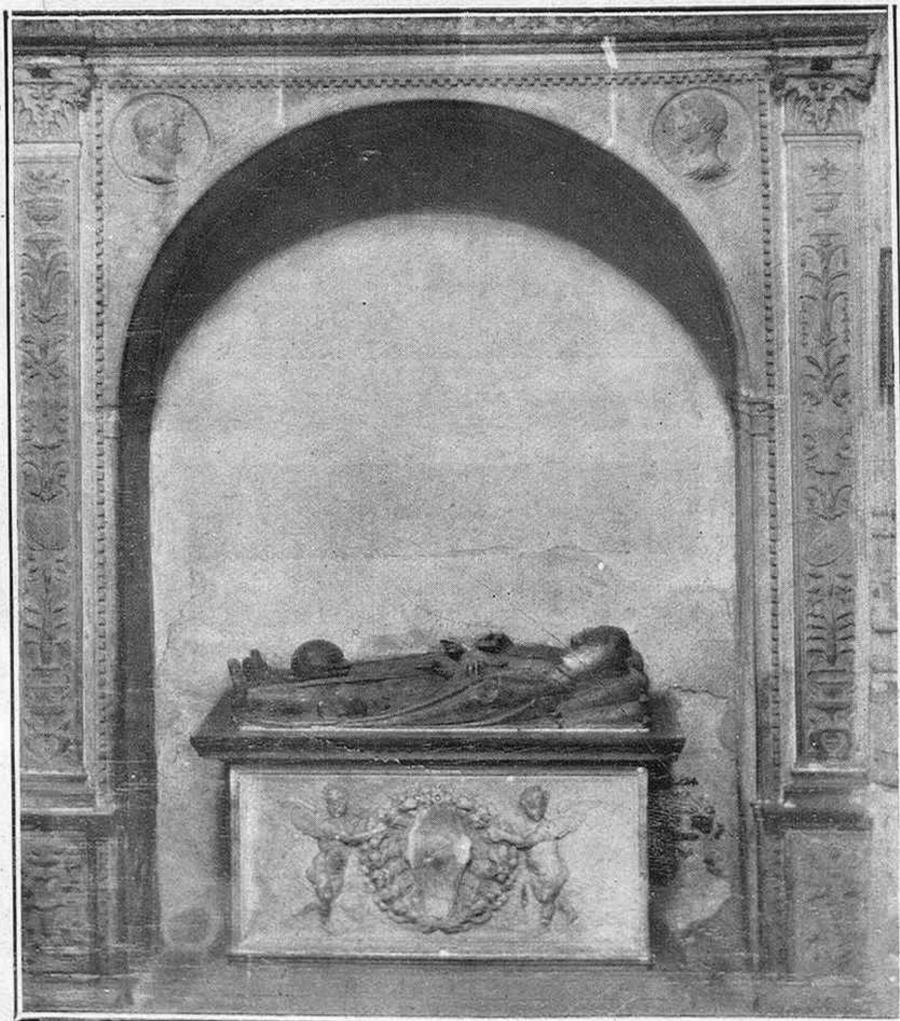
tristó el ánimo el ver que poco á poco se derrumban las almenas, se disgregan los canecillos y se socavan murallas y tambores. El visitante ha de tener cuidado al penetrar en ciertos recovecos no se le venga encima algún escombro con riesgo de su vida, que tal aconteció al que obtuvo las vistas que aquí se reproducen, quien estuvo á punto de recibir fuerte golpe en sus atrevidísimos oteos artísticos por el interior del vetusto castillo.

En la iglesia de Santa María de Coca—una de las siete que existen en el señorío—se encuentran los sepulcros de algunos de los más esclarecidos Fonseca, entre los cuales, y á más de D. Alfonso, fundador de la casa, nos habla la Historia de D. Fernando, su hermano, maestrescuela del Rey Enrique IV; de D. Juan, su hijo, obispo de Burgos, y de D. Antonio, hermano de este último, testamentario que fué de la Reina Católica y palaciego de gran confianza de Doña Juana *la Loca* y Don Felipe *el Hermoso*, quien combatió á los Comuneros, ayudando al famoso alcalde Ronquillo é incendiando Medina del Campo. Estos sepulcros, labrados algunos de ellos en magnífico mármol de Carrara, por Ordóñez, famoso arquitecto burgalés del siglo XVI, director de la Sociedad de Artistas Italianos, se conservan en admirable estado, y constituyen artísticos monumentos funerarios que llaman la atención del viajero que llega á esta villa de Coca, el lugar de tantos muertos vestigios y recuerdos de su pasado, que evocamos en su tranquila vida de hoy, vida de cultivo de sus tierras de pan llevar y de explotación de sus ubérrimos pinares que alimentan importantísimas fábricas.

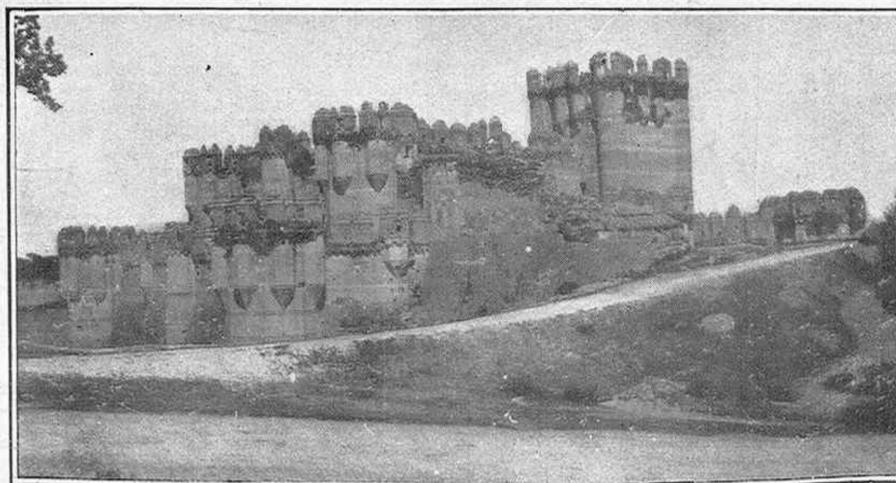
ANGEL DOTOR



Coca.—Iglesia de Santa María. Sepulcro de D. Alfonso de Fonseca y su madre D.ª María de Avellaneda



Sepulcro de D. Fernando de Fonseca y su segunda mujer D.ª Teresa de Ayala en la iglesia de Santa María, de Coca



Vista general del Castillo de Coca
FOTS. DE UNTURBE

CÓMO es esto?—nos preguntamos en España— Un hombre que en 1916 estuvo á punto de ser fusilado por traidor á su patria, ¿entra ahora á dirigir los destinos de la Hacienda francesa? ¿Es que allí no hay memoria? Si entonces eran justos no deben llamarlo hoy. Y si se equivocaron, la noción más elemental de delicadeza obliga á no declararlo de modo tan bochornoso y que deja tan al descubierto la injusticia de todo un pueblo. Han ido demasiado aprisa la rectificación, la vindicación y el ensalzamiento.

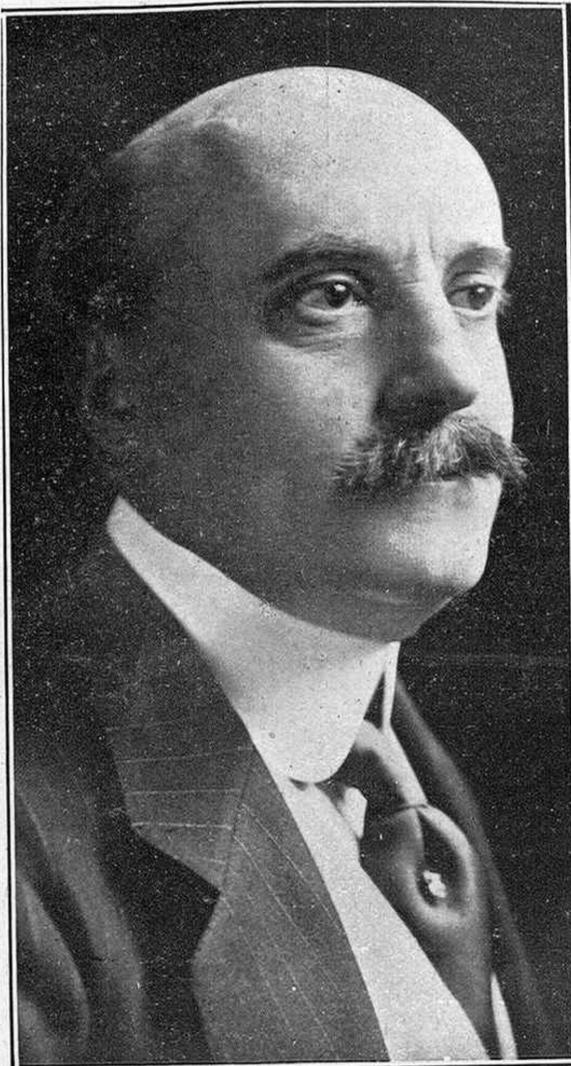
Precisamente ahora es cuando más importancia tiene la política que se haga desde el departamento de Hacienda. Puede decirse que en ella está el nudo del problema. Disponer de la Hacienda es disponer de Francia. Se le han dado, pues, á Caillaux los destinos de Francia.

Así se discurre, en línea recta y con bastante aproximación á la realidad, salvo la idea de que sea bochornoso reparar prestamente una injusticia, idea que responde á aquella frase que tanto le gusta repetir al maestro Unamuno: «Sostenella y nó enmendalla.» Francia no se empeña en sostener, sino que cuando cree haberse equivocado, enmienda el error.

Cuando aparezcan estas líneas quizá esté ya despejada la incógnita de la rehabilitación y encumbramiento de M. Caillaux. Es el día 27 la elección del Presidente de la República alemana. Francia quiere estar prevenida y llama al poder un verdadero Gobierno de concentración, del cual, en todo caso, podrá salir otro Gobierno que responda al resultado de la voluntad manifiesta por el pueblo alemán.

De este modo, Caillaux, que estuvo á dos dedos de la muerte por Alemania, tiene ahora su desquite por Alemania. Parece que la mejor demostración que pueden hacer los franceses de su deseo de llegar á una inteligencia—tanto como fuere posible— con los alemanes está en el hecho de elegir al que ha representado con mejor talento y con mayor riesgo la política de aproximación.

Este pensamiento, sin duda, ha inspirado la formación de un Gobierno en que se junten Painlevé, el matemático; Briand, el ex socialista que dejó de serlo, por lo cual tropieza con el veto de sus antiguos compañeros, y Caillaux, el hombre de los



MONSIEUR CAILLAUX

tratos con el enemigo. Es, en realidad, una movilización, si no para la guerra, por lo menos para imponer la paz. Calculando lógicamente no es posible que á una Francia que se orienta así responda Alemania derrocando el régimen republicano y eligiendo un Presidente que ha empezado por brindarle el sillón presidencial á su Kaiser, á su Kronprinz y al imperialismo guerrero.

Todo esto podría deshacerse, como cualquier castillo de naipes construido para instalar una anticipación sobre materia política, si el día 27 los alemanes eligieran Presidente al general Hindenburg. El vencedor de los lagos Masurianos habría desbaratado también los planes de la estrategia política francesa, ó por lo menos, los cálculos que hacemos desde aquí juzgando de las cosas sin otros datos que los del buen sentido.

José Caillaux, hombre de vida apasionada, que no se resignó á la muerte civil y luchó desde el primer día por demostrar la legitimidad y el sano propósito de todos sus actos, especialmente de los más censurados, ha obtenido algo más que la amnistía. Todo su pasado, incluso el inmediatamente anterior á la guerra, consigue, de golpe, la purificación. Recuérdese el proceso de madame Caillaux por la muerte de M. Calmette y su absolución, días antes de la declaración de guerra. A las pasiones conjuradas contra él y contra esa mujer extraña, capaz de tan violento «dinamismo», respondió Caillaux con la misma pasión. Se le atacaba en su moral. Incluso el «dinamismo», que era su virtud política, fué exhibido como un motivo más para ponerse en guardia contra él. Nunca tuvo la política tantos entrebaldos, ni siquiera en el famoso *affaire Dreyfus* salieron á relucir tantas intimidaciones de despacho, de salón y hasta de *boudoir* y de alcoba. El frufú parisién, todo escándalo y murmuración, necesitaba un golpe brusco. Tan brusco por lo menos como las primeras bombas de los aeroplanos alemanes volando sobre París.

Los ingleses, que saben medir bien sus juicios, dicen ahora de M. Caillaux: «Es un hombre de acción. Es un financiero de gran valor.» Pero no dejan de agregar: «Al llamarle al Poder M. Painlevé ha dado prueba de valor y de audacia.»

LUIS BELLO

52 52
25 25
LAS NUEVAS HERMANAS SIAMESAS



Las bellas "hermanas siamesas" norteamericanas Violet y Daisy Hilton, que constituyen actualmente el gran éxito de curiosidad en Nueva York, donde se exhiben, durante el "tea-party" que se celebró en su honor en el Hotel Astor para festejar el XVII aniversario de su nacimiento

LAS ATARAZANAS DE MÁLAGA

UNO de los edificios más espléndidos construidos durante la dominación árabe fué el conocido por las Atarazanas, cuyos despojos aún proclaman su magnificencia artística y sus vastas proporciones.

La voz *Atarazanas*, compuesta de las árabes *Addar* y *Az-zanaa*, significa casa de construcción, de donde también procede la palabra arsenal. El mar por entonces bebaba sus muros, y se unía esta fortaleza á las murallas de la ciudad, muy reducida en la época musulmana.

Punto obscuro es el relativo á la fecha en que las Atarazanas se construyeron, asegurando algunos historiadores que de ellas se han ocupado que esta edificación data de los tiempos espléndidos del califa cordobés Abderrahman; opinión que no comparten otros críticos en materia histórica, que la suponen romana en su esencia primitiva y reedificada posteriormente por los árabes.

En el año 911 de la Egira, el citado Abderrahman III, ó Amasir, estableció en dicha fortaleza famosos arsenales para la construcción de galeras y otras embarcaciones menores; servicio que duró muchos años, según Medina Conde, Bremón y algún otro escritor; pero estudiado el plano de las Atarazanas tales como debieron ser durante la dominación islamita, no es lógico suponer que en su recinto se construyeran naves, pues carecía de condiciones para ello, siendo quizá en el estero de la playa donde se repararan y hasta se construyeran.

La denominación que en las pasadas centurias se daba á este grandioso edificio era el de las *Tarrazanas*. A principios del siglo xv, marinos que tripulaban las embarcaciones de D. Pedro Niño, conde de Buelna, decían:

«Por el cabo de Poniente de Málaga son las Tarrazanas; llega el mar hasta ellas y aun rodéalas.»

Y Pérez del Pulgar, en las postrimerías de la misma centuria, escribía así:

«... e después están las Tarrazanas rodeadas con ciertas torres donde bate el mar, y en una punta de la ciudad que va á la mar está una torre albarrada e muy ancha que sale de la cerca como un espolón e junta con la mar.»

La extensión de la fortaleza, según antiguas crónicas, era como sigue:

Desde la actual calle de Santo Domingo comenzaban sus muros, que continuaban por la acera izquierda de la plaza de Arriola, yendo al mar. En el centro había una gran torre con otra cuadrada muy fuerte y alta que aparecía en la esquina que formaba la muralla al dar la vuelta para formar el lienzo frontero al mar. Desde ella salía un murallón que servía de unión entre las Atarazanas, y otra encumbrada torre que los árabes denominaron *Borch-Haita*, ó sea Torre del Clamor, porque desde ella el muédano convocaba á orar á los creyentes. Los cristianos la llamaron más tarde *Torre Gorda*, utilizándose como almacén de pólvora y batería avanzada.

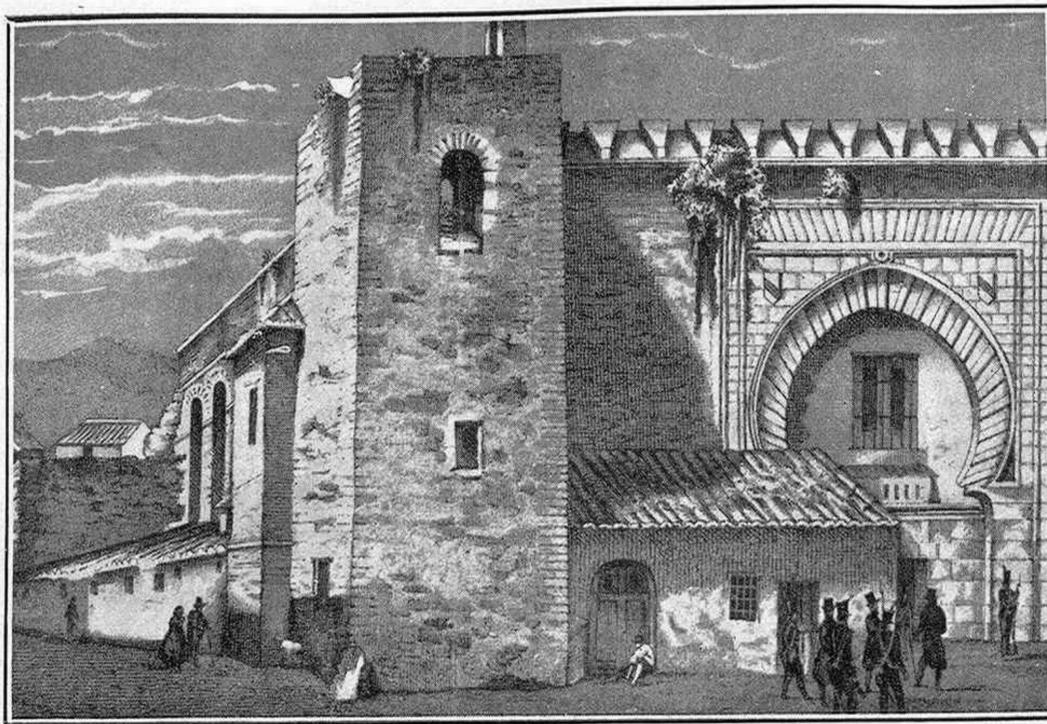
A mediados del siglo xvii esta torre tenía dos cuerpos, y á los pies se hallaba una escarpa que batían las olas del Mediterráneo. Al Poniente del torreón, hacia la plaza de Arriola, tenía su escalera especial, denominándose la puerta que le daba entrada Puerta de los Gigantes.

El conceptuoso poeta D. Juan de Ovando y Santarén, en sus *Ocios de Castalia*, al describir á Málaga, dice:

«Del mar la Torre Gorda por divisa
cuanto es en nuestras costas celebrada,
es un Etna del bárbaro precisa,
y teniendo á sus sombras abrigada
tanta canalla que en su arena frisa
presumida en su trato de alentada,
de atrevidos gigantes en su puerta
porque á los vicios la ha tenido abierta.»

Sin duda, se refería Ovando á la clase de gente que frecuentaba sus alrededores en el siglo xvii.

Los muros de las Atarazanas fronteros al mar



Las Atarazanas de Málaga en 1839

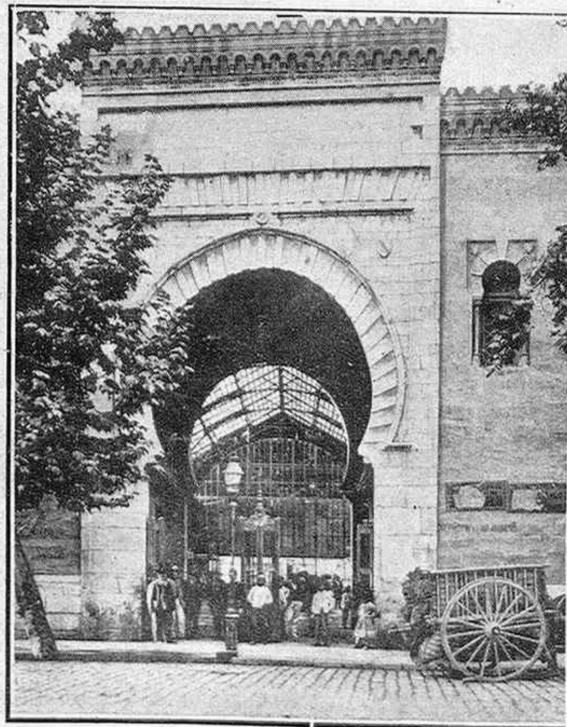
se hallaban almenados y defendidos por matacanes, estando formadas sus esquinas por dos torres cuadradas, distantes entre sí cuarenta y dos metros. Próxima á la torre de la izquierda se abría una puerta esbeltísima que en la actualidad se conserva, sirviendo de entrada al Mercado de Alfonso XII. Esta magnífica puerta fué restaurada por el arquitecto D. Joaquín Rucoba, y está colocada á veinticinco metros hacia Levante de su emplazamiento primitivo.

La puerta es de mármol y jaspón; su arco, de herradura ligeramente apuntado, adovelado, con sus dovelas alternativamente reunidas y realzadas, tiene sobre la clave otras dovelas en idéntica disposición, formando una airosa faja. Desde la clave, siguiendo la curva de la herradura, una elegante línea de piedra forma un recuadro, haciendo en el tímpano bajo la antedicha faja una curva, dentro de la cual hay una concha. Otra estrecha línea de piedras salientes limita en su dirección de longitud y anchura la puerta, encuadrándola en un elegante rectángulo.

En cada enjuta del arco se ve el escudo de la dinastía granadina de los nazaries, con su respectiva inscripción grabada en una faja trazada al sesgo en caracteres mogrebies, y cuya traducción es el famoso

Sól: Dios es vencedor; ensalzado sea.

Así describe esta célebre puerta Guillén Robles, en su *Málaga Musulmana*.



Puerta del Mercado de Alfonso XII

En el interior del recinto se veían señales de dos edificaciones de épocas distintas. Hacia la derecha presentaba seis extensas bóvedas, con un patio entre la segunda y tercera. En el lateral izquierdo se hallaba otro patio, con corredores salpicados de columnas; en el centro, un pozo, y una amplia sala al fondo.

Un murallón recto y prolongado, paralelo á la fachada, dejaba desde él hasta la parte posterior del recinto un espacio grande, en el que se notaba otro pozo y varios compartimientos unidos á los muros. Las bóvedas sostenían aposentos, y éstos una terraza que dominaba las almenas.

El perímetro de las Atarazanas medía cinco mil ochocientos metros de superficie. En el interior existía una mezquita,

á la que correspondía la puerta de mármol que aún subsiste. La fortaleza debió tener otras puertas; algunas, como las de los Gigantes, forradas de cobre.

En los finales del siglo xviii distaba esta espléndida mansión del mar doscientas noventa varas; pero en la *Relación histórica de la inundación que padeció la ciudad de Málaga en la noche del 25 de Septiembre de 1764* se aseguraba que vivían personas que pescaron con caña desde la zarpa de piedra que resguardaba la Torre Gorda.

Al reconquistarse Málaga en 1487, se creó una ermita, bajo la advocación de San Cosme y San Damián, en el mismo lugar que en las Atarazanas fué mezquita; creación que consta en la «Real Cédula del 21 de Marzo de 1491, dada en el Real de la vega de Granada».

Meses después, el fraile trinitario calzado fray Miguel de Córdoba, que con otros religiosos venía acompañando á los Reyes Católicos, pidió dicha mezquita y varias habitaciones contiguas á ella para convento, accediendo la ciudad á la tal pretensión; pero el continuo ruido del mar, los escándalos de los barqueros y otras razones no menos poderosas les hicieron abandonar aquellos lugares no mucho después de su instalación en la antigua mezquita.

Mediando el siglo xvi, el Emperador Carlos V mandó reparar esta fábrica, datando de ese tiempo la obra cristiana ó moderna de lo que desde entonces se denominó *Atarazanas Reales*. Años antes coronaban sus baluartes trescientas piezas de artillería, puestas todas en sus cureñas, algunas de las cuales se sacaron de las Atarazanas, siendo corregidor de Málaga D. Diego de Villalobos y Bonavides, y se colocaron en el baluarte de San Andrés, en el del Obispo, en la torre del puente de Santo Domingo y en la Puerta del Mar.

Durante varias de las epidemias que más terribles efectos causaron en Málaga, las Atarazanas sirvieron de hospitales, y en otras ocasiones de oficinas y almacenes del Estado y de cuarteles, especialmente para fuerzas de artillería y caballería.

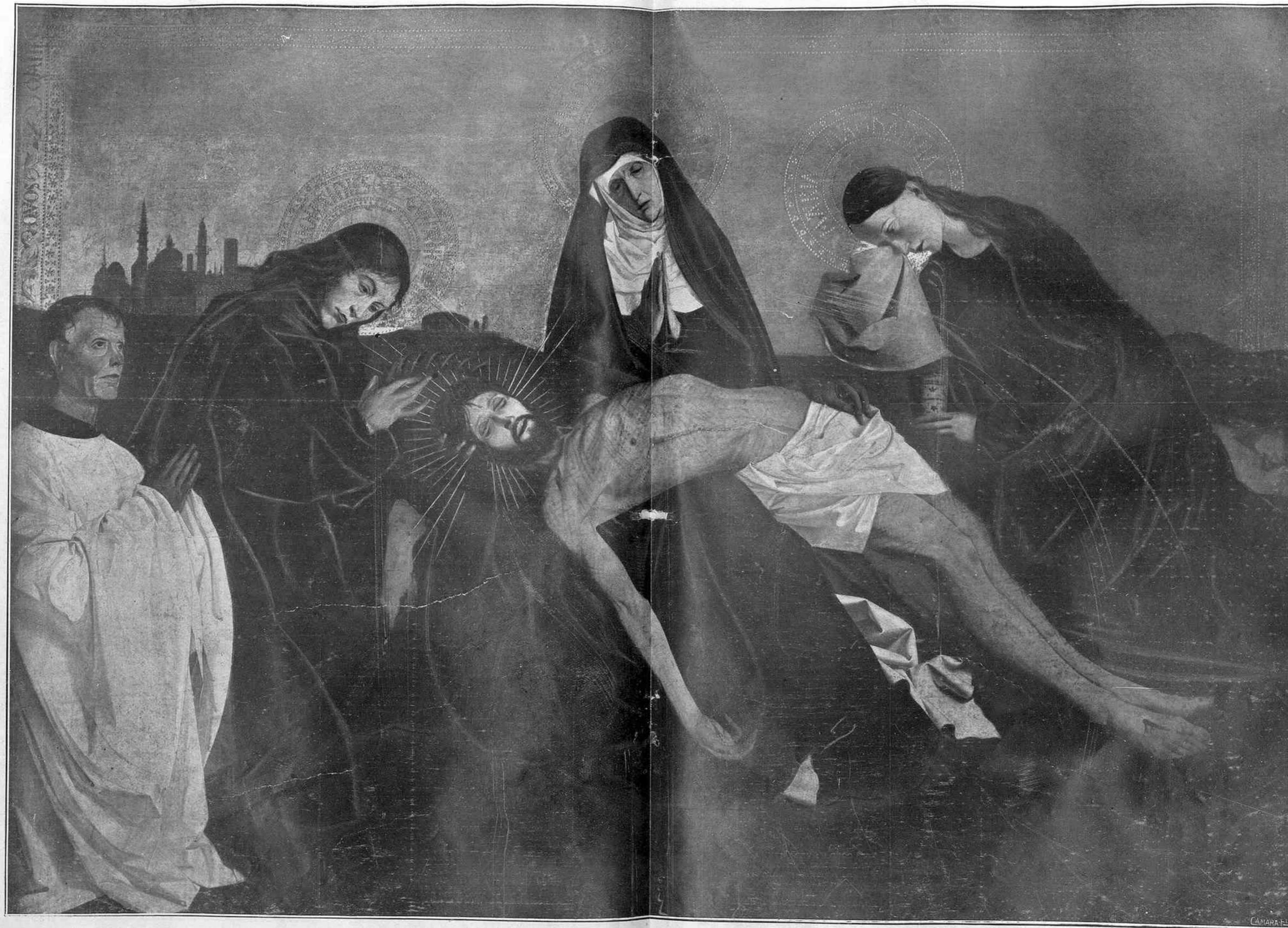
La revolución de Septiembre de 1868 proyectó la destrucción de ciertos edificios locales, pensando convertir en escombros el magnífico de las Atarazanas. El derribo era un hecho poco tiempo después, no salvándose de la piqueta demolidora más que la puerta de mármol mencionada, y ello gracias á las gestiones decididas de algunos ilustrados malagueños admiradores de dicho monumento arquitectónico.

Sobre parte de las ruinas de las históricas Atarazanas Reales se levantó luego el actual y espléndido Mercado de Alfonso XII.

Varias láminas se conservan de las Atarazanas tal como se encontraban á principios y á mediados del siglo xix; entre ellas, las que dibujó Manuel de Mesa para la interesante revista *El Guadalhorce*, en 1839; la que reprodujo Schopel en 1850, y la unida á la *Guía del Viajero*, que en 1861 editó D. Benito Vilá. También se publicó un plano del vasto edificio á fines de 1773.

JOAQUÍN M.^o DIAZ SERRANO

LA PINTURA RELIGIOSA



EL DESCENDIMIENTO, cuadro del artista cordobés Bartolomé Bermejo, existente en el Museo del Louvre, donde está catalogado erróneamente como original de la escuela de Froment



Jarrón con rótulo logográfico: "Ave María. Ora pro nobis"



Plato para regalo de bodas con la inscripción "Duo sed unus"



Tarro de botica rotulado "Semillas Agállicas"

CERÁMICA PARLANTE

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS

NUESTROS antepasados unían su vida a las cosas y los seres que les rodeaban. La casa y los muebles de los padres seguían usándolos los hijos, y los antiguos criados lo eran de éstos, que en cosas y personas hallaban recuerdos del cariño paterno. El afecto se extendía a los muebles y a los objetos de la vajilla, que adquirían. Estos, no todos, eran de los que el comercio ofrecía sin distinción, pues algunos se hacían por encargo, y llevaban no como hoy las iniciales del nombre del adquirente, sino con expresión más marcada, aquél enteró, el puesto que en la sociedad ocupaba, y en los conventos, el título de las estancias.

Tales rótulos, escritos generalmente con mayúsculas, tienen ortografía muy distinta de la actual. En un plato talaverano, decorado con un gamo perseguido por unos perros, se lee: «D.^a M.^a Joa.^{na} Cav.^{za} de Baca y Berdugo»; en un jarro con escudo, «Ntro. Rmo. P. Mtro. Prior F. Toribio Lopez»; en un tintero, «Capítulo Proal»; en una macerina, «Espíritu Santo»; y en un tarro para semillas agállicas aparece el apellido del boticario así: s.^o CHEZ.

Esta costumbre de la fábrica de Talavera la acentuó la de Alcora en la segunda mitad del siglo XVIII, é hizo hablar a los objetos, como dice mi distinguido amigo el conde de Casal en su documentada *Historia de la Cerámica de Alcora*. Entonces son los objetos mismos los que, como movidos por el afecto, proclaman la propiedad, y una salvadera dice: «Soy de D.^o Juan Antonio Bisbal y D.^a Isabel Mesias», esposos tan unidos, que hasta en la mesa del escritorio



Cántaro talaverano para vino, probablemente regalo de boda

lo declaran. Talavera señaló alguna vez con este modo sumiso la relación del dueño con la cosa; otras utilizó el decorado para decir el uso (1), y en muchas, elevando la mira, para manifestar ideas y sentimientos. Lo mismo habían hecho en los siglos XIV y XV los ceramistas de Manises, que en sus platos dorados ponían leyendas corónicas, ó deseaban salud y bienes al poseedor. También, en el XVI, las copas (y platos) amorosas de Pesaro y Gubbio acompañaban el retrato de la dama, a la cual se ofrecían con leyendas amorosas ó morales.

Símbolos de carácter plástico decoran, en Talavera, platos y vasijas. Un platito con el nombre de MELGAR: BARI: COO: lleva pintados dos corazones juntos, alados y flamígeros, que dos angelitos sostienen y cobija un sombrero prelacial. Divisa es de los corazones la más completa unión: DVO SED, VNVS; amorosa expresión conyugal que parece incompatible con el atributo eclesiástico.

El mismo símbolo figura sobre la panza de un cántaro de vino, talaverano y fechado en 1789, que posee mi querido amigo el catedrático D. Hermenegildo Giner de los Ríos, autor de un manual de *Artes Industriales, desde el Cristianismo...* Cobija al sombrero una leyenda: NTRA FIXA SINT CORDA: VERA SVNT GAVIDIA (sean nuestros corazones firmes, y serán nuestros goces verdaderos), y en el cuello de la vasija la palabra VBI (¿dónde?) dentro de un triángulo rodeado de nu-

(1) «Soy para comer quajada», dice el escudo de un niño guerrero, pintado en un cuenco del Instituto del Conde de Valencia de Don Juan (Fundación de D. G. de Osma).

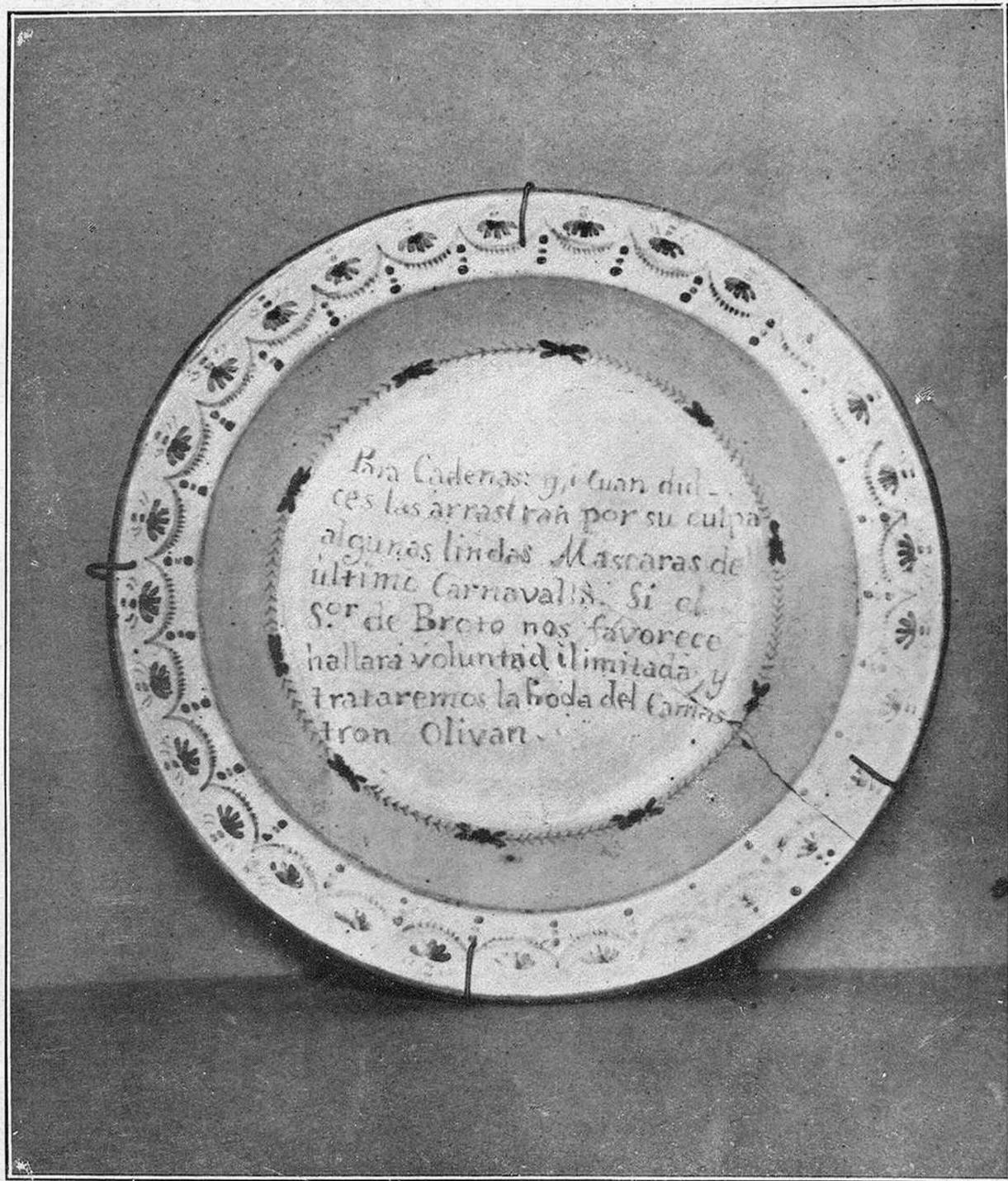
bes y rayos de luz, que es contestada por los corazones mediante la divisa IBI (allí), sin que la malicia pueda referir el goce al vino contenido detrás.

¿Cómo conciliar lema tan sentencioso y símbolos tan espirituales con el vino? El conde de Casal presume que será ese cántaro un regalo de boda ofrecido por un prelado. Aceptando este supuesto, el donador, á la vez que como particular daba un objeto útil—y en vino trocó Jesús el agua, á ruegos de su Madre, en las Bodas de Caná, para que la falta de aquél no avergonzase á los novios (1)—, recomendaba, como sacerdote, la constancia, alma del amor conyugal. La cerámica española antigua no se limitaba á decorar las piezas ilustres, como tal poco Grecia se reducía á las ánforas premios de los vencedores en los juegos públicos, sino que,

Mas no sólo para celebrar sucesos de la vida familiar se fabricaban las piezas cerámicas; hay cuadros de azulejos que representan imágenes veneradas en las calles, en los zaguanes y en las casitas de los calvarios, y se expresan plegarias en pilillas de agua bendita y tarros de farmacia. Muchos de éstos llenan con el monograma I H I el escudo del águila bicéfala de los Austrias.

Otros tarros, también talaveranos, ostentan en logogrifo—que inventaría, en el retiro de la celda, para la botica conventual, algún fraile amigo de sutilezas—una súplica de la letanía: «Ave M.^a» en lo alto, y «Ora pro nobis» abajo, figurando «bis» por la repetición del I.

Algunos decoran con un simbolo de carácter plástico el pelicano. Esta ave acuática lleva bajo



Plato carnavalesco

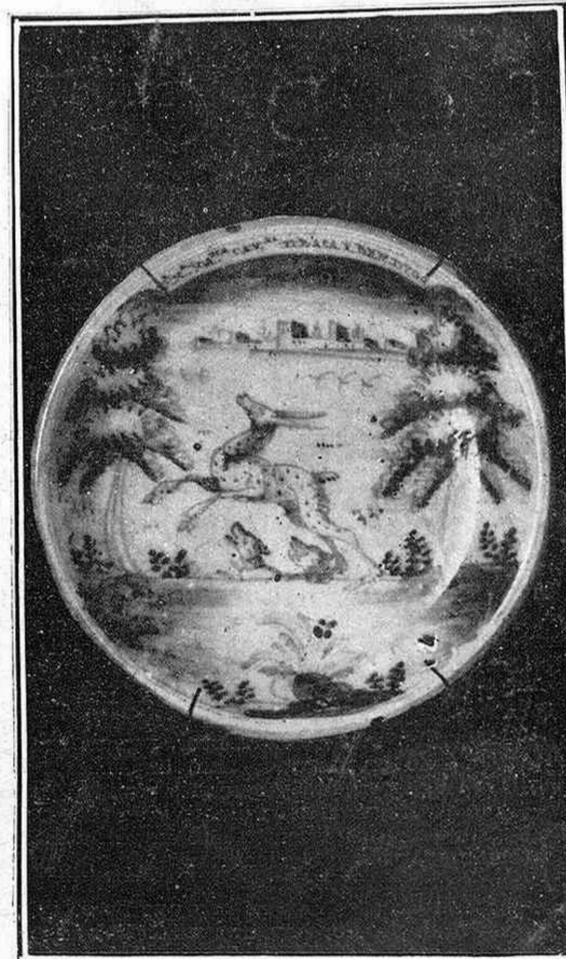
mostrando la generosidad del Arte, ennoblecía los objetos vulgares.

Casamentero es un plato valenciano de principios del último siglo, cuyo objeto, sin símbolos nobiliarios, con letras minúsculas y desaliñados renglones, melifluamente nos dice: «Para cadenas, y ¡cuán dulces las arrastran por su culpa algunas lindas máscaras del último Carnaval!... Si el S.^{or} de Broto nos favorece, hallará voluntad ilimitada, y trataremos la boda del Camastrón Olivan.» Una broma carnavalesca que se ha querido perpetuar por el horno del ceramista. Seguramente, platos como ése se regalarían al S.^{or} de Broto y á las máscaras encadenadas; quizá fuera el que poseo uno de ellos, y con lo que dice podría inventarse una encantadora historieta.

(1) *Vida y misterios de la gloriosa Virgen M.^a*, por el Padre Pedro de Rivadeneira. Cap. *Vida*.—El Evang.^o de S. Juan, al referir este milagro, en el c. II, dice que el maestra-sala, como él no sabía nada, dijo al esposo: «Podéis servir al principio el vino mejor; y cuando los convidados han bebido ya á satisfacción, sacan el más flojo; tú has reservado el buen vino para lo último.» (Trad. de Torres Amat.)

del pico un saco membranoso, donde mete los peces que atrapa y más tarde los vomita, apretándolo con aquél para alimentar á sus polluelos. Como aquéllos salen sanguinolentos, se forjó la leyenda—apoteosis del amor maternal—de que el ave se desgarraba el pecho con el pico para dar su sangre á sus hijos. Y el arte cristiano, amante del simbolo, que en las Catacumbas había figurado á Jesucristo en un pez—por reunirse en el nombre griego de éste, *ichthys*, las iniciales de las palabras que en esa lengua corresponden á las de «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador»—, representó en la Edad Media, por el pelicano, á la Iglesia, madre de los fieles, y á Aquél, que en la Eucaristía se da el mismo (*Divino Pelicano*) como alimento espiritual.

También hablaba, y no por símbolos, sino con airada claridad, un azulejo fijado en la cocina de los franciscanos de Valencia, que cita el conde de Casal en su reciente discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, sobre *La azulejería como elemento decorativo de la Arqui-*



Plato talaverano rotulado

tectura; los azulejos reproducían tipos de los gremios, y no pocas veces rotulaciones alusivas á las preocupaciones de su tiempo, como en uno de aquellos conventos en que se sostenía la célebre polémica sobre la Inmaculada Concepción, antes de su declaración dogmática por Pío IX. Decía así:

«A pesar de los dominicos y del Padre Provincial, fué concebida Maria sin pecado original.»

LEOPOLDO SOLER Y PEREZ



Jarón con un pelicano FOTS. MENÉNDEZ

TODO UN CABALLERO

Qué capricho ha sido este de traerme á cincuenta kilómetros de Madrid en diez minutos?... Si yo hubiese sido tu *chauffeur*, en seguida te hago caso, para exponerme á descrimarme... Si no le hubieses dicho ahora que nos esperase aquí, creería que esto era una fuga...

—Y tal vez no te equivocases; esto es una fuga de *bac*... ¿No sabes lo que en valenciano quiere decir *bac*?... Caída... No te duela entenderme, porque, de entenderme, hallarías el chiste malo y macabro...

—¡Ay, chiquillo! No me asustes... Estás muy excitado... Por algo no quería yo que fuésemos á felicitar á esas cursis de Rodríguez... No te enojés porque las califique así...

—Tienes razón. Lo son. Pero también no olvidés que en su casa, cuando para aliviar la cesantía del padre tenían huéspedes, me mantuvieron á mesa y mantel, sólo por la fe en mi porvenir que les inspiraba mi talento.

—Y por ver si te atrapaban para una de las niñas...

—Pretensión más de agradecer, porque era yo entonces todo un partido como hay Dios... Un perdis sin una peseta... y con más vanidad que...

—Pero ya les pagaste en dinero y en protección cuando pudiste; los ascensos que en su ministerio ha tenido el padre y el bienestar de hoy, á tu influencia se los deben...

—Verdad es; pero deudas hay que no se pagan solamente en dinero; hay que pagar además con un poco de corazón... Y yo sé que se lo doy, y que ellos estiman en más mi visita que todos los ascensos de don Antonio; por eso, porque creen recibir un poco de corazón con ella... En los ascensos no han visto más que memoria por los beneficios pasados...

—Vamos, no digas; también habrá un poco de vanidad.

—Por halagarla no me olvido ese día ni de ponerme chistera...

—Y no es poco gusto el suyo, ante sus visitas de santo, al lucir bajo la chistera un millonario como tú, casi dueño de una gran casa de banca y de negocios famosos..., ex director general...

—Y salido de la nada, lo que hace más novelesca la historia.

—Que ningún año deja de relatarse en tal día...

—Menos hoy..., en que me he opuesto á fuerza de interrumpirles con bromas y chistes...

—Es verdad... Por cierto, hacía muchos años que no habías estado tan chistoso como hoy y que no me habías hecho tan poca gracia. Me dabas miedo...

—Lo mismo que el día que te conocí... ¿Te acuerdas?

—Es verdad. También aquel día estabas muy chistoso y me dabas miedo...

—¿Por qué al recogerte de en medio del arroyo te decía que estaba camino de ser millonario, y te lo decía vestido de andrajos?

—No lo sé... Acobardada como estaba, me pareció..., no sé..., que si mi felicidad estaba en tu cariño y si tu cariño era tan verdadero como pintabas, me parecía que cariño y felicidad habrían de ser más duraderos, si tú no hubieses estado entonces como decías, y como, á decir verdad, yo no creía, porque todo me parecía una broma tuya, en vísperas de encumbrarte...

—Aquel fué el último día de mi vida bohemia...

¡De mi bohemia! Qué vocablo más sonoro para mentado en pretérito; qué época para oída relatar á quien se escapó de sus garras! ¡Qué triste pasarla cuando se tiene sensibilidad y se ha nacido, como yo, en buenos pañales! Se necesita toda la inconsciencia de la juventud y todas las ilusiones de la ambición para no morir de asco en ella...

—Pero, ¿adónde me llevas, adónde vamos?

—Por ahí... No tengo prisa en volver á Madrid... No la tengas tú tampoco... ¿No te gusta recordar aquellos primeros tiempos de nuestro amor?...

—Pero Ricardo, ¿qué tienes? ¿Estás malo? En ocho años no te he visto sentimental, y ahora, de pronto... Bueno, sí, no pongas esa cara... Cuéntame cosas de entonces... Por cierto que nunca me dijiste cómo escapaste de la bohemia...

—La casualidad... Acababa de entrar con un sueldo irrisorio en un diario en boga... Entonces yo me creía ser un genio literario, y así como un Papa dijo que hombres como Leonardo podían ser lo que quisieran, teniéndome yo por un artista de gran porvenir, creía que todo me era lícito durante mi calvario para llegar á los días de gloria... Y sin respetar al caballero que llevaba yo dentro, sacrificándolo en aras del artista en embrión que me



figuraba llevar en mí, cometí bajezas para vivir, hasta que un día, al ir á saludar á un majadero que no había hecho en su vida cosa de más provecho que heredar una fortuna y saberla conservar viviendo mezquinamente, y que había llegado á ser de una academia á costa de trabajos que otros desdichados como yo le habían escrito, y que alguna vez me había socorrido con toda su mezquindad, á cambio de algún bombo que yo le había dado en periódicos, al preguntar su mujer quién era yo, respondió, llenándose de fuego la cara: «Es un sablista...» Vi que tenía razón. Hasta en-

tonces no me había dado cuenta yo de que así llevase dentro de mí á Cervantes, por entonces no era ni más ni menos que aquello: un sablista...

—¡Pobrecillo! ¡Ea! No te entristezcas... Aquello nadie lo recuerda más que en casa de Rodríguez, y eso para celebrarlo el día de su santo como rasgos del mucho ingenio que has demostrado... Ahora mismo estarán contándolo allí, ya que tú no les has consentido celebrarlo en tu presencia...

—No me entristezco... Es que me he dado cuenta de lo bruta que es la Humanidad.

—Pero chiquillo, ¿qué dices? ¿Desvarías?

—No, no. Ya te explicaré por qué lo digo... Desde entonces me vi sablista y advertí por qué me huía mucha gente... Y tan sólo pensé en enriquecerme... En mi diario me encomendaron la información de Hacienda... Un buen día, esperando la audiencia ministerial, oí á unos caballeros que salían muy malhumorados de hablar con el ministro, porque les negaba unos permisos de exportación... Eran aquellos días del principio de la gran guerra... Les seguí disimuladamente... De cuajarles aquel negocio, les habría valido unos millones... Tuve una inspiración... Aquel ministro me debía muchos elogios; había sido también periodista; era muy ambicioso; estaba formando ya el grupo disidente que había de dar origen al partido propio que quería crearse... Necesitaba periodistas propicios... Me acerqué á quienes salían descontentos de hablarle, y les dije que yo sabía de quién podría gestionarles el permiso de exportación que solicitaban... Si hubiese dicho que era yo, sobre exponerme á quedar en ridículo si el ministro no me hacía caso, corría el de que al mirar mis trazas se burlasen de mí..., ó me ofreciesen una comisión injuriosa..., pensando que á tan miserable sujeto se le compraba por algo más de nada... Inventé una personalidad influyente que no quería dar la cara... Aceptaron; me ofrecieron un tanto por ciento muy razonable, creyendo que se lo ofrecían al propio ministro... Tuve la osadía de decirle al ministro que me hacía rico si conseguía aquel permiso, y como él, por serlo ya, estaba más necesitado que de dinero de personas adictas y útiles, y yo podía serlo, me lo concedió... La noche que te encontré á ti llorosa llevaba en el bolsillo veinticinco mil pesetas que me habían dado á cuenta del permiso... Por eso estaba tan dicharachero que tú me creíste borracho...

—Es que estabas tan excitado... Decías tales desatinos... Y estaba yo tan triste... No sé por qué estoy hoy lo mismo...

—Creo que las emociones de aquella noche me envejecieron diez años. De un lado la alegría de haber saltado en unas horas de la miseria á la opulencia. Tenía que cobrar al día siguiente medio millón. Quien haya cogido un premio gordo entero de la Lotería solamente puede comprender mi emoción... Por otro lado la impresión fuerte y entre alegre y dolorosa de hallarte á ti á quien tanto había querido; pero hallarte como te hallaba: abandonada por el hombre que se me había adelantado á quitarme tu cariño antes de que yo tuviese tiempo de ofrecerte el mío... Una alegría y un dolor: la de poder realizar mi ensueño y el de verte llorando por otro... Por eso hablaba tan aturdido... Porque veía que nuestra felicidad no era posible... Tú no podrías olvidar al otro... Yo no podría olvidarlo tampoco... Y entre piadoso y en-

tre enamorado te llevé conmigo... Porque no te exageré ni fué para consolarte de tu desengaño; cuando empezaba á ser hombre, en el principio de mi adolescencia, ya te quería yo... En mi casa creían que yo madrugaba por estudiar; madrugaba por asomarme al balcón, para verte salir de tu casa camino del obrador hecha un lucero, porque para mi alma el de la mañana eras tú...

—¡Ricardo! ¡No me atormentes! Creo haber demostrado que te quiero...

—Déjame. No sufras. Estoy en ese momento en que dicen que los que mueren violentamente les pasa por la imaginación en un abrir y cerrar de ojos lo más saliente de su vida...

—¡No digas eso! ¡Vámonos! Y si no, no. ¡Paseemos, que te despejes, que se te vaya esa excitación!

—La víspera del día que pensaba declarártelo, á las doce de la noche, me despertó un pistoletazo: mi padre, arruinado y deshonorado, acababa de suicidarse... Nos dejaba en la miseria y en la vergüenza... Mi hogar se deshizo... Yo huí aquí. Mi madre paró en un manicomio... En la negrura de mi bohemia solamente pensaba en ti, y el día en que la acababa, y cuando, por acabarse, creía poder volver á mi provincia á buscarte y ofrecerte mi cariño, sentí como un latigazo al hallarte medio loca, llorando en medio del arroyo... Aquel miserable te había sacado de tu hogar para abandonarte á los tres meses, sin recursos, en una mala fonda de aquí... Y aquella noche no el amor, sino la miseria te ponía á merced mía... Si tú supieras lo que sufrí entre mi deseo de hacerte mía y la delicadeza que no me dejó intentarlo siquiera... Por eso te dió miedo un hombre que te obsequiaba, que reía contigo, que te arrancó al fin con el alcohol y con su ingenio el pesar de tu corazón y te alojaba al fin decorosamente... por darse el gusto nada más de visitarte para verte acomodada... y empezando á olvidar tu desdicha... Durante mucho tiempo debiste temer que mi conducta obedeciese á capricho de rico loco...

—No. Te admiraba como un caballero inverosímil... Lo dabas todo sin exigir más que alegría... Hube al fin de ofrecerte yo mi corazón y aún te resistías á aceptarlo, por dudar de que lo hubieses hecho tuyo...

—Es que temía que no lo tuvieras ya, después de los destrozos de un desengaño. También dudaba del mío, y temía que por no haber recibido el tuyo cuando lo deseaba llegase algún día á causarte el dolor de otro desengaño... En realidad no sabía ya si te quería... Bien es verdad que en mí mismo notaba tal cambio que no me parecía ser yo el mismo... Y, efectivamente, era ya otro... De mi espíritu de antes no me quedaba más que un cariño muy grande para la familia de Rodríguez,

que nunca habían visto en mí el sablista, y para ti, que sin ver un enamorado, solamente habías visto al caballero... El resto de mi alma se desbocó hacia un camino solamente: enriquecerse... ¿Y para qué? Para ver en resumidas cuentas la necesidad de las gentes al huir de un sablista que á nadie más que á sí mismo engaña y perjudica, y dejarse embaucar por cualquier malvado sin escrúpulos ó por cualquier loco sin entrañas que les piden millones... Yo ya no soy el sablista; soy algo más serio á estas horas: la ruina de muchas familias...

—¡Por Dios, Ricardo! ¿Qué dices?... Vámonos... Que te vea un médico.

—Ya vendrá á verme aquí... No llores... Ten serenidad... A los que manejamos mucho oro nos pasa como á los sacristanes que limpian imágenes religiosas: acabamos por perderle el respeto... Solamente tu fortuna está á salvo...

—No, porque es tuya. Tú me la regalaste...

—Infeliz. De nada serviría tu sacrificio; ¡terroncillo de azúcar en medio del mar no lo vuelve dulce ni le quita amargura!... Ni á mis víctimas ni á mí nos bastaría... Por eso me he venido aquí. Perdóname la crueldad de haberte traído... Por eso te dije que esta fuga era la del *bac*, la de la caída, y por eso calificué la frase de macabra... Yo no puedo volver á Madrid... Mañana se sabrá la ruina de muchas familias con la mía y mi deshonra... He sido demasiado osado... Bien es verdad que por osado había llegado tan arriba... Y no tengo más remedio que pagar con mi vida...

—Pero..., ay!..., no puedo hablar apenas... ¿Pero con tu vida les devolverás su fortuna á los arruinados por... tu mala suerte?...

—¡Ay, no! Pero ya lo ves; si un instante de contrición salva un alma, lo que no me parece muy justo, y que Dios me perdone, la sociedad que desprecia al sablista, en cambio, entierra con honor al desaprensivo como yo, que se mata después de haber arruinado á muchas gentes honradas que confiaron en él... Vivo, al verme entrar en una cárcel, me llamarían granuja; suicida dirán de mí que era todo un caballero... Y ya lo ves: ni siquiera para merecer tal calificativo tengo el mérito de haber estado en libertad de elegir. No hay elección entre ir á envejecer á un presidio para salir de allí con la miseria por toda perspectiva, y dejar tranquilamente esta vida que no puedo volver á disfrutar..., y que sin la cual no sabría pasar... Ya lo ves: como muchos héroes, porque no puedo ser otra cosa, voy á ser más caballero que nunca; todo un caballero... Adiós. Un beso; vete y no me olvides...

Y antes que ella pueda evitarlo se dispara un tiro en el corazón.

ENRIQUE GONZALEZ FIOL

FIGUJO DE CUESTA

CANCIÓN

A la orilla del mar sagrado
vine sin compañía.
Las olas van, las olas vienen,
y mis penas siguen clavadas.

De la orilla del mar me voy
sin compañía.
¿Adónde fuiste, mi marinero,
con tu barca?

A la orilla del mar sagrado
no vengo mañana.
Traspasaré los altos montes
sin compañía.

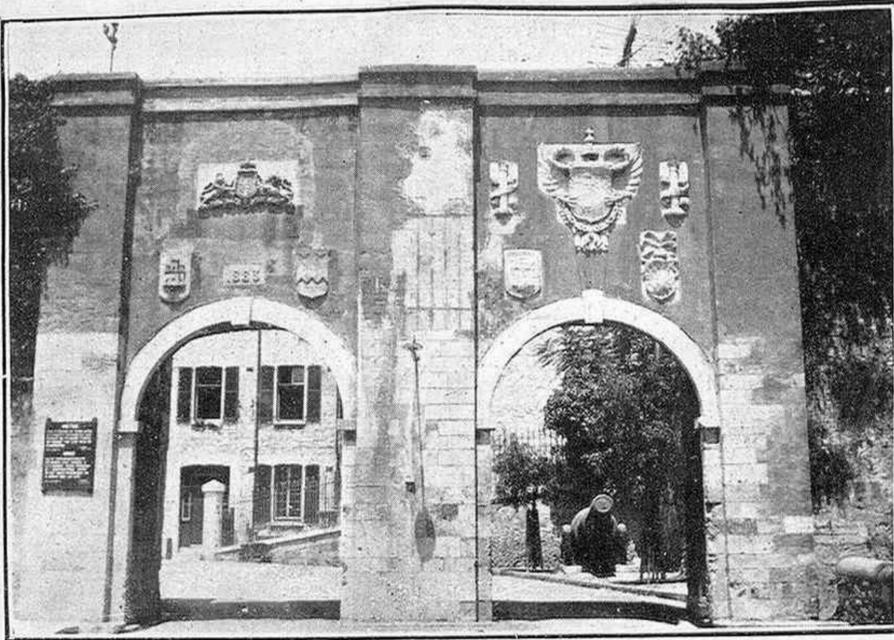
No veré más este desierto
azul y plata,
donde solía el marinero
abrir sus alas.

J. MORENO VILLA

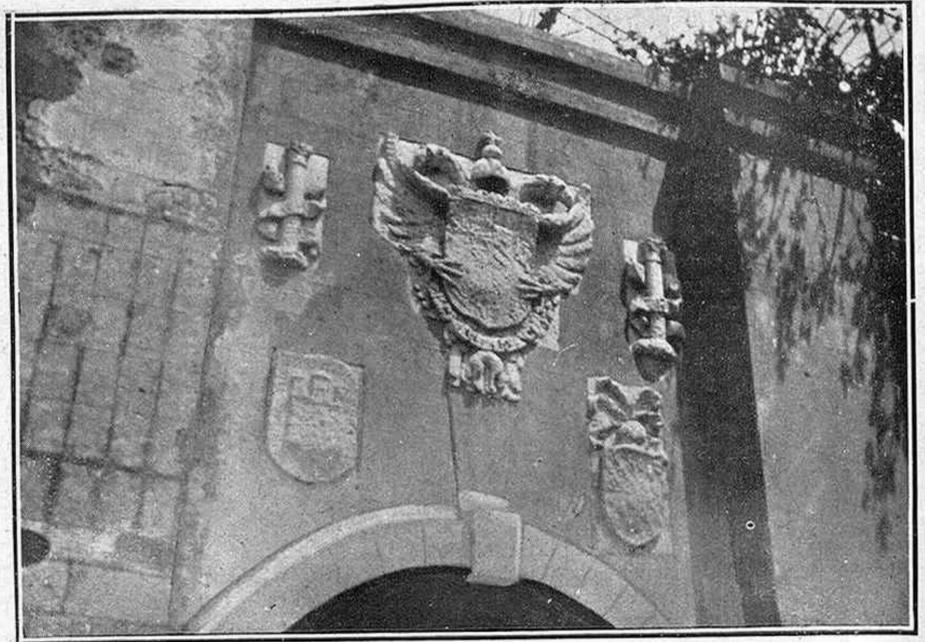
DIBUJO DE VERDUGO LANDI



LA MURALLA DE CARLOS V



Puerta del Sur que ostenta las armas reales inglesas y el águila bicéfala del emperador Carlos V



Escudo del águila bicéfala sobre la Puerta del Sur, desde la que parte Peñón arriba la muralla de Carlos V

DE todos los lugares históricos de la antigua plaza de Gibraltar, la muralla de Carlos V, que parte hacia el Peñón desde el lomo de la Puerta del Sur, para clavarse como un enorme diente sobre el costado milenario de la Roca es, seguramente, uno de los más interesantes. A la izquierda de la Puerta del Sur, y en un amplio foso que perpetúa el recuerdo de Trafalgar, unas lápidas, on las que el Tiempo garrapatea caprichosos arabescos, ponen sobre la monotonía riente de la tarde una sobria decoración dramática.

En 1552 la experiencia hizo construir esta muralla. Dice la historia que, años antes, los corsarios de Barbarroja, al mando de Dali Hamat, uno de los capitanes del célebre pirata, salieron de Argel con objeto de tomar la fortaleza por asalto. Desembarcaron por Punta Europa, y desde el barrio de este nombre irrumpieron por la ciudad, de la que se apoderaron, arrasándola y transportando á sus galeras á cuantos encontraron á su paso. Luego, los corsarios huyeron de Gibraltar con numerosos prisioneros y un botín inmenso, y, atravesando la

bahía, desembarcaron en Puente Mayorga, donde también cometieron sinnúmero de desmanes.

La empresa no culminó, sin embargo, en éxito final para los sangrientos leones de Dali Hamat, pues la escuadra española les atacó y dispersó en aguas de Cartagena, logrando los marinos de España poner en libertad á más de ochocientos cristianos.

Construyó esta muralla, en 1552, como decimos, un célebre ingeniero milanés: Juan Bautista Calvi, que soñó con oponer á posibles futuras invasiones un pecho invencible, que subiendo Peñón arriba se detendría al borde de una profunda sima, para continuar tras ésta hasta la cumbre. De este modo, con dos cortinas de piedra, ligadas por el broche negro de un precipicio, Gibraltar no debía temer los asaltos por la parte Sur, y tal vez Calvi, al dotar á los habitantes de la plaza de un medio de defensa que tendía á proteger, cuando menos desde el Sur, su vida y su hacienda, sintiérase el gran padre de una familia agradecida; el hombre «de la casa»...

¡Cuántas veces, durante la pasada guerra y mientras oíamos rodar sobre nuestras cabezas, como carretes de acero, los gentiles aviones que escudriñaban para nosotros el espacio, hemos pensado en la ingenuidad encantadora que ahora supone la *barrera infranqueable* del italiano!...

Durante el duodécimo sitio de Gibraltar—la plaza ha sufrido catorce; el último conocido, por «el gran sitio de Gibraltar», duró tres años—una partida de quinientos ascendió de noche al Peñón, por un caminito conocido por la *Senda del Pastor*; los hombres se escondieron en la célebre cueva de San Miguel, á cuya entrada, salpicada de mascarones de desaparecidos, todavía cuelga, teatral, el velo misterioso de la Leyenda; y á la mañana siguiente los asaltantes salvaron la muralla de que nos ocupamos, sorprendiendo y pasando á cuchillo á la guardia. Pero su éxito concluyó ahí, pues el príncipe de Darmstadt, al frente de sus granaderos, les derrotó.

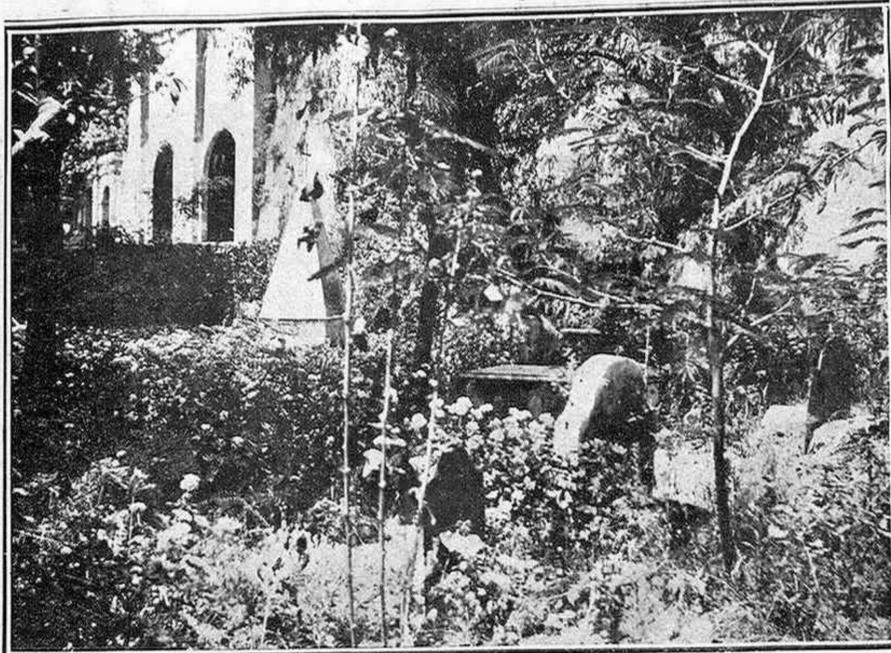
Como puede verse por una de las fotografías que ilustran estas páginas, la Puerta del Sur os-



Sobre el fondo verde plomo de los ramajes, la melancolía de las lápidas parece más blanca...



Cementerio de Trafalgar. Bajo la algarabía silente de las flores se pierden unas tumbas



Vista parcial del cementerio de Trafalgar. Al fondo la Puerta del Sur

tenta el escudo real de Carlos I de España y V de Alemania. Bajo esta puerta, que inmortaliza en piedra el águila bicéfala, pasa el espléndido romanticismo guerrero de una época de sombras sonoras en que para unas armas reales no se ponía el sol en España y sus colonias; en Flandes y Austria; en los inmensos dominios cuyo recuerdo debió llenar la quietud, llena de majestad, del solitario de Yuste...

•••••

Entramos en el cementerio de Trafalgar que un parapeto rodea, cuesta arriba, como una hoz. Situado en un foso inmediatamente a la izquierda de la Puerta del Sur, sirve de fondo el costado de la muralla de Carlos V, que se va ensanchando hacia el Peñón. En este pequeño cementerio, al que una luz jocunda presta ahora una atracción de proscenio, se guardan los restos de algunos de los que perdieron su vida en Trafalgar, así como los de varias abnegadas enfermeras que sucumbieron víctimas de la epidemia de fiebre que se desarrolló en los hospitales entre los heridos de la célebre batalla naval.

Un rayo de sol enreda entre los árboles, bajo la alegría celeste de la tarde, una telaraña de oro. Todo en este callado recinto palpita como el alma solitaria de un jardín adormido. Recordando la gran casa de los muertos de todas las ciudades, el *hotel popular* en donde reposan ordinariamente los restos de *cualquiera*, este diminuto cementerio adquiere a nuestra vista una personalidad aparte, que le hace evocador y distinguido. El cementerio de Trafalgar es, en el inmenso tren de camposantos que da la vuelta al mundo, un *sleeping-car*...

Sobre las tumbas, casi todas de vidas jóvenes, que detienen nuestro paso constantemente, revolotean gentilmente unas mariposas irisadas por el beso jubilante de la brisa; bajo el agobio de las flores y el dosel de los ramajes, inclinados como penachos románticos, alguna lápida se hunde en

el anónimo y queda presa, semejante a una mano femenina, entre los tornasoles de una confusión de sedas... Aturdidas por el color, las mariposas chocan en nuestras manos, prenden sobre nuestros sombreros... Una de ellas, blanca, hermosa, se va hacia una tumba y reposa, como una estrella, sobre el polvo de un siglo. De un rincón se yergue un túmulo, erecto como un gorro de *clown*, que ostenta en lo alto la nota siempre sencilla, elegante, llena de amor, de una cruz. Y sobre esta cruz, una mariposa rubia evoca la gracia de un rizo de mujer..

No nos hemos dado cuenta de que acaba de entrar una gentil morena de ojos azules. Es una bella inglesita, morena, de un país donde no quema el sol... Su rostro tiene una dulce serenidad contemplativa al observar nuestro libro de notas y el entusiasmo con que nuestro amigo va tirando placas. Entre sus manos colorean una rosa rojo vino y otra de un amarillo desvaído, flores bienaventuradas, puesto que ya vemos cómo conocen el camino de los labios ingenuos de la muchachita. Y este pequeño camposanto, que cada vez va adquiriendo más teatralidad y perdiendo, por tanto, más recogimiento—estamos a unos metros bajo el nivel de una vía pública—, es como un *parterre* a la hora del té. La lámpara de oro de este sol andaluz; la muralla de Carlos V; el águila bicéfala de la Puerta; la gracia morena de la inglesita y el tono de las rosas que desfallecen en sus manos; todo esto es, para nosotros, como un suspiro de España... España la soñadora, a la que tanto se ama bajo este cielo...

•••••

Salimos del cementerio por una cuesta que conduce a la explanada de una gran alameda. Sobre nosotros asoma la jiba enorme del Peñón, y la bahía cabrillea como una lámina de acero; a la izquierda parece surgir del mar, remedando una bambalina, el azul plomo de la costa marroquí, desde la que el moro contempla los mil cuatrocientos pies de una roca que retuvo durante setecientos cin-

uenta y un años: fué por Gibraltar donde entró en Europa por vez primera y el último punto por el que salió, arrojado y llorando la derrota de sus esplendorosos sueños de ambición.

•••••

Regresamos a la ciudad, fijándonos en que del fondo de la Puerta del Sur surge un viejo cañón que ostenta una inscripción en el tapaboca; no tiene más historia que la de sus muchos años; pero el verle nos sirve para recordarnos una anécdota muy graciosa de que se da cuenta en la siempre interesante *Gibraltar Directory* (Guía de Gibraltar); donde se encuentran multitud de eventos pretéritos excelentemente recopilados. El sucedido a que me refiero es el siguiente:

Allá, en el año 1771, escarbando sobre los escombros de una casa, un soldado encontró un lote de artículos de valor, entre los que se contaban algunos relojes, y que el militar guardó para sí; pero como entonces los soldados eran cachcados a su regreso al cuartel, el hombre decidió esconder su pequeño tesoro en lugar seguro, y así lo hizo; retiró el taco ó bodoquillo que servía de tapaboca a un cañón emplazado en el Bastión del Rey; envolviendo su botín en un pañuelo, lo depositó en el tubo; luego volvió a tapar el cañón, y marchó feliz a su cuartel. Durante la noche, mientras el militar dormía, la plaza sufrió un nuevo ataque por mar, y el cañón que guardaba su tesoro fué uno de los primeros que contestaron...

Esta anécdota tiene la gracia, un poco melancólica y perversa, de tanta ilusión escondida como sale disparada, cuando dormimos confiados, por el cañón, inconsciente y fatal, del dolor de la vida.

Anochece. Pasamos bajo el águila bicéfala, sumida en una temblorosa claridad de añil. Sobre un celaje color damasco empieza a desgrenarse un rosario de estrellas... A nuestra espalda, la muralla de Carlos V cae como un telón...

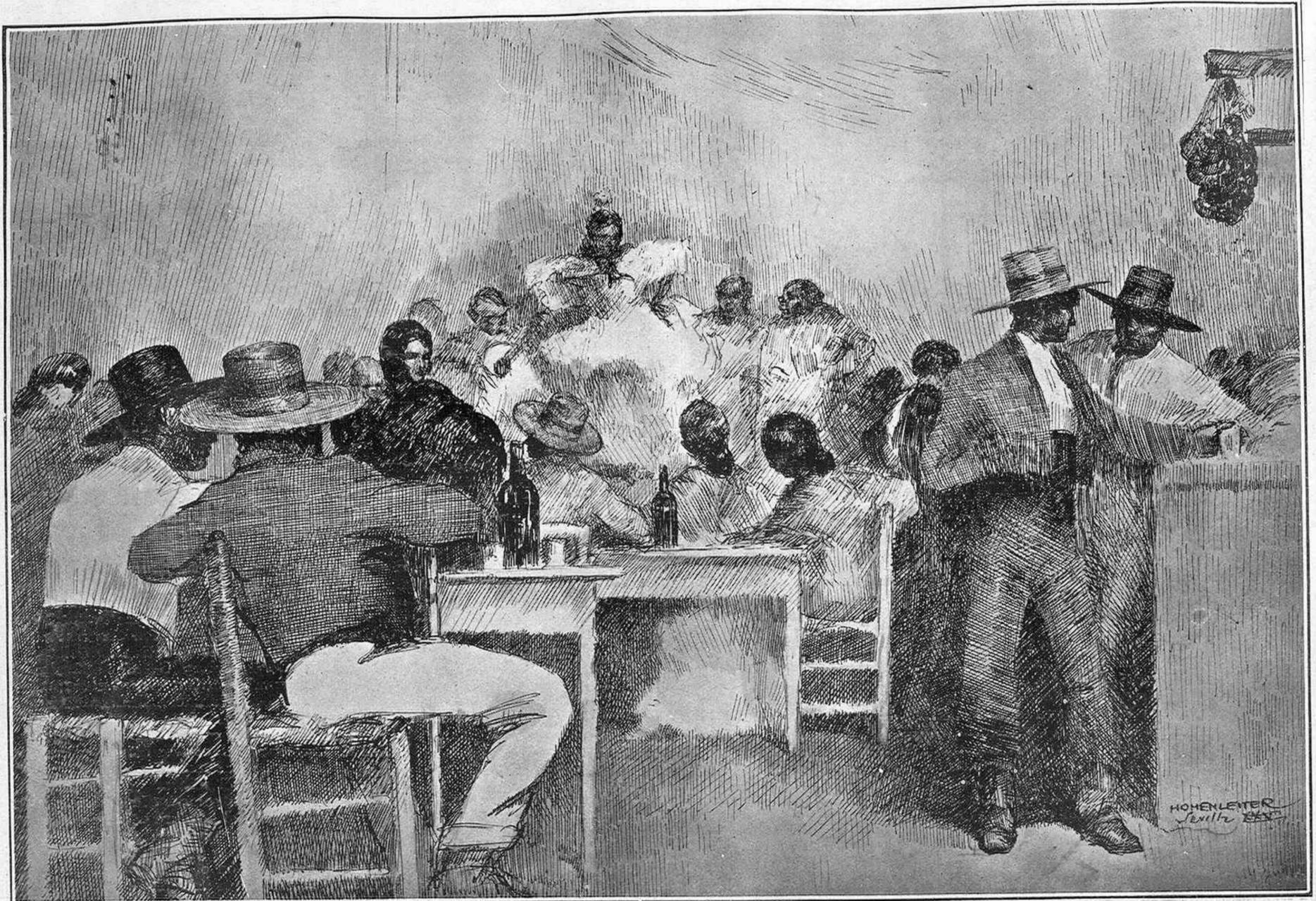
HÉCTOR LICUDI



Otro detalle del cementerio de Trafalgar



Una tumba en el cementerio de Trafalgar



Pocos días antes de aquellos en que se celebra la renombrada feria de Abril en Sevilla comienzan á llegar por todos los caminos al Prado de San Sebastián numerosas caravanas de gitanos.

Llegan, trayendo como en racimos á la chiquillería sucia y desmedrada sobre las pobres bestias, y siguiéndolas con el paso largo y el movimiento jacarandoso las bronceadas mujeres y los hombres renegridos.

La caravana es de lo más pintoresco de cuanto pueda verse.

Bajo el cielo limpiísimo y el sol que cae á llamadas, y por entre la fresca y olorosa pompa de las acacias que bordean los caminos, vienen como en éxodo esas pobres y alegres criaturas siempre prontas á la fiesta y al cantar y al bailar, olvidadas de los rigores que las azotan y de la desventura de su ajetreado vivir.

Y acampan entre los lucidos y ricos ganados, al seguro de los tapias y lejos de los paseos en donde brilla el lujo, y se derrocha el bienestar, y se hace ofrenda de vino y de placeres á la juventud y al Amor concertados.

Con unas blancas lonas improvisan sus tiendas en el campamento, donde por todas partes la riqueza sale al paso y el ambiente es jubiloso y la luz del sol como una larga y suave caricia, y el cuadro campero nos trae la confortada memoria de los blancos cortijos y de las anchas tierras, del aire puro y la luz vivificante. Como una ráfaga de alegría salen por el ferial desde muy de mañana las gitanas mozas y los chavalillos, llevando coplas en los labios, como los pájaros trinos y las palomas arrullos, y un salero y una gracia en sus hipórbolos y un donaire en sus movimientos que no hay más que ponderar.

Las muchachas se engalanan con faldillas de faldaes y vistoso color, corpiños de seda ó terciopelo, y pañolillos de talle de largos flecos y de vistosos bordados. Y entre las negras y rizadas guedejas relucientes como si fueran de ébano bruñido, llevan entrelazadas guirnalda de flores metálicas, brillantes al sol como de plata ó de oro finísimo. Y

alrededor del cuello moreno, la gargantilla de rojo coral ó el lazo grana como una herida.

Los churumbeles las siguen desnudos de pie y piernas, cubriendo las descoloridas carnes del resto del cuerpo con largos chaquetones y sus negras cabezas con sombrerones de alas anchas.

Y allá van cantando y bailando ante el grupo de señoritos que esperan la hora de la ganancia entre copa y copa á la puerta de la caseta ó á la de las otras donde las sevillanas tienen coloquios con

HERMANO RUISEÑOR

Ruiseñor:
no te alejes de mi melancolía,
y antes que huyas d'ella
—por la miel de la flor
ó la luz de la estrella—
salpicala otra vez de melodía.

Dime siempre tu canto en esas horas
en que el alma semeja una flor inclinada:
en esas horas cuando amando lloras,
mientras muere la tarde en tu mirada.

Compañero seré de tu fatiga;
de tu canto de amor, el compañero:
junto á la fuente de la voz amiga
ó soñando llegar hasta un lucero.
Compañero, al pisar junto á la hormiga,
ó al mecerte en su copa, el limonero:
dondequiera que rayas, que te siga
el sueño errante con que vivo y muero.

Inquietud y canción; ese es tu sino.
Inquietud y canción; esa es mi suerte:
es igual mi Destino y tu Destino
y es una nuestra vida y nuestra muerte...

José A. BALSEIRO

el Amor y ríen la felicidad de los primaverales años, ó á la del aristocrático casino donde se riegan con manzanilla los umbrales.

Y otras dicen la *buenaventura*, sabedoras del secreto que sabe el Amor y las dudas del Destino.

Llevan la alegría de senda en senda y de corazón en corazón, con la gracia de sus decires y la música de sus coplas y la luz de sus ojos negros, y el ritmo de sus cuerpos, vibrantes como cuerdas de armoniosas guitarras. Los hombres quedan entre el ganado, no más que atentos al negocio de la compraventa y del cambalache, sabios como ninguno en el arte de engañar.

Ellos hacen el milagro de tornar en ligera la bestia cansina, al asno viejo en rucho corredor, en pelo luciente al lacio y roñoso por el artificio de su truhanesca picardía.

Y con las escenas de que son actores ponen en el ferial las notas más típicas de color, ingenio y regocijo.

Por las noches, cuando invaden las sombras el Real donde duerme el ganado, la gitanería se repliega hacia los barracones donde se bebe y se canta y se baila, componiendo los cuadros del jolgorio ó admirándolos desde los alrededores de las mesas que llenan el casetón.

Y son de ver aquellas figuras envueltas en la escasa luz destacarse con sus voluptuosos movimientos, como si fueran las de un aguafuerte vigorosas. Y aquellos ojos de mujer en celo y aquella mirada de hombre engañador, como llamaradas en la lejanía que está sepultada en la negra obscuridad. Y aquella pobre gente que tiene puestas en la piqueta de las burlas sus deformidades, que baila y canta sobre el mísero tablado por unas monedas ó por unas cañas de vino, regocijando á todos.

La barraca donde se divierte la gitanería en la noche es como el umbral de un infierno en donde arden en llamas vivas los corazones y en donde la copla flamenca es como quejido de almas en pena por el Amor.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

DIBUJO DE HOHENLEITER

PAISAJES ASTURIANOS



"El lago", cuadro original de Manuel Medina Díaz

EL HOGAR DE MI NIÑEZ

De nuevo quiere el destino
que vuelva á pisar la casa
donde alegres transcurrieron
las delicias de mi infancia,
aquellas horas benditas
que no borraron del alma
ni desengaños, ni penas,
ni ambiciones, ni esperanzas.
Mas ¿por qué siento mis ojos
humedecidos por lágrimas?

Allí está el árbol gigante
á cuya sombra anhelada
se deslizaron mis juegos
con sencillas camaradas,
y el jardín que en primavera
era un manto de esmeraldas
coronado de jazmines,
perfumado de albahacas.
Mas ¿por qué siento mis ojos
humedecidos por lágrimas?

Allí estaba el oratorio

donde mi madre adorada
hizo nacer de mis labios
las inocentes plegarias
ante aquella Dolorosa
que la pena reflejaba,
con el pecho traspasado
y con las manos cruzadas.
Mas ¿por qué siento mis ojos
humedecidos por lágrimas?

En aquel rincón parece
que de nuevo se levanta
el bien cuidado piano
con su teclado de nácar,
surgiendo las armonías
que confundidas brotaban
al roce de aquellas manos
más que la azucena blancas.
Mas ¿por qué siento mis ojos
humedecidos por lágrimas?

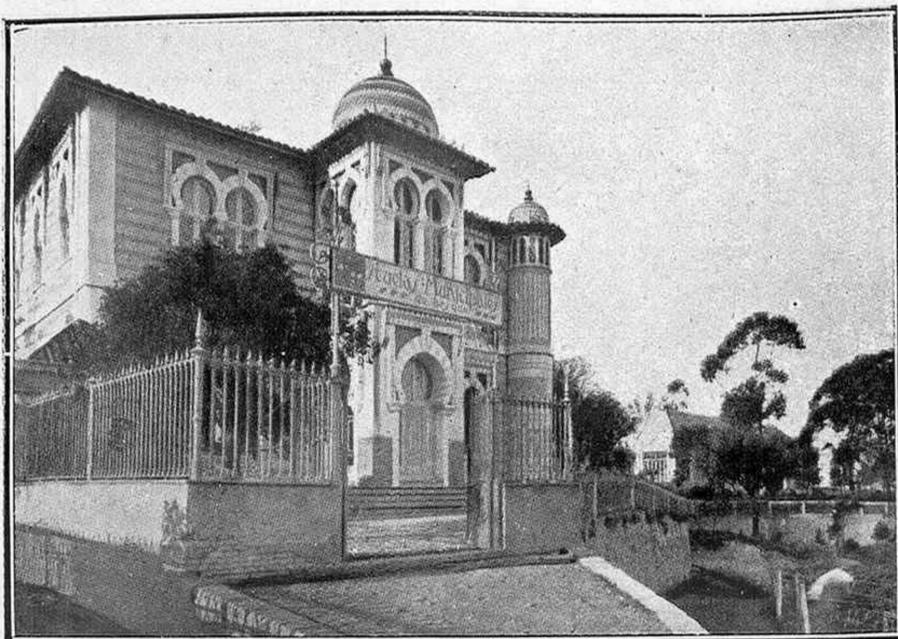
Es que lloro al ver desiertos

aquel patio, aquellas salas
donde tan feliz he sido
en esas horas pasadas.
De mis padres tan queridos
ya las caricias me faltan,
y el árbol está sin hojas,
y faltan flores y plantas.
¿Es justo que estén mis ojos
humedecidos por lágrimas!

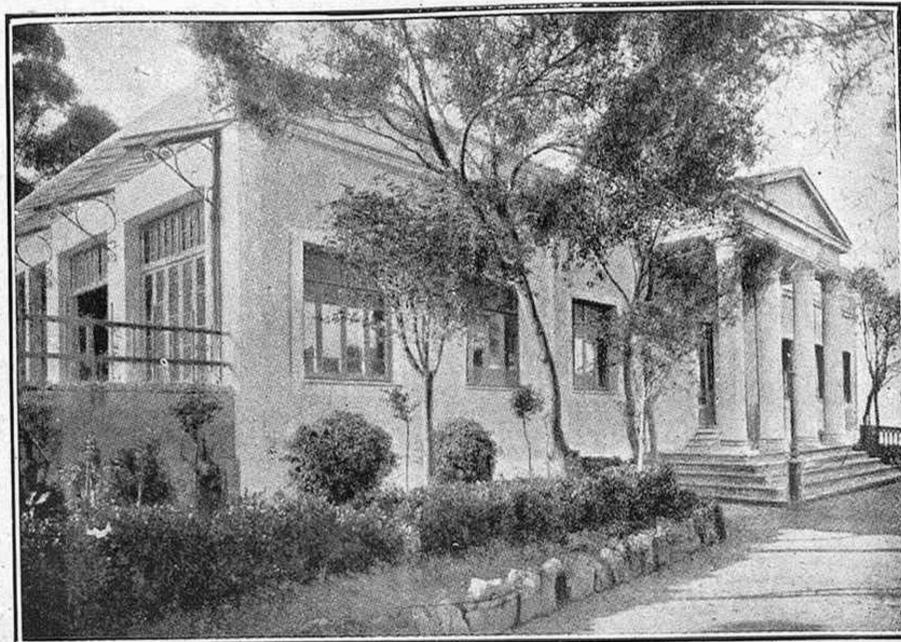
No se escucha aquel acento
que amoroso me llamaba,
ni hay quien mi pena consuele
cuando la pena me embarga.
¿Qué triste se mira todo!
¿Sombras y sombras avanzan!
¿Falta luz! ¿Falta alegría!
¿Falta vida y amor falta!
¿Brote el llanto á mis ojos
saliendo desde mi alma,
que ya mis dichas huyeron
con los sueños de mi infancia!

Narciso DÍAZ de ESCODAR

LAS ESCUELAS DEL PARQUE DE MONTJUICH



Pabellón destinado á comedor

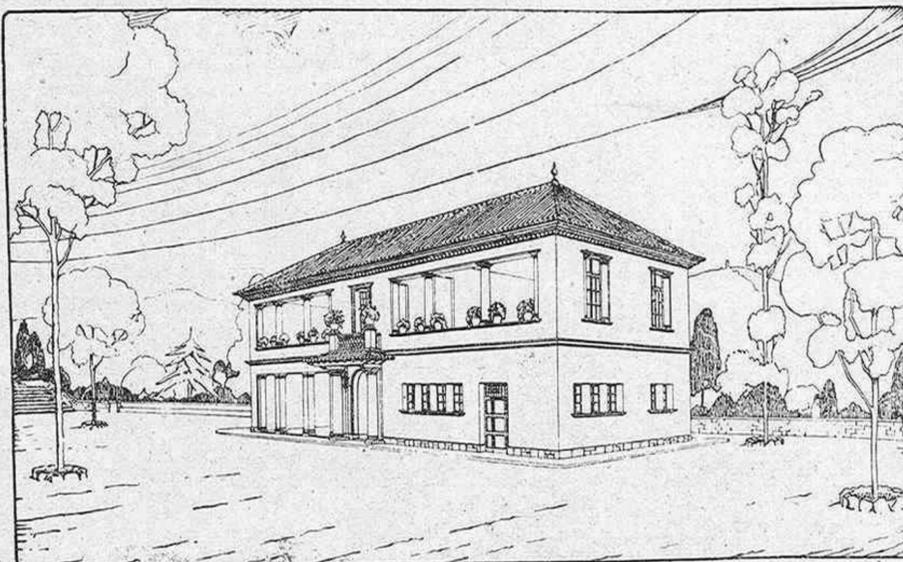


Fachada de Levante

HAN comprendido todas las grandes ciudades españolas la importancia que para ellas, para sus habitantes y, en general, para toda la nación tiene el fomento de la enseñanza? En el programa de Costa: *Escuela y despensa*, ¿no es verdad que la tendencia regional se ha inclinado siempre del lado de la despensa?

Sin embargo, la mejor manera de aumentar la fuerza productora de un país es la de intensificar su cultura. Los efectos no serán visibles ni el primero ni el segundo año; es decir, no producen á quienes realizan el esfuerzo el placer de un triunfo inmediato; pero, en cambio, son seguros de una á otra generación. Si Alemania ha podido levantarse rápidamente, á su cultura se lo debe. Muchas voces de algarabía se levantaron después de la guerra para pregonar el fracaso de la cultura. La cultura sirvió para hacer la guerra. Cierto; pero ha servido también para restañar las heridas. La cultura es un instrumento. Además, poco á poco va creando estados de espíritu que, en lo por venir, harán más difíciles las guerras. Los que, indudablemente, fracasan en guerra y en paz son los pueblos incultos.

Barcelona comprendió esto hace unos cuantos años, y conviene que en toda España se conozca el esfuerzo realizado desde 1910 por su Ayuntamiento y por las instituciones complementarias, la Diputación entre ellas, para no hablar de otras que



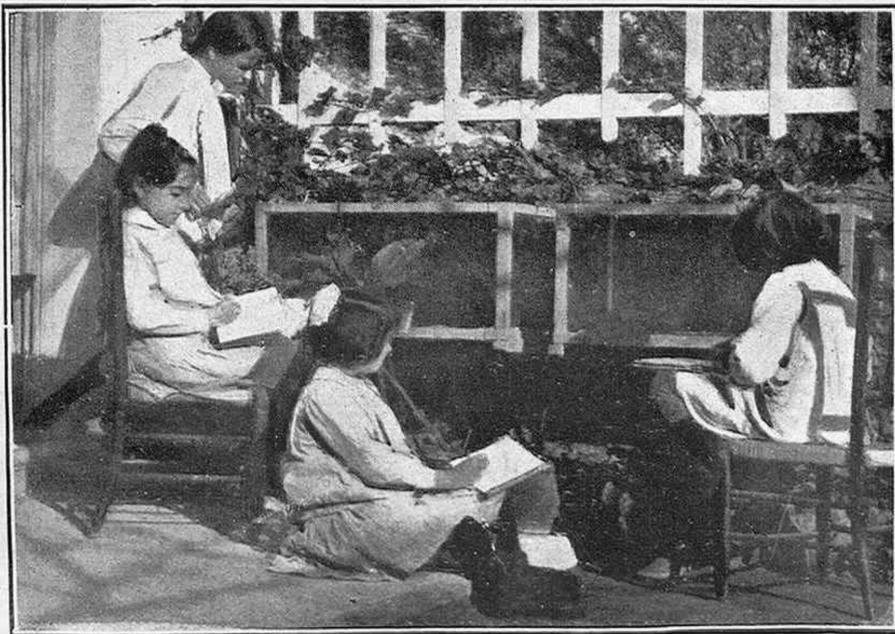
Proyecto del nuevo pabellón de clases

pasan ahora por una crisis, á mi juicio, temporal. Para juzgar del avance realizado en toda clase de enseñanzas, basta recorrer unos cuantos modelos, desde las Escuelas del Bosque, instaladas en el Parque de Montjuich, hasta los magníficos talleres de la Escuela del Trabajo, llamada también «Universidad del Pueblo».

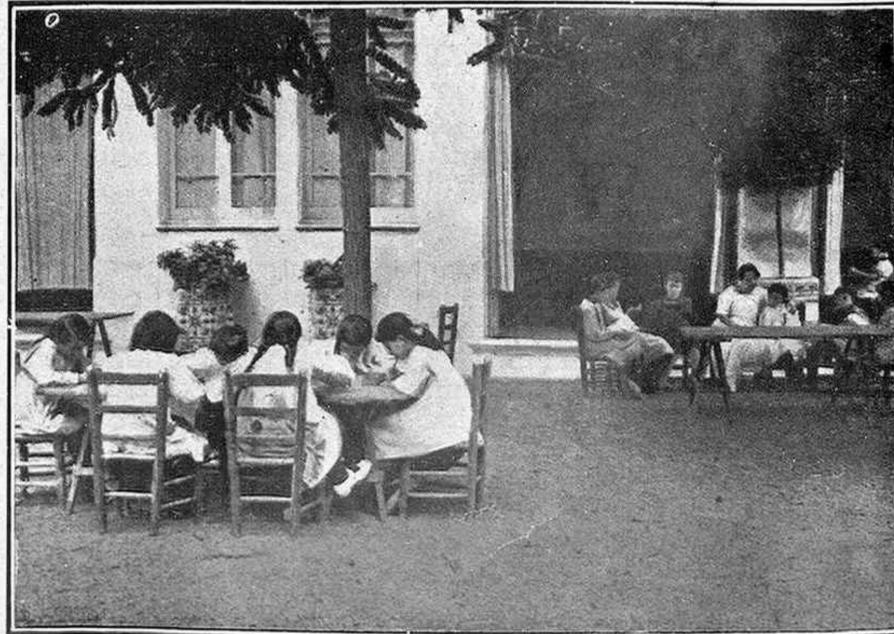
Asomándonos á esta última, vemos llegar centenares de muchachos, la mayor parte granados ya. «Esta es—nos dijeron al llegar—la célula ini-

cial de la futura «Universidad del Pueblo». La frase está escrita y repetida muchas veces. Yo creo que su valor reside precisamente en la repetición. Ha ido inculcándose poco á poco en la memoria, y de una manera suave les ha llegado al corazón, que es donde las frases, bien abrigadas, prenden y arraigan su semilla. Casi un millar de chicos reciben enseñanza en esta Escuela popular: mecánicos, fundidores, electricistas, obreros y empleados de la industria textil, de la del hierro, carpinteros, albañiles... Los peritos técnicos, capataces y contra maestros que de allí salen tienen un título que, desde luego, acredita capacidad y preparación. La enseñanza es práctica. Los talleres están bien dispuestos para que el alumno pueda seguir los adelantos de la maquinaria y de la técnica dentro y fuera de España. Sólo puede compararse—en mayor medida esta institución—con la Universidad Industrial de la calle de Alberto Aguilera, de Madrid. Bilbao, ciudad fabril, no tiene otras enseñanzas prácticas que las de sus talleres de los Altos Hornos. Es la industria la que crea sus propios obreros, sus capataces y jefes de taller. No se impulsa desde fuera lo que va naciendo exclusivamente por obra del interés.

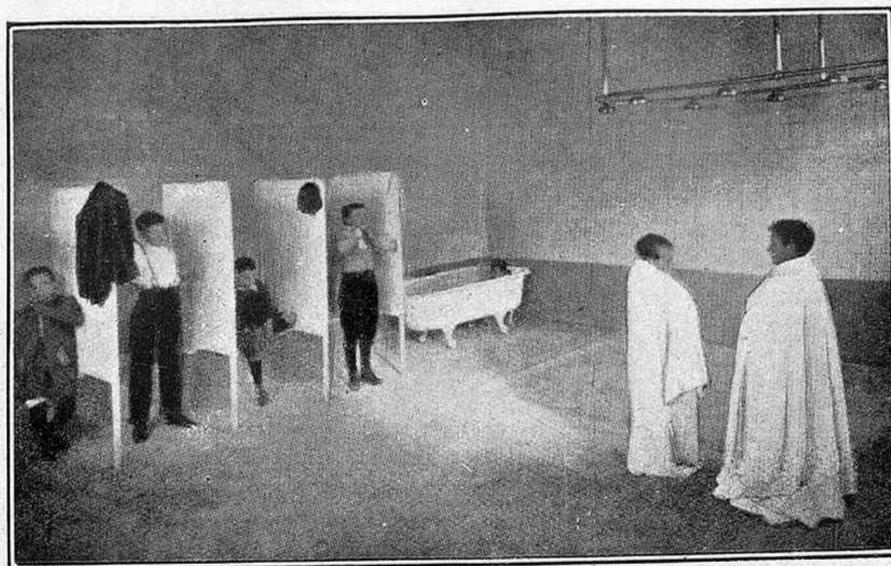
Pero éste es un detalle de la organización cultural lograda en pocos años por el pueblo barcelonés. Sus escuelas de primeras letras, de instrucción primaria eran, en realidad, la base, y en esto fué don-



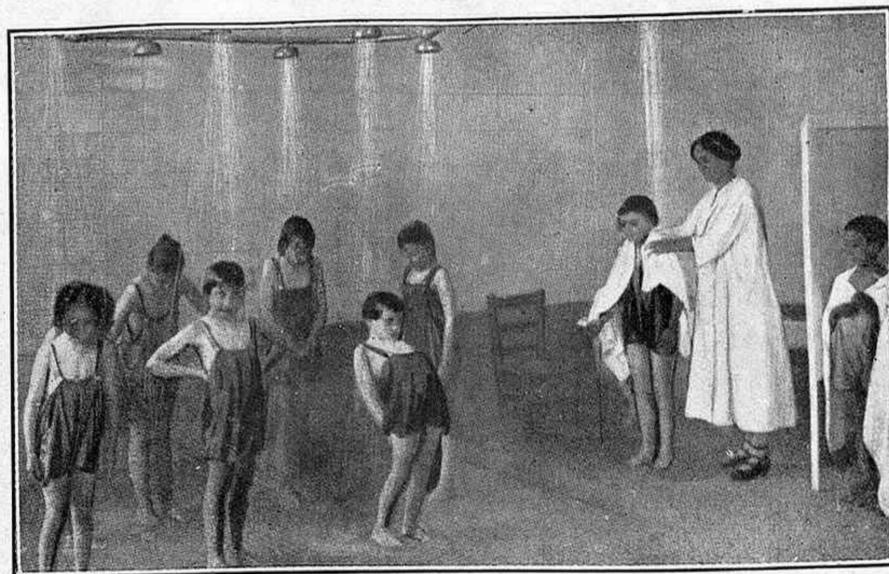
Una lección al aire libre



El dibujo de las nenas



El pabellón de las duchas de los niños



El pabellón de las duchas de las niñas

de empezó primero la labor honda y firme. Tengo á la vista un libro magnífico, editado por la Corporación y titulado: *Las construcciones escolares de Barcelona*. Su segunda edición es de Febrero de 1822. En él pueden encontrar cuantos datos necesitan los que deseen conocer cómo va resolviendo Barcelona un problema que sienten igual que ella las demás ciudades de España. Colección de estudios, proyectos y otros antecedentes que existen en el Ayuntamiento de los trabajos hechos para lograr esa solución con el concurso del Estado, y luego de los planes independientes, unos realizados, otros en vías de realización, y otros suspendidos por el momento.

Una de las primeras obras realizadas ha sido la creación de las Escuelas Municipales del Bosque, cuyo plan data de 1910. «El Ayuntamiento de Barcelona—dice el libro publicado por la Asesoría técnica—, al tratar de instalar su Escuela del Bosque, encontró inesperadamente, en la vertiente Nordeste de Montjuich, un lugar inmejorable, no muy lejos

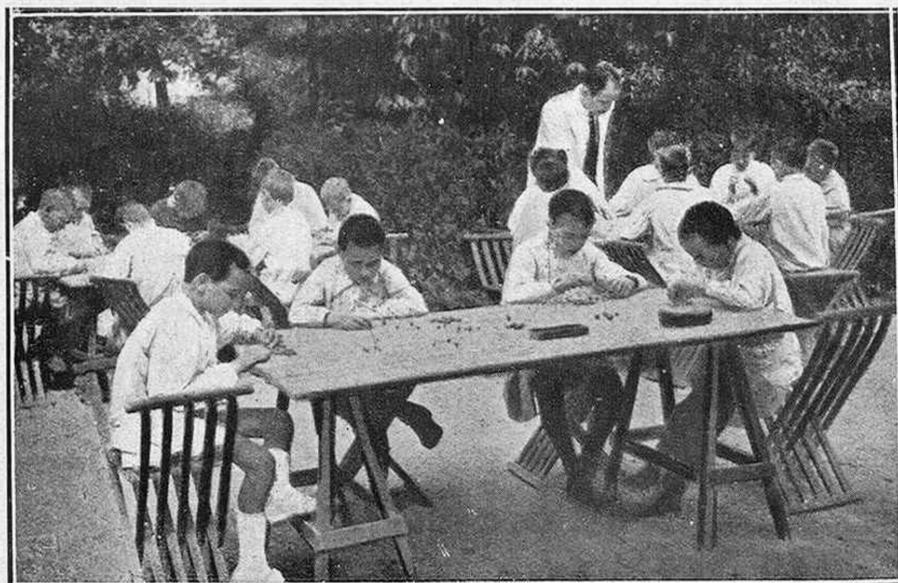
de la ciudad, á suficiente altura (82 metros), para evitar las emanaciones malsanas que toda aglomeración urbana produce, y con una frondosa arboleda extensa y bien cuidada. Había allí, en aquella famosa montaña, entonces poco visitada por los barceloneses, unas construcciones propiedad del Ayuntamiento, que con algunas obras de adaptación podían dar unos tipos de edificación escolar de gran semejanza al de las Escuelas Nuevas de Suiza, porque estando separadas por grandes espacios llanos, plantados de árboles y de arbustos, permiten, como en aquéllas, tener en pabellones aislados las clases, los comedores, la cocina, las salas de duchas, el patio cubierto y demás dependencias de la Escuela.

Un chalet bien conservado y decorado en el interior se ha habilitado para comedores, despachos, lavabos, enfermerías y gabinete antropométrico. Todas las habitaciones son espaciales. Entran allí abundantemente el sol, el aire y la luz por amplias ventanas y miradores á los cuatro vientos, desde

donde se divisa la ciudad y los pueblos de la costa hasta perderse en el horizonte. El mobiliario, fuerte y elegante, de madera de pino, armoniza con la decoración de todas las piezas. En los comedores hay mesitas de seis plazas, un aparador y un trinchero, protegidas por tapetes con randas, hechas por los niños y adornadas con vasos de flores; todo lo cual da un conjunto de casa bien cuidada, sencilla y armónicamente compuesta.»

Junto al chalet está la cocina. Las clases, patio cubierto y sala de música forman otro grupo de edificaciones. El pabellón de clases tiene dos divisiones: una para niños y otra para niñas. Orientadas al Sur, bien soleadas. Pero lo que no puede improvisarse es el bosque, y en esto Montjuich, de tan terrible tradición, ofrece parajes deliciosos. Estas escuelas fueron primero capaces para 80 niños. Luego se amplió el número á 200. Todavía tendrán más desarrollo.

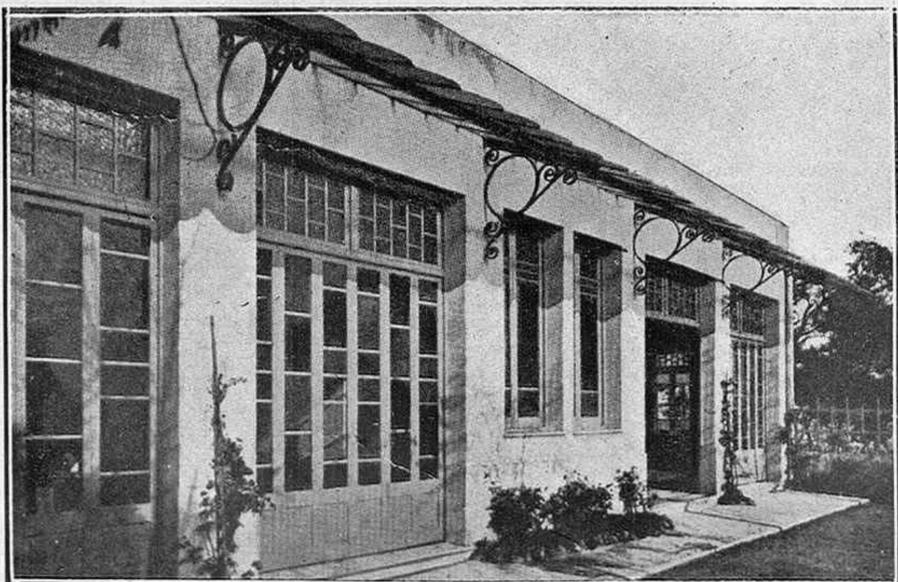
A. DE TORMES



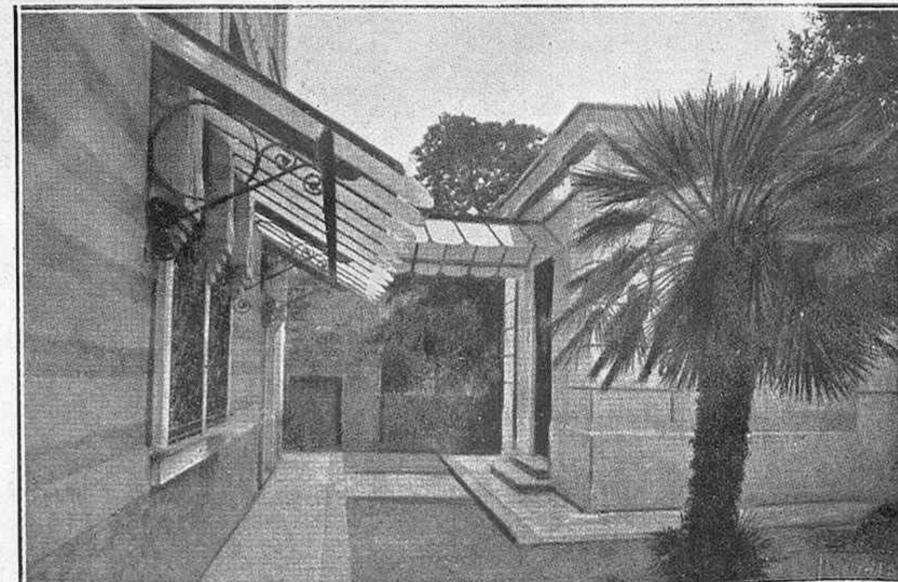
El trabajo de los niños al aire libre



Las nenas en el jardín

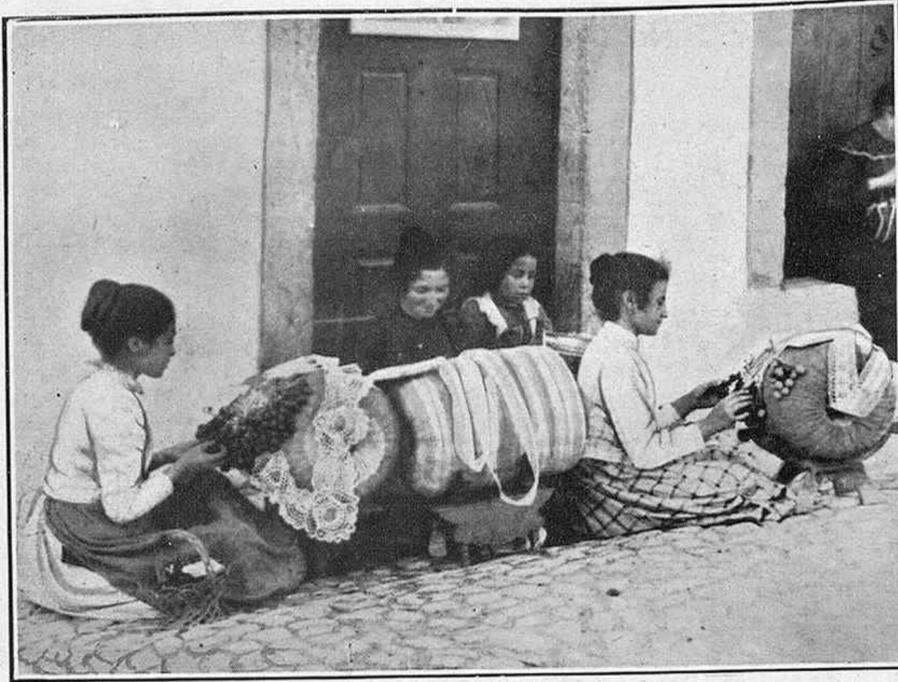


El pabellón destinado á las clases



El pabellón destinado á cocina

LOS TRABAJOS DICHOSOS



Encajeras de Peniche



Una familia de palilleros de Sarvao

EL mito del encaje, nacido de la fantasía de las mujeres de los pescadores, que componían las redes mientras miraban las blancas espumas tenderse caladas sobre el fondo azul de las aguas del mar, parece confirmarse por cómo al través del tiempo, en los pueblos marítimos, las manos curtidadas por el sol y el aire salobre son las que hacen las más preciadas blondas.

Aquí, en Portugal, los encajes de Peniche, que hacen las mujeres del pueblo, pueden competir con los renombrados de Burano, y con los de Manila y de Brujas.

Jamás el encaje, colocado en la fina lencería que ha de adornar ó en el traje elegante, da idea de la mujer que lo ha tejido. Parece un adorno hecho por hábiles obreras, bajo la dirección de un artista exquisito. Sorprende encontrar estas sencillas mujeres, tostadas de la intemperie, sentadas á las puertas de las casas, trabajando al sol, ese gran redentor de los trabajadores, á cuya luz no se hace visible la pobreza que resalta en las fábricas y los talleres oscuros de las grandes ciudades.

Parece que en las manos, morenas y ásperas, se han de enganchar los hilos que forman la *renda* de limpieza impecable. Tejen y rien, moviendo con ligereza de dactilógrafas que aspiran al premio de la velocidad los husillos que dibujan la delicada labor, con la que ellas no se engalanan.

No son pobres las obreras portuguesas, que libremente trabajan en sus casas, con la gloria de su luz y de su aire.

A veces dan la sensación de un cuadro de ópera, en la que las actrices se han vestido de obreras; como sucede al pasar por Viana do Castello y ver una *espadellada*. Están vestidas como aldeanas de opereta, con sus trajes pintorescos y policromos, engalanadas como para una fiesta, mientras preparan las maderas que han de servir á la urdimbre.

Se confirma la idea de que la principal miseria del trabajador la constituye la privación de aire y luz. Al aire libre parece que el trabajo pierde el nombre de lo que es, y su contemplación deja de apenar el espíritu. Resulta pintoresco el espectáculo de algunos de estos trabajos.

Nada sorprende tanto al viajero como ver el desarrollo que la industria de hacer mondadientes tiene en Sarvao. El pequeño pueblecito, cercano á Coimbra, que parece perdido, cobijado cerca de uno de esos soberbios conventos que eran castillos feudales, de los cuales dependía toda la aldea, no vive más que de *los palitos*.

Es curioso este pueblo donde ha cristalizado una antigua organización social de manera que no necesitan el dinero.

Su moneda son *los palitos*. Las cosas se compran

y se venden entregando por ellas cajas de mondadientes. Las mujeres van con ellas á la tienda de ropa y al almacén de comestibles. Los *palitos* se admiten como moneda. Son esos comerciantes los que los venden después, realizando pingües ganancias.

Después de haber estado en Sarvao, parece que sus habitantes tienen el monopolio de todos los *palitos* de Europa.

Algunos no hacen sólo *palitos* vulgares, sino palitos de lujo, tallados y calados primorosamente, imitando banderillas, velas rizadas y torrecitas. Son los palitos que se colocan en las aceitunas ó las coquetas para poderlas coger, como un refinamiento de lujo.

Hay verdaderas obras de arte, de una delicadeza y una paciencia chinas.

Trabajan todos y á todas horas. Siempre en la calle; ya delante de las puertas, ya al amor de una tapia.

Son gentes trabajadoras, bonachonas, complacientes, como todo el pueblo portugués; pero causa un extraño efecto el contemplar tantas navajas relucientes como brillan en sus manos.

La navaja afilada, su instrumento de trabajo, es el primer juguete que se le entrega al niño, junto con su dedil y la rodillera de cuero.

Hombres, mujeres y chicos cortan y pulen los pedacitos de madera con el afán de los que fabricasen monedas.

No se interrumpen, no se distraen en mirar, no les preocupa la curiosidad de que son objeto. Parecen no ver á los que pasan, atentos sólo á llevar las grandes canastas de palma puestas á los pies de la madre, donde todos los miembros de la familia depositan la ofrenda de su labor como un piadoso exvoto.



Una "espadellada" en Viana do Castello

Carmen de BURGOS

(Colombine)

FRANCIA EN ESPAÑA

PARA los que despotrican por ahí contra el humorismo y los dibujantes, pretendiendo ingenuamente negarles beligerancia en achaques de arte, bueno es que sepan que precisamente un dibujante, y un dibujante humorístico, ha sido llevado a la Academia de Bellas Artes francesa, y que ese académico ha traído su representación a la de San Fernando, de aquí, en el homenaje que le tributó a León Bonnat el domingo 19 del pasado.

¡Forain en Madrid! Su figura venerable, su inagotable labor, su arte interesante, habían de mover y nos movieron a curiosidad por conocer y escuchar al ilustre académico francés, cuyo espíritu burlón nos hablara, antes que él, en sus áticas producciones, contempladas muchas veces con fervorosa admiración.

En la sintética expresividad de unos trazos geniales Forain lo ha fustigado todo duramente, siendo unas veces como un bufón atrevido de otros tiempos, y otros como un poeta satírico, duro é implacable; pero al fin poeta...

¿Qué piensa Forain? ¿Qué opina Forain? Vamos a verle...

Forain en el Ritz. En el salón de lectura. Hojea unas revistas francesas.



FORAIN

Caricatura de Jean Loup, hijo del artista, hecha para "La Esfera"

EL HUMORISTA FORAIN

Bajo, achaparrado, vivo, inquieto, con unos desmadejados cabellos grises, muy grises, abundantes, y una discreta indumentaria, en la que no le falta su *boutonnière* roja, tiene un *cachet* inconfundible de artista. Puede ser pintor, músico, cómico, sí, sí, ó literato... Está bien monsieur Forain.

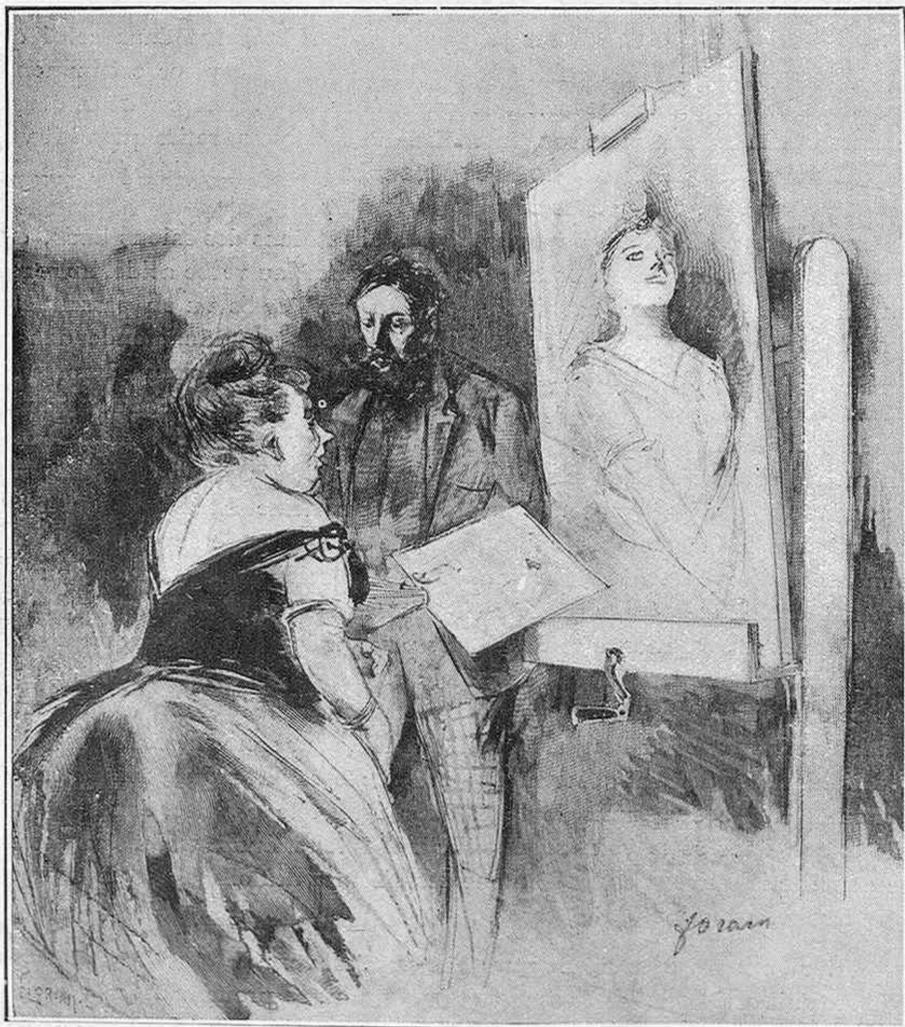
Nos acercamos, y prontamente iniciamos una conversación. Forain, viejo, cansado, con cierta fatiga, habla despacio, y no de buena gana; pero, eso sí, nos sonríe alguna vez y nos trata con mucha cortesía. Su ático espíritu no nos molesta. No asoma la *boutade*. Muy simpático. Está muy bien monsieur Forain.

Hablamos primeramente de Madrid. Entonces nos dice:

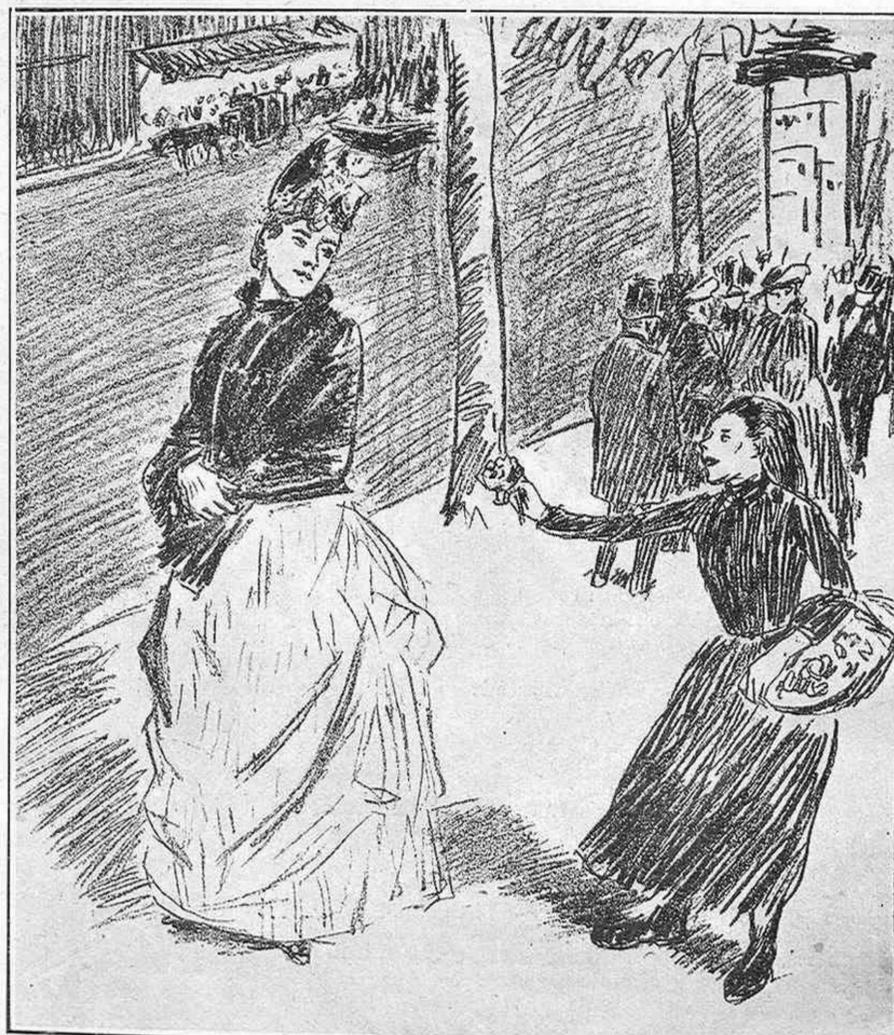
—Hace veinte años que estuve. Lo encuentro muy cambiado. ¡Ah! Y embellecido. Tenía la gran ilusión por volver a contemplar los cuadros del Museo, que tan viva impresión me causaron la primera vez. ¡Oh! Ese Velázquez...

Marcó una pausa. Siguió diciendo: —Es admirable el buen estado de conservación de los cuadros de esta Pinacoteca, pues al cabo de veinte años los encuentro exactamente igual que antes...

—¿Qué impresión le ha causado nuestra pintura?



LA SEÑORA.—¿Cómo me parece? La verdad es que no hay más que usted para pintar las damas elegantes



LA "COCOTTE".—Si no me hubiese perdido, yo también seguiría vendiendo violetas



"Escena de Tribunal", cuadro original de Juan Luis Forain

—Tiene un sabor único. Las pinturas de otros países se parecen entre sí. La de aquí es única en el mundo. Tiene un carácter propio, típico. Es única—repite otra vez.

Como si meditara, calla unos momentos, y al poco vuelve á decirnos:

—¡Goya! Cosa extraña. Es un pintor muy antiguo y muy moderno. Ahora todas las cosas avanzadas, lo nuevo, suele estar visto á través de Goya. Lo más moderno se parece á él. ¡Sus majas! ¡Sus aguafuertes! ¡Sus caprichos!...

—Bien, monsieur Forain. ¿Y de los pintores modernos qué me dice?...

—Conozco un poco. Zuloaga, Anglada, Sorolla. Están bien. Pero no soy crítico: soy artista; así que dispense no pueda darle una respuesta categórica; además de que no conozco á todos lo bastante para poder enjuiciar.

Le citamos unos nombres; Forain sonríe y dice:

—No sé, no sé... Está bien, está bien...

—Y de los dibujantes españoles, ¿qué opina usted?



"El vino de los otros"

—Ustedes apenas envían revistas á Francia. Los dibujantes de acá debían ser más conocidos. Lo merecen. Pero no se ven revistas españolas, apenas...

—¿Hace mucho que dibuja usted?

—¡Oh! Cincuenta años. Pero hace sesenta que empecé á dibujar. Creo que pasan de tres mil quinientos los dibujos que tengo hechos... En Francia me conocen más como acuafortista... Y sin embargo he hecho muchos dibujos humorísticos. Más trágicos que cómicos...

—Creo que es usted también escritor...

—Ciertamente. Yo hago, con frecuencia, los dibujos y el texto. Es el medio de hacer bien la ilustración; de que haya la precisa compenetración... Hago primero el dibujo; después, inspirado en él, la leyenda ó el comentario.

—¿En qué periódicos colabora?

—*Echo de Paris, Le Figaro, Le Gaulois, Le Journal...* En *L'Opinion* publiqué muchos dibujos cuando la guerra... Tengo también publicados algunos *albums*: *Album Forain*, la comedia pari-

siense *Nous, vous, eux*; dibujos políticos, *Doux Pays* y *Les temps difficiles*, y dos volúmenes *De la Marne au Rhin*.

—¿Qué concepto tiene usted del humorismo?

—El humorista debe sacar de las cosas tristes cosas alegres, y de lo alegre cosas tristes... Mire un ejemplo: imagínese un entierro de una mujer casada. El viudo camina detrás del coche fúnebre. De pronto empieza á llover. Tiene que abrir el paraguas, y exclama entonces: «Otra chinchorra más...»

Ríe él y nosotros. Recordamos aquellas admirables frases de Tahkeray: «Si humorismo quisiera solamente decir risa, no le concederíais á la vida y á la historia de los escritores humorísticos más importancia que á la vida del pobre Arlequín, que comparte con ellos la facultad de hacer reír. Si la vida y la historia de esos hombres despiertan en vosotros una curiosidad mezclada de simpatía, es que se dirigen á gran número de vuestras facultades además del sentido del ridículo.»

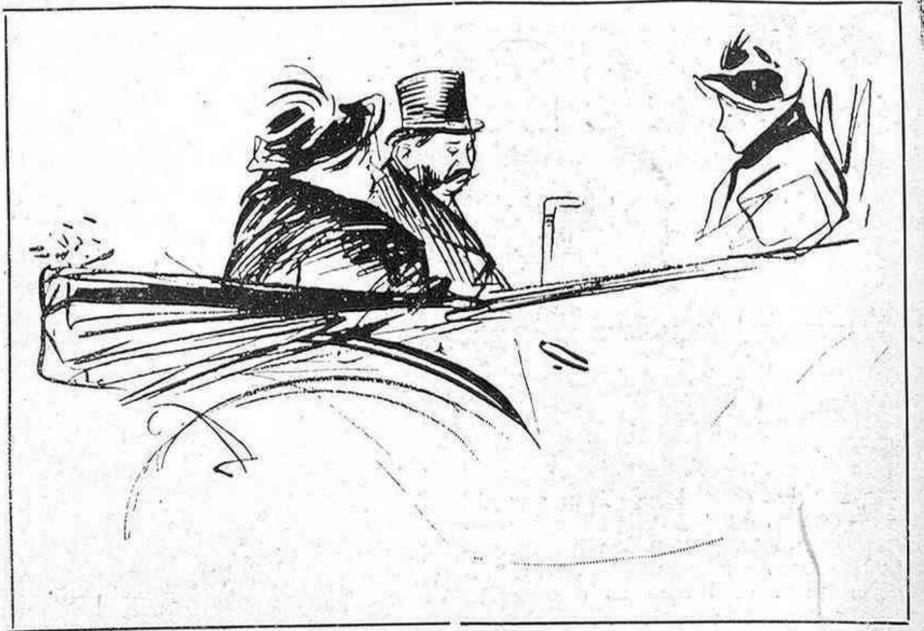
Pasa un silencio.

—¿Empezó usted muy joven á dibujar?

—Muy joven.

—¿Tuvo usted suerte en sus comienzos? ¿O sufrió calamidades cuando empezaba?...

—Los primeros tiempos de mi vida artística fueron muy duros. Pero opino que es preciso que así sea, para que el artista sepa desenvolverse... El que tiene la mesa puesta y cama limpia, no es fácil que llegue. La necesidad acucia mucho. Es precisa... Si no, no se hace nada.



"Burguesia"

—¿Le pagaban mucho, cuando empezaba, por sus dibujos?

Sonríe Forain ahora. Entonces, acaso no. Luego nos dice:

—Mire: lo primero que me pagaron fué en el año 1872, después de la guerra con Prusia. Fué un industrial, que no un director de periódico. Me encargó un dibujo para la etiqueta de unos carretes de hilo...

Iba la conversación en este punto, cuando alguien vino á buscarle para que viera una galería de cuadros. Con una sonrisa agradece el que le ayudemos á ponerse el gabán. Está un poco fatigado. Quisiéramos arrancarle, antes de despedirnos, alguna anécdota. Su hijo, que le acompaña, el crítico de arte y dibujante *Jean Loup*, nos complace:

—Mi padre pudo ser escultor. Cuando tenía quince años estaba en el Museo del Louvre copiando una estatuita, cuando acertó á pasar Chevreuse, que le vió. Miró lo que hacía mi padre, y entonces le dijo: «Usted llegará á ser un gran escultor. Vaya á mi taller.» Mi padre fué. Pero aquel hombre se empeñaba en que fuera á misa... Un día había hecho un busto de una condesa. Los que tenían que conducirlo se emborracharon y rompieron la obra recién concluída. Echaron la culpa á mi padre, y como no era muy católico... le despidió de mala manera...

Forain sonríe. Requiere pronto su sombrero y se anuda por bajo el abrigo un pañuelo de seda de abigarrados colores. Entonces, con su rostro afeitado, pulcro, sus greñas venerables, su corto gabán y amplio chambergo, nos pareció un cómico viejo y galante, que iba al ensayo á toda prisa... Realmente, la vida para él bien puede ser un inmenso escenario, sobre el que representa un gran papel: el del histrión que sabe decir entre chanzas las más amargas verdades.

E. ESTEVEZ-ORTEGA



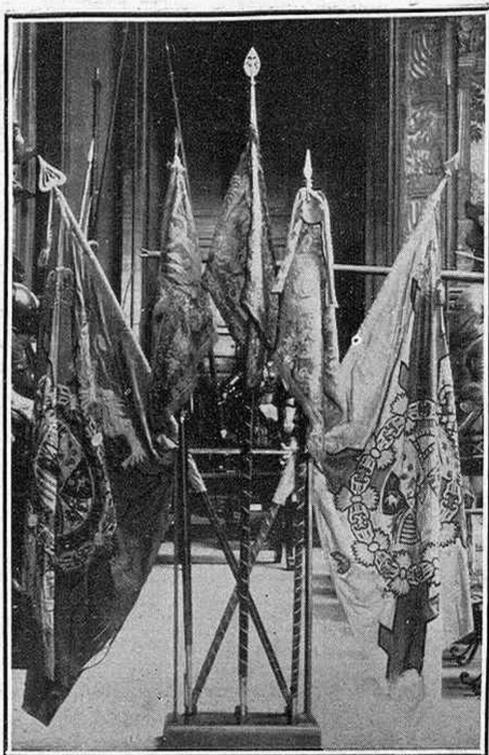
FORAIN

En la época de "La Comédie Parisienne" y de "Nous, vous, eux"



"Silueta de la calle"

GLORIAS DE ESPAÑA LA EPOPEYA DEL DOS DE MAYO

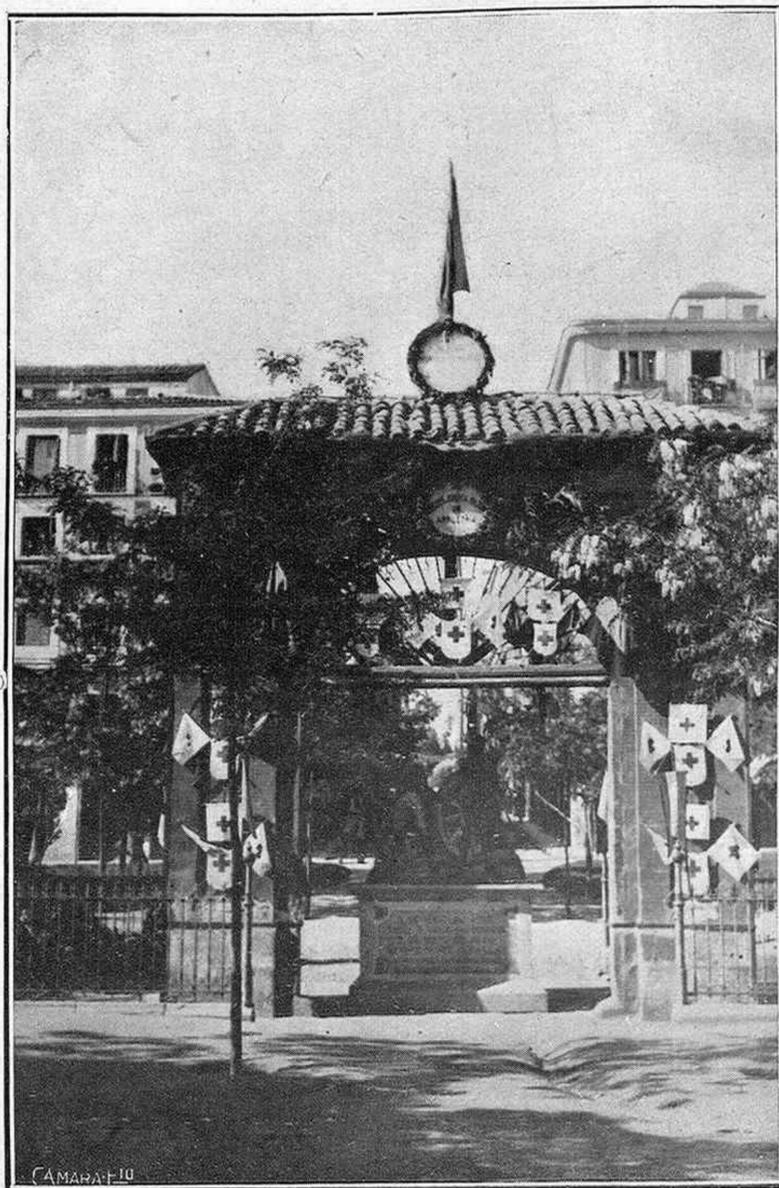


Banderas de los regimientos patriotas sublevados contra los franceses, que se conservan en la Armería del Palacio Real

CIENTO diez y siete años se cumplen de aquel día de 1808 en que Madrid, ardiendo en santa ira, se alzó contra los franceses invasores, y sigue siendo esta fecha la efemérides más viva en el corazón de España, su gesto más gallardo, su mejor gloria épica...

Otras guerras, las cien guerras en que vibró el genio de nuestra raza, en que derramó su sangre por todos los caminos del mundo, cuando el mundo era pequeño para nuestro empuje, son hoy ya débiles, frías memorias á las que la crítica de la historia y la evolución de las ideas ha hecho reparos, desmenuzando los hechos, que al alejarse en la perspectiva del tiempo adquieren significación propia á la diversidad de juicios.

El alzamiento del Dos de Mayo en Madrid permanece inmovible en su categoría de hecho ejemplar, de pura gloria nacional, porque fué obra del pueblo, explosión de los sentimientos de la raza,



Puerta del parque de Montealeón que se conserva en la plaza del Dos de Mayo, de Madrid, en recuerdo de la hazaña en que ganaron la inmortalidad los capitanes de Artillería Daoiz y Velarde



Estandarte de los Guardias de Corps, que dieron tan heroico ejemplo en las luchas del Dos de Mayo

ellos por sí solos páginas gloriosas—los que dan significación y relieve á este periodo. La guerra que se inició en esta fecha mantuvo en todo su desarrollo el carácter que le imprimió el suceso inicial: fué una guerra del pueblo hecha por el pueblo mismo.

Una guerra civil en su más alto y noble sentido, no en el de la significación de lucha fratricida entre hombres de la misma raza, sino como expresión de la guerra entre el espíritu cívico de un gran pueblo y el ansia tiránica é imperialista de otro.

Frente al Napoleón ebrio de victorias, soberbio en su grandeza de personaje providencial, frente al caudillo que iba imponiendo por la fuerza sus designios, surge el hombre civil: el alcalde de Móstoles lanza su magnífico grito de alarma y levanta á toda una nación en defensa de su independencia. Ante los granaderos y los coraceros que había deslumbrado el sol



La misa que en memoria de las víctimas de la epopeya se celebra anualmente en el Obelisco del Dos de Mayo

afirmación de su personalidad. No fué la guerra por orientaciones políticas, sujetas á error, ni por rencores de pueblos, ni por afanes materiales de conquista en los que siempre hay una triste y cruel injusticia de despojo...

Fué una guerra por la independencia, por la libertad, por los dos más nobles móviles que pueden poner en manos de un pueblo las armas de muerte.

El Dos de Mayo es fecha gloriosa, porque es el resurgir viril de un pueblo, la afirmación de un derecho enfrente de una fuerza, el alzamiento de la libertad contra la tiranía.

Tiene de gallardo el gesto de santa indisciplina de sus iniciadores, y de grandioso la colaboración espontánea y heroica del pueblo, la individualidad esforzada contra la organización de la tiranía, el espíritu de patriotismo contra el de imperialismo.

Daoiz, Velarde, el teniente Ruiz, el alcalde de Móstoles extendiendo por España la alarma y la indignación contra los opresores... Nombres gloriosos de una raza que no se resigna á morir, símbolos magníficos de una santa rebelión salvadora...

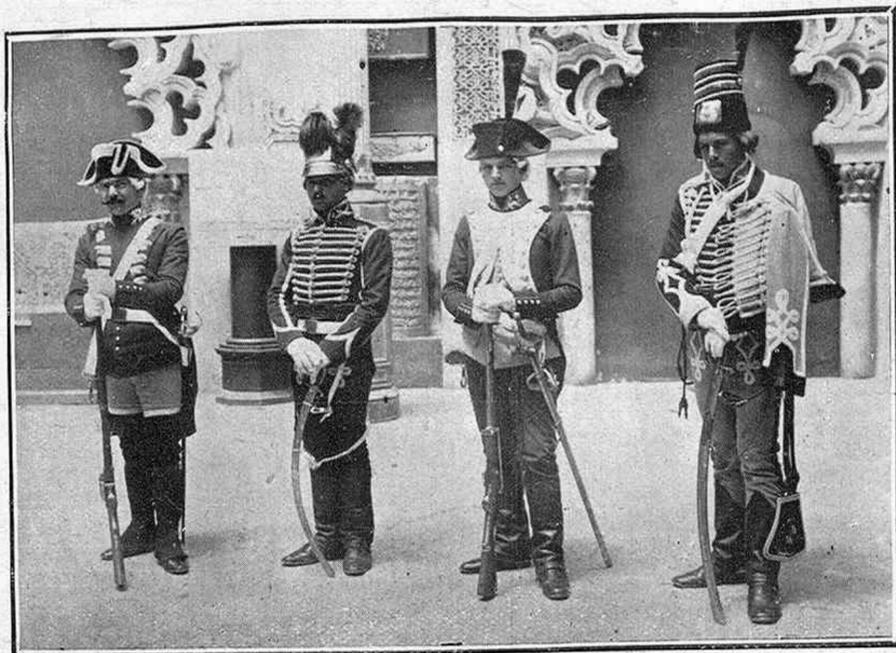
El tiempo ha pasado limando asperezas, sepultando rencores, creando entre los pueblos que antaño lucharon simpatías y afinidades...

Pero el Dos de Mayo permanece firme, inmortal en nuestra memoria. Y debe permanecer no como recuerdo de las crueldades y las matanzas ni como reliquia de odios ni rencores, sino como testimonio perenne de los sacrificios magníficos, de los gestos heroicos y, sobre todo, del espíritu liberal y patriótico de un pueblo que afirma ante la Historia su derecho á vivir...

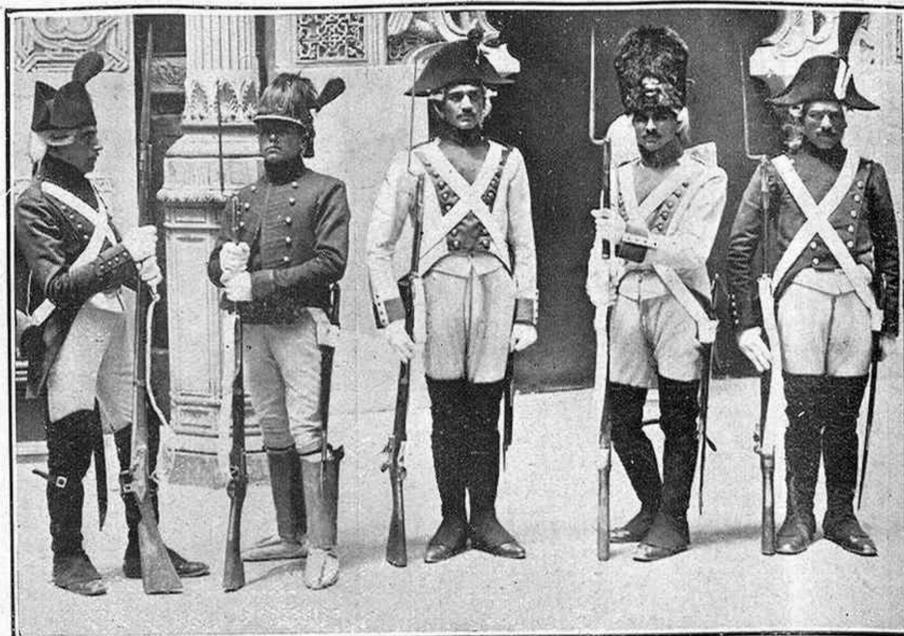
La significación de esta epopeya española del Dos de Mayo es de un significado superior al de otras gestas históricas, porque en ella no resplandecen tan sólo virtudes y hazañas militares, ni son los triunfos bélicos—aun constituyendo



La estatua que perpetúa el gesto gallardo y heroico del teniente Ruiz, en la plaza del Rey, de Madrid



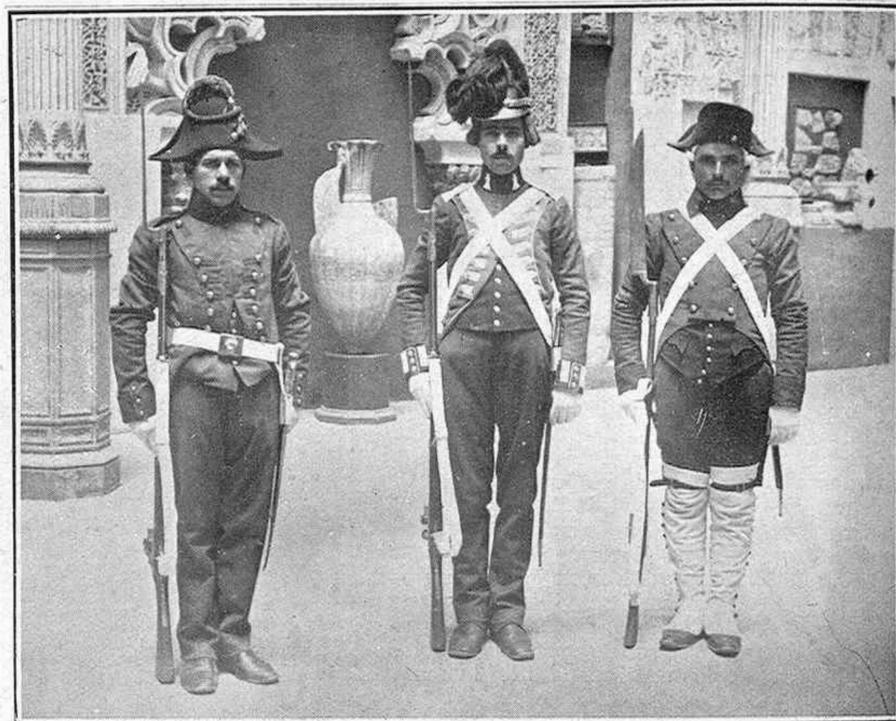
Soldados de 1808.—Diversos modelos de uniformes de los regimientos de Caballería en el año de la epopeya



Soldados de 1808.—Variados uniformes de los Cuerpos de Infantería en la época del alzamiento patriótico



Uniformes de oficiales de los Cuerpos de Cuenta y Razón, Hacienda Militar y Canidad en el año de 1808



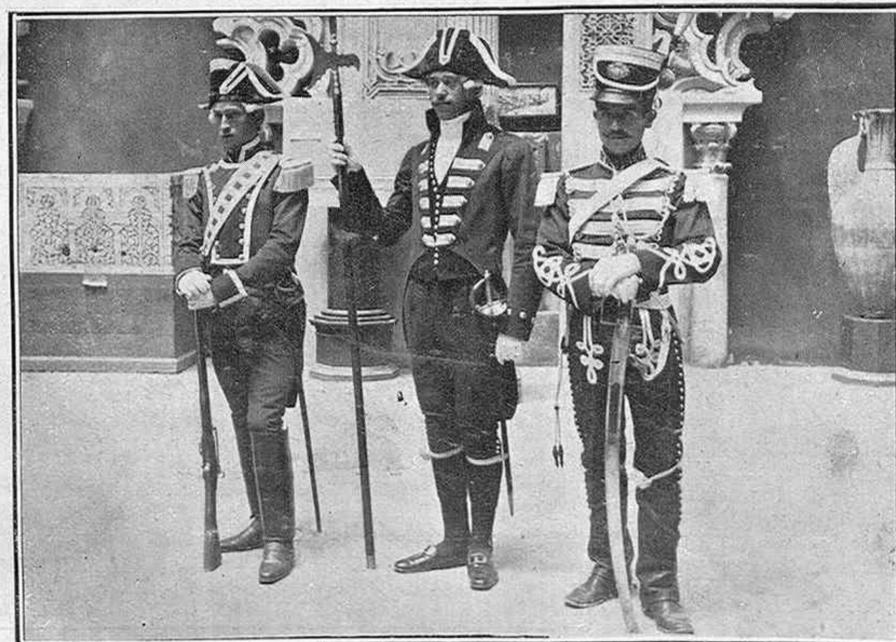
Trajes que usaban las tropas de Artillería é Ingenieros en el año de la sublevación contra los franceses

de gloria del Emperador, se levantaron los chispe-
ros arrogantes, los menestrales, los campesinos, las
mujeres y los sacerdotes.

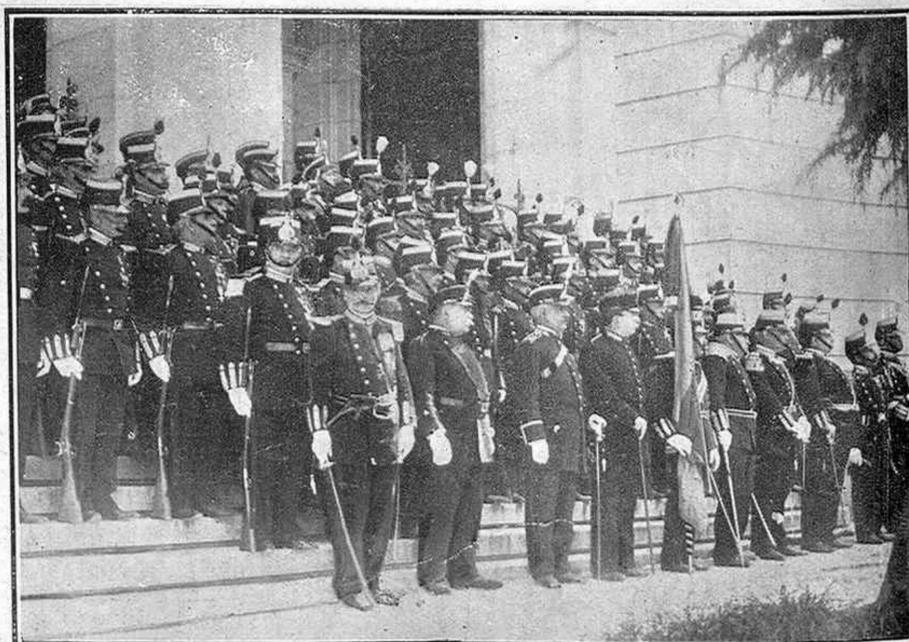
Fué el pueblo, la plebe generosa y santa que su-
fre y ruga en el arroyo, quien lanzó su reto al gi-
gante de la guerra; fué el hombre de la calle el que

desafió al dominador de Europa. Y este es el signi-
ficado que debemos recoger y exaltar en esta pa-
triótica solemnidad: lo que en ella hay de fiesta cí-
vica, de alzamiento civil, de rebelión contra la tira-
nía. Más de un siglo ha pasado desde entonces, y si
permanecen verdes los laureles, la sangre se ha se-

cado y el pensamiento generoso ha borrado los
rencores y se ha perdido la memoria de los odios...
Fiesta de paz es hoy la efemérides de guerra, y en
ella los espíritus han de comulgar en el credo de
patriotismo y de civilidad de que la epopeya fué
ejemplo y lección.



Uniformes de los Guardias de Corps, Alabarderos y Carabineros, que se alzaron contra el invasor en 1808



El batallón de Milicianos nacionales que figura en la solemnidad conmemorativa del Dos de Mayo

FOTS. GOÑI

Para anunciar en esta Revista,
diríjase a la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

"PUBLICITAS"

Avenida Conde Peñalver, 13, entlo. Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral.
Apartado 911. Teléf. 61-46 M. MADRID Apartado 228. Teléf. 14-79 A.



Lea usted todos los viernes la Revista ilustrada

NUEVO MUNDO

50 céntimos número en toda España

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :- TRADUCCIONES

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO
DISPEPSIA
ACEDIAS Y VÓMITOS
INAPETENCIA
FLATULENCIAS

DIARREAS EN NIÑOS
y Adultos que, a veces, alternan con
ESTREÑIMIENTO
DILATACIÓN Y ÚLCERA
del Estómago
DISENTERÍA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.
33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista :- Dirijirse a esta Administración, calle de Hermosilla, núm. 57, Madrid

VIGOR

rápidamente

SALUD

obtenidos

con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Agentes exclusivos de esta publicación
en la ISLA DE CUBA:

"LA MODERNA POESÍA"

Pi y Margall, 135-139
HABANA

Lea Ud. MUNDO GRAFICO

MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS
CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

SE VENDE

Dirijirse á D. José Briales Ron
San Antonio. - Camino de Churriana. - MÁLAGA

DIAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE
Fernando VI, 5. - Madrid

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Títrico,
Bicarbonato de Sosa. - El mejor Purgante, Laxante,
Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA,
ESTADOBILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS del SANGRE
URICH C. 49, Erich. BARCELONA

Stadium



HELIOS

*Artículos
de sport.
Pida esta marca*

Anuncios PUBLICITAS

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTOS, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS